

LA

NUEVE RAZONES

LENGUA

PARA AMAR

DE LOS

EL GRIEGO

DIOSES

ANDREA
MARCOLONGO

taurus
T

ANDREA MARCOLONGO

LA LENGUA
DE LOS DIOSES

NUEVE RAZONES PARA AMAR EL GRIEGO

*Traducción de Teófilo de Lozoya
y Juan Rabasseda*

TAURUS

PENSAMIENTO

SÍGUENOS EN
megustaleer



[@Ebooks](#)



[@megustaleer](#)



[@megustaleer](#)

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*A Livorno,
a Sarajevo,
a mi*

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Los griegos decían que solo «*de las palabras nacen la belleza y el encanto*».

Ver traducido en español mi primer libro es una auténtica maravilla, pues *La lengua de los dioses* habla de una lengua, el griego antiguo, que no ha dejado nunca de seducir a hombres y mujeres de todas las épocas y de todos los lugares por su hermosura, su elegancia y sobre todo por su rareza.

Traducir significa llevar al lector de la mano, acompañarlo más allá de su manera de pensar a través de una lengua desconocida para desvelar su magia, para quitar el velo al hechizo de las palabras y hacer que se conviertan en realidad sorprendente, en pasión.

Por este motivo, cuando veo que mis palabras, nacidas en una lengua, el italiano, con el fin de hablar de otra —ese griego que Virginia Woolf definía en 1905 en *The Magic Language*—, arriban a otro puerto, el del español, resulta para mí verdaderamente mágico. Como si mi visión del mundo de los griegos a través de las palabras —desde su particularísima manera de concebir el tiempo hasta la expresión del deseo, desde saber transmitir el amor hasta la superación de la barrera de los géneros de las cosas y de la vida — hubiera emprendido un nuevo periplo.

Gracias a esta traducción de Taurus, el libro, como Ulises, se enfrenta a un viaje de la lengua griega que dura desde hace ya más de dos mil años, y que, sin embargo, aún es capaz de hablarnos a nosotros, mientras vamos en busca de la «casa de nuestras palabras», que ya no encontramos, en busca de nuestra Ítaca lingüística.

No existe viaje que llegue a una meta sin medirse con la diversidad que se encuentra a lo largo del trayecto; el griego es irremediamente distinto, por eso sentimos una especie de añoranza de él, como si fuera una historia de amor que nunca hemos vivido, sino siempre anhelado.

No importa si conocéis o no el griego; este libro está dedicado a cualquier persona que busque las palabras para hablar de sí mismo en el presente. *La*

lengua de los dioses no es un manual tradicional, un ensayo académico, una clase impartida desde lo alto de una tarima: es una síntesis del alma a través de una lengua antiquísima como la griega, que, sin embargo, no ha sido nunca tan moderna.

Con este libro el griego ha vuelto a mí, que lo he amado siempre, y ahora vuelve a vosotros, vuelve a casa, a vuestra manera de pensar, a vuestras palabras y a vuestros gestos cotidianos. Vuelve porque no se ha ido nunca: lo clásico no es algo antiguo, sino algo que no deja nunca de tener cosas que contar, decía Italo Calvino. A través de *La lengua de los dioses* el griego antiguo tiene mucho que contaros; y también tiene mucho que pedirnos.

¿Cuándo fue la última vez que dijisteis «te quiero» de verdad, que lo disteis todo por hacer realidad un sueño? ¿Cuándo os sentisteis verdaderamente libres de disponer de vuestra vida y por lo tanto obligados a asumir la responsabilidad heroica, griega, de tomar una decisión que cambió para siempre el curso de vuestra existencia?

La lengua de los dioses demuestra lo que siempre he pensado, desde cuando me enamoré del griego siendo una chiquilla e hice de él la brújula de mi vida cosmopolita, entre alegrías y penas, en un mundo actual tan lleno de contradicciones: no existen lenguas muertas o no muertas; lo que existe son lenguas fecundas, tan fértiles como el griego, que forman parte de vuestra lengua materna, tan potentes que forman parte de vosotros mismos.

Al término de la lectura quizá sintáis nostalgia; no de una época como la de la antigua Atenas, sino de una manera de ver el mundo y de saber expresarlo por medio de las palabras, una manera como la de los griegos, tan clara, tan pura, tan tajante, nacida y pensada a la medida del hombre. La nostalgia de las cosas que no hemos vivido y que no viviremos nunca, pero que necesitamos.

Platón decía que «*pensar es el acto del alma que se habla a sí misma*». Espero que también vosotros, como me ha pasado a mí, sepáis hablaros a vosotros mismos con autenticidad y humana sinceridad a través de mi relato revolucionario del griego antiguo.

INTRODUCCIÓN

*El mar quema las máscaras,
las incendia el fuego de la sal.
Hombres llenos de máscaras
llamean en el litoral.*

*Tú sola podrás resistir
en la hoguera del carnaval.
Tú sola que, sin máscaras,
ocultas el arte de existir.*

GIORGIO CAPRONI, «Cronistoria»

«**[E]**s] raro —muy raro— que deseemos saber griego, que intentemos conocerlo, que nos sintamos siempre atraídos por él y estemos siempre formándonos alguna idea sobre su significado, aunque quién sabe a partir de qué detalles incongruentes y con qué escaso parecido con el verdadero sentido del griego —escribió Virginia Woolf—. [Porque] en nuestra ignorancia seremos siempre los últimos de la clase, teniendo en cuenta que no sabemos cómo sonaban las palabras, ni dónde exactamente deberíamos reír.»

Yo también soy *rara*. Muy *rara*.

Y agradezco esta rareza mía, que, sin cita previa, como las cosas hermosas que suceden en la vida, me ha llevado a escribir este libro dedicado al griego antiguo. Y de ese modo me he obstinado no solo en querer saber griego, sino incluso en contarlo.

Contároslo a vosotros. Siempre como la última de la clase, por supuesto; pero al menos quizá ahora sepa decirnos dónde exactamente deberíamos echarnos a reír.

Lengua muerta y lengua viva.

Tortura del liceo clásico^[1] y aventuras de Ulises.

Traducción y jeroglíficos.

Tragedia o comedia.

Comprensión o malinterpretación.

Amor y desamor, sobre todo.

Rebelión, por tanto.

Entender el griego no es cuestión de talento, sino de militancia; como la vida.

Si he escrito estas páginas ha sido porque siendo una jovencita me enamoré del griego antiguo; el amor más largo de mi vida, en resumidas cuentas.

Ahora, mujer ya hecha y derecha, me gustaría intentar regalar (o devolver) un poco de amor a los que se han desenamorado de ella; casi todos los que se toparon —de *muchachos*— con esta lengua —de *adultos*— en los años del liceo clásico. Y me gustaría incluso que se enamoraran de esta lengua los que ni siquiera la conocen.

Sí, este libro, ante todo, habla de amor: por una lengua, pero sobre todo por los seres humanos que la hablan; o, si ya no la habla nadie, por los que la estudian porque están obligados o porque se sienten irremediamente atraídos por ella.

No importa, por tanto, que conozcáis o no el griego antiguo. No están previstos exámenes de madurez ni pruebas sorpresa. Sorpresas, en cambio, sí; y muchas.

Tampoco importa que no hayáis estudiado en el liceo clásico. Si no lo habéis hecho, mejor. Si soy capaz de guiaros por el laberinto del griego con mi fantasía, llegaréis al final del camino con nuevas maneras de concebir el mundo y vuestra vida, con independencia de la lengua en la que expreséis vuestras palabras.

Si habéis estudiado en el liceo clásico, mejor todavía. Si consigo responder a preguntas que no os habíais hecho nunca o que nunca han recibido respuesta, quizá al final de esta lectura habréis recuperado partes de vosotros que habíais perdido en vuestra juventud estudiando griego sin entender bien *por qué*, y que puede que ahora os resulten útiles, muy útiles.

En ambos casos, estas páginas serán un modo, entre vosotros y yo, de *jugar a pensar en griego antiguo*.

A lo largo de su vida, cada uno de vosotros ha debido de toparse con el griego y con los griegos. Unos con las piernas encogidas debajo del pupitre del liceo; otros en el teatro, ante una tragedia o una comedia; otros en los pálidos

pasillos de los museos arqueológicos que llenan Grecia e Italia... En todos los casos, el sentido de la *esencia griega* no parece ser nunca más apasionante y vivo que una estatua de mármol.

A todos —absolutamente a todos—, tarde o temprano han debido de decirnos (o quizá ni siquiera nos lo han dicho, porque desde hace dos mil años el rumor que circula es siempre el mismo, un rumor que está ya debajo de la piel y dentro de la cabeza de cualquier europeo): «Todo lo hermoso e insuperable que se ha dicho o hecho en el mundo lo hicieron o dijeron por primera vez los antiguos griegos». Y por lo tanto en griego antiguo.

Casi nadie tiene un conocimiento directo de ellos: la única certeza es que ya no existe *ni un solo griego antiguo que hable griego antiguo*. Solo se ha «oído hablar» de ellos, o quizá ni siquiera eso, como decía antes; es así y basta; desde hace siglos.

Pues bien, nuestra presunta *herencia cultural griega* nos ha sido transmitida por un pueblo antiguo que no entendemos en una lengua antigua que tampoco entendemos.

Formidable.

Es terrible la situación de quien no entiende una cosa, pero le han dicho que *debe* amarla; enseguida la empieza a odiar.

En apariencia, nos sentimos orgullosos de los griegos y del griego antiguo frente a los mármoles del Partenón o ante el teatro de Siracusa, como si fueran obra de nuestros antepasados, de nuestros tatarabuelos más lejanos. Nos gusta imaginarlos al sol de alguna pequeña isla, a punto de inventar la filosofía o la historiografía, o quizá sentados en un teatro ubicado en la ladera de alguna colina mientras asisten a la representación de una tragedia o una comedia; o incluso de noche, admirando un cielo henchido de estrellas mientras descubren la ciencia y la astronomía.

En cambio, en el fondo nos sentimos siempre inseguros de nosotros mismos, como si frente a las preguntas de un examen sobre una historia que no es nuestra hubiéramos olvidado *algo* de la antigua Grecia. Y la lengua griega es precisamente ese *algo* que no entendemos.

«El griego: ese instante absurdo, trágico, de lo humano», por citar a Nikos Dimou y toda su desdicha.

Así, pues, no solo nos acercamos como *desheredados e inadaptados* a esa *herencia cultural* del griego antiguo. Incluso si intentamos recuperar unas migajas de aquello que el mundo griego nos ha legado, somos víctimas de uno de los sistemas educativos más retrógrados y obtusos del mundo (por supuesto

a mi juicio, siempre como *última de la clase* y quizá, después de este libro, como suspendida y expulsada).

El liceo clásico, tal como está estructurado, parece que no tenga más objetivo que mantener a los griegos y a su griego tan inaccesibles como sea posible, mudos y gloriosos en lo alto de su Olimpo, envueltos en un temor reverencial que a menudo se convierte en terror divino y en una desesperación muy terrena.

Los métodos de aprendizaje al uso, a excepción de unos pocos profesores inspirados, son una perfecta garantía de odio, y no de amor, para quien se atreve a acercarse a la lengua griega. La consecuencia es la rendición total ante esa *herencia* que ya no queremos, porque en cuanto la acariciamos no la entendemos y salimos corriendo aterrorizados. La mayoría quemar las naves del griego tras de sí, en cuanto se ven libres de la obligación escolar.

Serán muchos los lectores a los que este libro les devuelva la memoria pegajosa de sus miedos, de sus fatigas, de su rabia, de su frustración hacia el griego antiguo, *reconociéndose en los míos*. Sin embargo, estas páginas nacen de la convicción de que no tiene sentido saber una cosa que no se recordará, sobre todo si se ha estudiado con sudor durante cinco años o más.

Por eso el presente libro no es una gramática convencional del griego antiguo, ni descriptiva ni normativa. No tiene ninguna pretensión académica (hay demasiadas ya incluso desde hace milenios).

Tiene, eso sí, una fuerte voluntad de pasión y de reto. Es un relato literario (y no literal) de algunas particularidades de una lengua tan magnífica y elegante como el griego antiguo: esa manera suya de expresar de un modo fulminante, sintético, irónico, abierto, del que —seamos sinceros— sentimos una nostalgia inconsciente.

El griego antiguo, al margen de lo que os hayan dicho (y sobre todo de lo que no os hayan dicho), es ante todo una lengua.

Toda lengua, con cada una de sus palabras, sirve para pintar un mundo. Y ese mundo es el vuestro. Gracias a la lengua podéis formular una idea, dar voz a una emoción, comunicar cómo estáis, expresar un deseo, escuchar una canción, escribir poesías.

En estos tiempos nuestros, en los que todos estamos conectados a *algo* y casi nunca estamos conectados con *alguien*, en los que las palabras han caído en desuso reemplazadas por emoticonos y por otros pictogramas modernos, en

este mundo cada vez más rápido y en esta realidad tan virtual que vivimos en diferido de nosotros mismos, lo cierto es que —con palabras— ya no nos entendemos.

La lengua, o lo que quede de ella, está volviéndose cada vez más banal; ¿cuántos de vosotros ha llamado a alguien hoy por teléfono (quiero decir solo marcar un número para oír una voz humana) por amor? ¿Y cuándo fue la última vez que escribisteis una carta (con un boli sobre un papel en blanco) o pasasteis la lengua por un sobre y un sello?

El abismo que separa el significado de una palabra y su interpretación crece cada hora, igual que los malentendidos y las cosas no dichas, directamente proporcionales a los lamentos y los fracasos. Poco a poco está perdiéndose la capacidad de hablar una lengua, sea cual sea. De entendernos y de hacernos entender. De decir cosas complejas con palabras sencillas, verdaderas, honestas; ahí está la potencia del griego antiguo.

Parecerá raro (ya he confesado desde el principio que soy *rara*), pero la lectura de este libro dedicado al griego podrá seros de ayuda en el día a día, y no con ocasión de un examen de última hora; de eso ya se encarga la vida.

Sí, *ese* griego antiguo. Abordado sin miedo (y con una buena dosis de locura), el griego deja que lo miréis a la cara y todavía os habla. En voz alta, con voz pura. Para poder pensar y por lo tanto expresar un deseo, un sonido, el amor, la soledad, el tiempo: para que recuperéis finalmente vuestro mundo y lo expreséis a vuestra manera. Porque, citando de nuevo a Virginia Woolf, «al griego volvemos cuando estamos cansados de la vaguedad, de la confusión y de nuestra época».

Escribir este libro dedicado al griego antiguo ha supuesto para mí una experiencia humana extraordinaria. Ha sido como recuperar el significado de las palabras escritas sobre una pizarra hace mil años y luego borradas enseguida al acabar la clase, olvidadas.

He partido del recuerdo de mí misma, poco más que una niña, esforzándome con un alfabeto que no era mío, hasta mirar ahora la lengua, y por lo tanto la naturaleza humana, de una manera completamente nueva.

He recuperado de unas cajas de cartón que han sobrevivido a más de diez mudanzas unos libros de cuando tenía catorce años, en los que apuntaba al lado de las declinaciones el nombre de mi compañero de pupitre, y luego los manuales universitarios que me siguen de etapa en etapa, de ciudad en ciudad,

más que las llaves de todos los hogares que he tenido y que he dejado.

He intentado dejar de pensar en ideas que me han atormentado durante más de diez años, y he descubierto que bastaba compartirlas con las personas que tenía a mi lado; ellas también intentaban dejar de pensar en esas mismas cosas, la mayoría de las veces sin saberlo. No nos las habíamos dicho nunca.

He ayudado a chicos que hoy día se las ven y se las desean con el liceo clásico justamente para aprender de ellos; las preguntas que me han hecho han sido las mismas que planteaba yo cuando no tenía ninguna experiencia con el griego y sobre todo de la vida. Y una vez que se ha formulado la pregunta, es imposible obligar a la curiosidad a dar marcha atrás, por más que nos obstinemos; eso he hecho yo, aunque he necesitado mucho tiempo para encontrar o imaginar la respuesta.

Me he reído con muchos amigos, adultos ya, que han pasado por las mismas desventuras luchando a brazo partido con el griego antiguo, y he descubierto que cualquiera que se acerque a esta lengua tiene una colección de papelajos ridículos enterrados en el cajón; en efecto, ahí es donde deberemos echarnos a reír.

Sobre todo, he intentado contar las rarezas del griego antiguo también a quien no lo ha estudiado nunca. Increíble: me han entendido; nos hemos entendido. Está bien. Quizá mejor.

Yo, que soy tan *rara*, he aprendido a mirar al tiempo de otra manera gracias al *aspecto* de la lengua griega, y luego a decirlo.

He soplado así tantos dientes de león expresando deseos en *optativo* y enfrentándome a mi voluntad de realizarlos que quedan ya pocos en los campos de finales de la primavera en Sarajevo.

He dicho *te quiero* en dual, un número de la lengua griega que significa *nosotros dos*; solo nosotros.

He reconocido la crueldad del silencio impuesto, pero también que cierta música no solo se escucha; se *mira*.

Incluso he hecho las paces con mi nombre de chico, Andrea,[\[2\]](#) causa que pensaba que ya estaba perdida para siempre.

Escribiendo este libro, «lo raro que tengo en la cabeza» se ha vuelto paradójicamente menos raro. En definitiva, gracias al griego antiguo — comprendiéndolo o, al menos, intuyéndolo— he conseguido decir muchas cosas más, y también menos, a mí misma y a los demás.

Espero que a vosotros os pase lo mismo leyendo estas páginas. Y que podáis llegar al final sabiendo reír y gozar con el griego antiguo, al menos una

vez en la vida.

PUES, ¿CUÁNDO? EL ASPECTO

*Tiempo presente y tiempo pasado
quizá estén ambos presentes en el tiempo futuro,
y el tiempo futuro contenido en el tiempo pasado.
Si todo tiempo es eternamente presente
Todo tiempo es irredimible.
[...] Eco
de pasos en la memoria bajando el pasillo
que no tomamos hacia la puerta
que nunca abrimos
hacia el jardín de las rosas.*

THOMAS S. ELIOT, «Burnt Norton», *Cuatro cuartetos*

El tiempo, nuestra cárcel: pasado, presente y futuro. Pronto, tarde, hoy, ayer, mañana. Siempre. Nunca.

El griego antiguo hacía poco caso del tiempo, o ninguno. Los griegos se expresaban de una manera que consideraba el *efecto de las acciones sobre los hablantes*. Ellos, libres, se preguntaban siempre *cómo*. Nosotros, prisioneros, nos preguntamos siempre *cuándo*.

No lo demasiado pronto o lo demasiado tarde de las cosas, sino *cómo* ocurren las cosas. No el *momento* de las cosas, sino el *desarrollo* de las cosas.

No el tiempo, sino el aspecto. El aspecto es una categoría del griego antiguo que hace referencia a la cualidad de la acción, sin situarla en el pasado, en el presente o en el futuro. Hormigas o cigarras, somos nosotros los que nos hemos acostumbrado a disponer lo que sucede a lo largo de una línea temporal precisa: cada uno tiene la suya, ya sea recta o en zigzag.

Los hechos eran vistos en su devenir concreto; el tiempo llegaba después — si es que llegaba—, con otras categorías en un segundo plano a nivel lingüístico, y a veces el *tiempo de las cosas* no llegaba nunca.

Platón, en el *Timeo*, 37e-38c, escribe respecto al tiempo, empleando todas las variantes aspectuales del verbo γίγνομαι, «llegar a ser», y del verbo εἰμί, «ser»:

Ἡμέρας γὰρ καὶ νύκτας καὶ μῆνας καὶ ἐνιαυτούς, οὐκ ὄντας [presente] πρὶν οὐρανὸν γενέσθαι [aoristo], τότε ἅμα ἐκείνῳ συνισταμένῳ τὴν γένεσιν αὐτῶν μηχανᾶται· ταῦτα δὲ πάντα μέρη χρόνου, καὶ τό τ' ἦν [imperfecto] τό τ' ἔσται [futuro] χρόνου γεγονότα [perfecto] εἶδη, ἃ δὴ φέροντες λαμβάνομεν ἐπὶ τὴν αἰδίων οὐσίαν οὐκ ὀρθῶς. λέγομεν γὰρ δὴ ὡς ἦν [imperfecto] ἔστιν [presente] τε καὶ ἔσται [futuro], τῇ δὲ τὸ ἔστιν [presente] μόνον κατὰ τὸν ἀληθῆ λόγον προσήκει, τὸ δὲ ἦν [imperfecto] τό τ' ἔσται [futuro] περὶ τὴν ἐν χρόνῳ γένεσιν ἰοῦσαν πρέπει λέγεσθαι.

«Antes de que se originara el mundo, no existían los días, las noches, los meses ni los años. Por ello, planeó su generación al mismo tiempo que la composición de aquel. Estas son todas las partes del tiempo y el “era” y el “será” son formas devenidas del tiempo que de manera incorrecta aplicamos irreflexivamente al ser eterno. Pues decimos que era, es y será, pero según el razonamiento verdadero solo le corresponde el “es”, y el “era” y el “será” conviene que sean predicados de la generación que procede en el tiempo.»

Τό τε γεγονός [perfecto] εἶναι γεγονός [perfecto] καὶ τὸ γιγνόμενον [presente] εἶναι γιγνόμενον [presente], ἔτι τε τὸ γενησόμενον εἶναι [futuro] γενησόμενον [futuro] καὶ τὸ μὴ ὄν [presente] μὴ ὄν [presente] εἶναι [presente], ὅν οὐδὲν ἀκριβὲς λέγομεν.

«Y además [decimos] que lo que ha devenido, es devenido, lo que deviene está deviniendo, lo que devendrá es lo que devendrá y el no ser es no ser; nada de esto está expresado con propiedad.»

El aspecto era, sobre todo, un modo de pensar que dividía los acontecimientos del mundo y de la vida entre *cumplidos* y *no cumplidos*, *perfecta* e *infecta*. O sea, comienzo y final. Cada lengua presupone un modo particular de ver la realidad. Si en griego antiguo el tiempo es solo secundario, entonces lo que existe es *el comienzo* y *el final de las cosas*. De cada cosa.

El aspecto indicaba justamente la duración comprendida entre cada comienzo y cada final. Cuánto y cómo dura una acción. Cómo empieza, cómo se desarrolla, cómo termina. En qué se convierte. Sobre todo, el aspecto servía para expresar *cómo* y *qué cosa nace de cada comienzo* y *de cada final*.

Qué sucede si has visto y por lo tanto ahora sabes, si has tenido fe y por lo tanto ahora crees, si has escrito y por lo tanto la página en blanco está ahora llena de palabras. Si has partido y has llegado: no importa cuándo, *ahora estás aquí*.

Resulta difícil de entender para nosotros, que hemos venido al mundo con la idea de que entre cada comienzo y cada final transcurre un tiempo, demasiado o demasiado poco, y de que ese tiempo es todo lo que tenemos. Resulta difícil de descifrar para nosotros, que hablamos y pensamos en una lengua, como la mayor parte de las lenguas modernas, en la que cada acción está fijada en un

momento concreto —pasado, presente o futuro—, aunque nada se puede fijar en el tiempo, porque siempre se transformará en otra cosa. Es más, ya se ha transformado. Resulta difícil darnos cuenta de lo que ocurre, nosotros que cargamos con heridas a la espera de que se conviertan en cicatrices, que confiamos en la cura del tiempo. Resulta difícil pensar sin tiempo, pero el tiempo no existe, existe el final de todo comienzo y el comienzo de todo final. Los campesinos y los marineros lo saben: se siega para sembrar y para recoger de nuevo el fruto; se atracar en el puerto para zarpar, surcar el mar y volver a atracar. Resulta difícil de ver, para nosotros que miramos siempre el reloj, la agenda, el calendario, que organizamos *la logística de nuestro vivir en el tiempo*, que todo cambia y al mismo tiempo todo permanece: «permanezco» y «te espero» tienen la misma raíz en los verbos griegos μένω y μίμνω.

Resulta difícil para nosotros, pero no para el griego antiguo, una lengua que no se fijaba en el tiempo, sino en el proceso, y a través del aspecto de los verbos expresaba la cualidad de las cosas que a nosotros nos parece que se nos escapa siempre: el *cuándo*, el cuándo que nos preguntamos siempre, sin detenernos nunca en el *cómo*.

El aspecto del verbo griego es quizá uno de los legados más gloriosos del indoeuropeo, una de las primeras lenguas habladas sobre la tierra, una de las lenguas desaparecidas y por lo tanto solo hipotéticas hoy día.

Las lenguas que han venido después no han hecho más que disipar la herencia acumulada en los graneros lingüísticos e intelectuales del indoeuropeo, creyendo economizar: *principio de economía*. Precisamente se llama así en lingüística la simplificación y, por tanto, la banalización de la lengua.

Las sociedades cambiaban a lo largo de los milenios una tras otra, los pueblos se desplazaban, de nómadas pasaban a pastores y luego a ciudadanos; había que expresarse deprisa, a toda velocidad, hacerse entender, ser entendidos. El mundo se había vuelto más complejo, y paradójicamente hacía falta una lengua más sencilla; pasa siempre lo mismo cuando la realidad resulta difícil de expresar. Mirad la comunicación actual: los emoticonos como «pictogramas» modernos; ya nadie sabe llamar por teléfono, y por lo tanto la gente se olvida de que sabe *hablar*.

El sistema verbal indoeuropeo preveía una estructura original. No presentaba una conjugación regular basada en el tiempo, como aquella a la que estamos acostumbrados y que aprendemos en la escuela primaria: «Yo como,

yo comía, yo comí, yo he comido». Antes bien, poseía temas verbales independientes que no estaban ligados entre sí por ninguna necesidad temporal.

A partir de Homero, el griego antiguo decidió conservar la originalidad indoeuropea y esa manera pura y antigua de ver el mundo, sin tiempo.

Resulta difícil para nosotros, decía, abandonar el *cuándo* de las cosas y reflexionar sobre el *cómo*; y más ahora que estamos lingüísticamente mudos y no sabemos decir nada sin tiempo.

Intentemos ver, para luego saber. Intentemos entender el aspecto, para después decirlo. Porque el tiempo es *sin palabras*, pero el aspecto no. Las palabras se encuentran, se tienen que encontrar siempre.

Para quien nunca ha estudiado griego en la escuela, comprender el aspecto será un ejercicio de *libertad lingüística*. En cambio, para quienes sí lo han hecho, será tal vez como recibir respuesta a unas preguntas que no se habían planteado nunca. Será algo más que un ejercicio de libertad lingüística. Será quizá una *liberación lingüística*. Para algunos, una *revolución*. Para todos, una especie de *reembolso tardío* por los años pasados memorizando verbos sin ni siquiera entender su significado.

En los manuales escolares de uso corriente, la categoría del aspecto griego ocupa de cero a media página, calculando una media al alza. En cambio, las tablas de los verbos que tienen que aprenderse de memoria ocupan centenares de páginas, calculando una media a la baja.

Sé muy bien que para aprender una lengua extranjera —y el griego, más allá de que esté vivo o muerto, lo es— se necesita estudio, constancia, tenacidad. Mucha memoria (¿acaso aprender japonés es distinto?). No obstante, sin comprensión y sin sentido de la lengua todo esfuerzo se convierte en un fin en sí mismo, o en un fin para el ejercicio de clase. Y sin sentido solo hay incompreensión de la lengua que se está aprendiendo y, sobre todo, de por qué se aprende.

Quien ha estudiado griego quizá hoy no recuerde nada de él, pero desde luego recordará las tardes pasadas repitiendo paradigma tras paradigma. Esa es la consecuencia del aprendizaje de memoria sin entender el significado de lo que está delante. Ese es el resultado de aplicar categorías de nuestra lengua —el tiempo— a lenguas que estaban desprovistas de ellas: el olvido forzoso. No sobrevive más que el recuerdo de los sufrimientos padecidos, las tardes de

primavera estudiando lo que se ha querido olvidar lo antes posible; para la mayoría, el momento exacto de ese olvido se sitúa un minuto después de haber entregado la prueba de traducción del examen de madurez.

Intentaré explicar el aspecto celebrando mi juventud; la juventud que pasé entonando cantilenas para aprender paradigmas de memoria: oía su sonido, pero no entendía su significado. Los repetía religiosamente sin tener conciencia alguna de ellos; si hubieran sido versos védicos, mantras budistas o suras del Corán habría sido lo mismo. Todavía hoy día solo con oír φέρω respondo pavlovianamente οἶστω y etcétera. Durante los ejercicios en clase transcribía los verbos en el folio haciendo votos (y conjuros) y toda mi comprensión lingüística acababa ahí.

No he sido ni la primera ni la última. Es más, sé que les está pasando lo mismo en centenares de liceos de Italia a chicos nacidos en el año dos mil (d.C.) y que han aprendido a utilizar un móvil antes que un boli.

Así pues, intentaré explicarme sobre todo para aquellos que ahora tienen que luchar a brazo partido con una juventud cada vez más rebelde sin causa para dar al menos un poco de sentido a sus tardes y, sobre todo, a sus noches blancas, tan lejanas de San Petersburgo: fíaos, hay un sentido, un sentido hermosísimo en lo que estáis aprendiendo, aunque me han hecho falta quince años y una licenciatura en filología clásica para entenderlo.

Cabezona.

Partamos de un cuento, puesto que nos gusta tanto imaginar cosas y, en el caso de una lengua que no es nuestra y encima está muerta, necesitamos mucha imaginación, muchísima. No faltarán ejemplos más académicos, por si los lectores más avisados se quedaran un poco perplejos.

487 a.C. Altas horas de la noche un uno de los peores bares del Pireo. Cielo cubierto, rumor de las olas que rompen contra las trirremes ancladas en el puerto; luz de unos pocos faroles. Luna en cuarto creciente.

Esta noche dos amigos han empujado un poquito demasiado el codo: uno tiene problemas con una mujer, el otro con el cargamento procedente de Halicarnaso que no se decide a llegar. Están considerando si deben ir o no a pedir consejo al oráculo de Delfos al día siguiente; gastan un humor de perros.

Entre consideración y consideración, los dos se encuentran de pronto borrachos de ese vino griego fortísimo que los helenos bebían siempre con agua.

Quizá nuestros amigos lo hayan agitado demasiado poco. Es una de esas noches en las que hace falta entonarse un poco; ¿cómo no vamos a entenderlos? Pero al final, en la vida, como en la taberna, la cuenta acaba siempre por llegar y siempre es dolorosa. Podrían pagarla con elegancia y marcharse con honor, pero a los dos amigos se les pasa por la cabeza la idea de escaparse sin pagar. Naturalmente están tan borrachos que el tabernero los pillarán nada más doblar la esquina. De todas maneras deciden huir, y «huir» en griego antiguo se decía φεύγειν.

El vino griego

Como buena oriunda de la comarca del Chianti, me gustaría hablar del vino en la antigua Grecia.

Llamado «néctar de los dioses», «sangre de Dioniso» o «ambrosía del Olimpo», ya hemos dicho que el vino tenía una graduación muy elevada, consecuencia del sol abrasador de Grecia, unido a la práctica de una vendimia tan tardía que se llevaba a cabo cuando las hojas de la vid ya habían caído.

El consumo de esta bebida data de la época micénica, hacia finales del II milenio a.C., como demuestra el hallazgo de algunas jarras en cuyo interior los análisis químicos efectuados han confirmado la presencia de vino.

El cultivo de la vid estaba bastante difundido en Grecia y los *oikistai*, esto es, los encargados por la madre patria de fundar nuevas colonias en ultramar exportando por todo el Mediterráneo sus usos y costumbres, embarcaban en sus naves, entre otras cosas, sarmientos de vid con la intención de trasplantarlos una vez llegados a las nuevas tierras. La viticultura llegó así a las costas de España, del norte de África, de la Francia meridional y de Italia, otrora llamada «Enotria», «la tierra de la vid», precisamente por el excelente vino que se producía allí.

Se tenía por costumbre beberlo agitado, como ya he dicho, no solo por razones obvias de orden público, sino sobre todo por cuestión de identidad: a los helenos les horrorizaban los *bárbaros*, que bebían el vino tal como salía, puro. Por ejemplo, en el canto XI de la *Iliada* Néstor ofrece al médico Macaón *vino pramnio* (es decir, proveniente de Icaria y, por tanto, considerado el primer «vino con denominación de origen» de la historia) *mezclado con harina blanca y queso rallado*. Una exquisitez, vamos; a decir verdad, los héroes homéricos se deleitaban con este mejunje cuando el momento era delicado, en caso de resultar heridos, o al término de extenuantes combates. El brebaje tenía además un nombre, «ciceón», κικεόν.

El simposio (palabra que significa «beber en compañía») suponía para los griegos la ocasión por antonomasia de consumir vino; no solamente tenía una función lúdica, sino que se producían también momentos de enfrentamiento sobre asuntos políticos, intelectuales y civiles. Mientras los participantes bebían y comían cómodamente tumbados en los triclinios, eran los poetas y los aedos los que se encargaban de cantar la historia común de Grecia —en primer lugar los poemas homéricos—, reforzando el sentido de pertenencia a la comunidad. En cambio, la tarea del *simposiarca*, esto es, el jefe del simposio, consistía en establecer cuánto vino se consumiría y en qué proporción se aguaría. Los recipientes para servirlo tenían formas y nombres distintos; el más importante era la cratera, utilizada para mezclar el vino y el agua.

El estado de ebriedad tenía un valor religioso, casi místico. De hecho, se creía que la borrachera

permitía a los hombres perder cualquier freno racional y acercarse a la divinidad. De ahí proviene el famoso dicho, acuñado por el poeta Alceo, ἐν οἴνῳ ἀλήθεια, *in vino veritas*, todavía utilizado de forma habitual para justificar los abusos, bastante menos sagrados, que se cometen empinando el codo.

Finalmente, los vinos eran clasificados según su color en blancos, negros y caoba, y según su perfume de rosa, de violeta o de resina; una manera deliciosa de hacerlo.

Pues bien, para entender adecuadamente la cuestión del aspecto es necesario ponerse en la piel, en la cabeza y sobre todo en la lengua griega del tabernero que participa en la escena.

En solo *tres aspectos* el tabernero habría podido comunicar su contrariedad echando mano —de forma deliberada y, desde luego, no al azar— a uno de los tres temas (a eso me refería poco antes, cuando hablaba de la herencia del indoeuropeo) del verbo φεύγειν:

- **Aspecto o tema de presente**, φεύγουσιν. Traducido: «¡Por Zeus, pero mira esos dos! ¡Se están escapando sin pagar!».

Nuestro tabernero está ahí, junto al tonel negro, mientras ve a los dos amigos justo *en el acto de escapar*: uno tropieza con un escalón, el otro pierde un escaquin. En definitiva, la (lamentable) escena tiene lugar ante sus ojos, y seguro que esos dos no llegarán muy lejos.

- **Aspecto o tema de aoristo**, ἔφυγον. Traducido: «¡Por Zeus, no se les ocurrirá huir sin pagar a esos dos zoquetes!».

El tabernero está ahí, sentado en su escabel. No ve el momento de echar el cierre. Además, al día siguiente tiene que levantarse pronto, la mujer se lamentará como cada noche, etcétera, y entre todas esas preocupaciones se le pasa por la cabeza la *idea* de que a lo mejor esos dos querrán marcharse sin pagar la cuenta.

Más allá de que asista o no a la escena (quizá incluso tenga los ojos medio cerrados, pues se muere de sueño), el sentido es el siguiente: *la acción de huir es considerada como un hecho en sí*, sin referencia alguna a su duración.

- **Aspecto o tema de perfecto**, πεφύγασιν. Traducido: «¡Que Zeus fulmine a esos dos sinvergüenzas! ¡Se han escapado!».

El pobre tabernero, agotado después de una dura jornada de trabajo, no puede con su alma. Ante él se encuentra una mesa llena de copas vacías —una incluso desportillada—, mientras que el papel de la cuenta revolotea al viento. De los dos amigos borrachos no queda ni rastro.

La acción de huir ya ha sucedido hace un rato, y al tabernero lo único que le queda es el daño y la burla.

Dejemos ahora a su suerte la historia (imaginada) de los dos amigos borrachos y volvamos a la historia (verdadera) de la lengua y a su propia suerte.

Ante todo, el aspecto era una *categoría gramatical* concreta del griego antiguo, tan digna de respeto como todas las demás: el tiempo, el modo, la persona y la diátesis o voz; las que seguimos utilizando hoy en día en italiano o en español *para entendernos y para hacernos entender*, el objetivo primordial del lenguaje.[\[3\]](#)

El misterio yace, más bien, en cómo es que una categoría tan fundamental es tratada hoy como un *accesorio* lujosísimo y por lo tanto inútil, *opcional*.

Una definición rigurosa del valor aspectual suena de la siguiente manera: el aspecto indicaba la cualidad de la acción, el modo en el que esta sucedía y cómo el hablante se sentía al respecto.

Como habréis notado, a la hora de definir el aspecto he adoptado de manera indiscutible el imperfecto; nosotros hemos perdido para siempre esa categoría gramatical, ese modo de valorar los acontecimientos con respecto a su cualidad y a sus consecuencias en vez de clavarlos en la pared como las fotos del recuerdo de las bodas en un esquema *presente-pasado-futuro*; en definitiva, esa forma de preguntarse *cómo* que tenía el griego antiguo. Ni siquiera el corrector automático del ordenador reconoce ya la palabra «aspectual». ¡Error!, se obstina en repetir mientras escribo, subrayándolo en un tono «rojo descuido».

Por supuesto, en nuestra lengua recurrimos a diversas perífrasis para indicar si una acción es momentánea o puntual, casi siempre de manera inconsciente. Pero el valor del aspecto griego ya no lo entendemos porque desde hace más de un par de milenios nuestro *sentimiento lingüístico* —es decir, nuestra manera de ver el mundo y de expresarlo mediante palabras— ha quedado desprovisto de él. Y lo que es peor: lo ha abandonado, lo ha perdido en un bolsillo agujereado.

Quizá llegara a entenderlo un habitante de las islas Hawái, que habla una de las pocas lenguas del mundo en las que sobrevive el valor aspectual (con cierta tenacidad, hay que reconocerlo, en medio de todas esas palabras larguísimas llenas de «u»). También sobrevive en el serbocroata (lengua ahora dividida en serbio, croata, bosnio y montenegrino, tras la guerra que se desencadenó por motivos políticos y de toda naturaleza, menos humanos).

Nosotros no; nosotros, desheredados del indoeuropeo, tenemos que imaginar y esforzarnos por entender.

Apenas un breve resumen antes de que las cosas se compliquen:

- **Valor aspectual presente:** la acción es durativa, está en proceso de desarrollo. Gráficamente puede representarse mediante una línea recta, con unos cuantos puntitos muy monos al fondo, dirigidos hacia el infinito:



Ejemplo: καλέω, «estoy llamándote», de mi boca salen las letras que componen tu nombre; por ejemplo, «Lo-li-ta», por sacar a colación a Nabokov.

- **Valor aspectual aoristo:** la acción es momentánea, y la tomamos por lo que es. Gráficamente puede ser representada mediante un punto bien gordo:



Ejemplo: ἐκάλεσα, expreso *la idea de llamarte*, no importa cuándo, ni cómo ni por qué.

Solo en modo indicativo puede corresponder a nuestro pretérito indefinido. En todos los demás casos, quizá un simple «te llamo» genérico sin más determinaciones espaciotemporales podría dar vagamente la idea. Como sucede después de *algunas* citas.

- **Valor aspectual perfecto:** la acción está acabada, sin que haya apelación posible, y lo que queda son sus consecuencias. Gráficamente puede ser representada por un círculo:



Ejemplo: κέκληκα, «te he llamado» y ahora estoy dándole vueltas y más vueltas a la idea de por qué no me has contestado. Me temo que la cita no ha salido precisamente bien.

La edad oscura

Iluminar la edad oscura es una empresa titánica que han intentado muchos; nadie ha vuelto vivo, todos han terminado en las tinieblas. En un esfuerzo heroico se puede resumir así: el griego, como casi todas las lenguas europeas, es una lengua indoeuropea. Y hasta aquí hemos llegado.

Por supuesto no queda testimonio escrito alguno ni tampoco ningún recuerdo del pueblo que la usaba; cuando los pueblos descubren la facultad de escribir no tienen ya conciencia de que están utilizando la misma lengua. Es decir, griegos, persas, hititas, indios y todo el grupo de los indoeuropeos ya no se entienden, aunque todos nacieran bajo el manto de la misma lengua, pese a ser hermanos lingüísticos.

Por supuesto no sabemos ni dónde ni cuándo vivió esa «nación» indoeuropea, pero si su lengua tuvo semejante capacidad de difusión es porque la hablaba una civilización culturalmente hegemónica. Respecto al *cuándo*, podemos aventurar más o menos el II milenio a.C. (un dato demasiado vago, lo reconozco). Respecto al *dónde*, alguna parte entre Europa y Asia (todavía más vaguedad).

Por supuesto que el paso del indoeuropeo al griego común o prehistórico (el antepasado de todos los dialectos griegos) también está envuelto en misterio. No obstante, al igual que el indoeuropeo, asimismo el griego común presupondría un pueblo helénico cohesionado, dotado de una lengua unitaria. Un pueblo combativo, rico y evolucionado.

Por un *accidente histórico*, como lo llaman con inaudita elegancia los estudiosos, tras la edad oscura los testigos de la lengua pasan casi de golpe del indoeuropeo a los distintos dialectos griegos. Lo sucedido mientras tanto puede sintetizarse de la siguiente manera: *conquistas, cambios de la sociedad, luchas de poder, invasiones, cambio de clases intelectualmente hegemónicas*.

No seguiríais creyendo en los terremotos, en la isla de Atlántida o en las catástrofes naturales, ¿verdad?

El *valor aspectual* de la acción era tan fundamental para el hablante griego que prevalecía con embarazosa facilidad sobre su *valor temporal*. De hecho, este último se hallaba circunscrito solo al modo indicativo y era expresado mediante terminaciones accesorias como el aumento y las desinencias, mientras que para todos los demás modos (imperativo, subjuntivo y optativo), así como para el infinitivo y el participio, era el aspecto el que marcaba la diferencia. De nuevo no el *cuándo*, sino el *cómo*.

Pues ¿cuándo?

Ha llegado el momento de contemplar y de imaginarnos de cerca esa manera de *hacerse entender*, y para ello examinaré los *temas* de los que hablaba al principio, el glorioso y despilfarrado legado indoeuropeo. En el fondo ese es el motivo por el que en el liceo clásico se aprenden los paradigmas de memoria. Muy en el fondo, digamos.

El *tema* es la parte que permanece invariable en toda la conjugación del verbo, y eso sucede también en italiano (o en español): por ejemplo, *colp-* para el verbo *colpire* (o *golpe-* para el verbo *golpear* en español).

Desde la edad oscura, el griego antiguo ha llevado consigo a modo de *souvenir* tres temas distintos para cada verbo, tres temas asociados al valor aspectual: *presente*, *aoristo* y *perfecto*, con el añadido del *futuro* (del que hablaré más adelante) y del *aoristo pasivo* (poco más que una variante sumisa del aoristo activo).

Multiplicadlo todo por cinco y quien conserve todavía algún recuerdo del liceo clásico sabrá por qué recitaba de memoria todos aquellos paradigmas como si fueran el *avemaría* (a mí me decían exactamente eso: «Tienes que sabértelos como el avemaría»); estaba aprendiendo cada uno de los cinco temas correspondientes a un mismo verbo. Dicho en otras palabras: estaba manifestando que nosotros ya no entendemos esa lengua y por lo tanto estamos obligados a memorizarla. La memoria a la fuerza es el mejor método para olvidar.

Los griegos, en cambio, entendían los temas a simple vista, hasta el punto de tener la conciencia lingüística de que eran entidades distintas de un verbo, aunque *tal vez* despertaran sospechas de estar relacionadas entre sí.

Razonaban de un modo completamente distinto del nuestro: en italiano y en general en las lenguas románicas nos hacemos entender conjugando un verbo en el tiempo, y hasta un niño de tres años sabría decir que *como*, *comeré*, *comí* y *he comido* no son más que variantes temporales de un mismo verbo, *comer*. Se parecen mucho, si nos tomamos la molestia de fijarnos. Pues sí, *a simple vista*, decía: esa es la clave para entender el griego antiguo. Tomarnos la molestia de fijarnos para tomarnos la molestia de saber.

En cambio, a los griegos no les importaba nada que los temas $\lambda\epsilon\iota\pi-$, $\lambda\iota\pi-$ y $\lambda\omicron\iota\pi-$ fueran variantes del mismo verbo, $\lambda\epsilon\acute{\iota}\pi\omega$, «dejar». De hecho, todos estos temas engloban dentro de sí un significado aspectual tan distinto que son casi independientes entre sí. Y en efecto se parecen —*visualmente*— poco, del mismo modo que en nuestro idioma se parece poco, y no solo *visualmente*, el momento en el que «estoy dejándote» (y por consiguiente mientras hay vida, hay esperanza) y el momento «te he dejado» (olvida toda esperanza, te has quedado solo como un perro).

Quizá algunos hablantes de griego abrigaran ciertas sospechas y los más espabilados llegaron a distinguir en los verbos la misma raíz temática, pero no porque fueran lingüísticamente conscientes de ella: si acaso, *a pesar de serlo*.

Homero, por ejemplo, utiliza los verbos de esa misma manera, escogiendo

un tema y utilizándolo para expresar *cómo* acontece la acción que desea narrar; para ser precisos, la que la Musa le ha narrado. De igual modo que el tabernero de nuestro cuento, Homero, el ciego de Quíos —o de otra de las seis islas que se jactan de haber sido su cuna, si es que de verdad existió *un* Homero—, examina, por poner un ejemplo, cómo se enfrenta Helena al hecho de haber sido raptada por Paris y de que se haya desencadenado por ella una guerra de diez años de duración (o sea, lo enfadada, lo enfadadísima que está).

Es más, Homero parece tan despreocupado a la hora de elegir el tema que más le agrada *para hacerse entender* que, rebuscando en la *Iliada* y la *Odisea*, da la impresión de que el sumo vate no se daba cuenta de que usaba las variantes aspectuales del mismo verbo; eso lo apreciamos nosotros en las notas a pie de página de los poemas épicos que debemos estudiar y en las retahílas de paradigmas desplegados como si fueran soldados de una falange en nuestros manuales (falange a la que nos enfrentamos con las mismas ganas con las que un griego se enfrentaría a los persas en las Termópilas).

Homero y los griegos en general no veían el nexo entre los diversos temas del mismo verbo o, si lo veían, no les importaba demasiado. Desde luego no lo *sentían lingüísticamente*. La elección del tema era funcional respecto a la *necesidad de hacerse entender*.

A nosotros ahora puede parecernos una elección confusa y difícilísima, y sin embargo entre ellos se entendían a la perfección, quizá casi mejor que nosotros, que con demasiada frecuencia no lo conseguimos. Desde luego, con mayor precisión y sinceridad; no se decía nada solo por decirlo ni se hacía nada solo por hacerlo.

Si la *Iliada* y la *Odisea* han sido los poemas épicos más *mainstream* de la historia y el instrumento más eficaz de *storytelling* de una sociedad, significa que los griegos de cualquier clase social los comprendían perfectamente sin necesidad de un doctorado en filología.

De lo contrario, si la lengua homérica hubiera sido destinada a pocos y doctísimos oídos, los griegos habrían tomado rápidamente otro poeta nacional, y Homero habría sido tirado a la basura; un poco como haríamos nosotros si oyéramos la final de un Mundial (¡en la que Italia estuviera ganando en los penaltis!) contada en el italiano de Dante: cambiaríamos deprisa de canal y maldeciríamos a Dante, la Toscana y, en caso de duda, hasta la Virgen Santa.

Antes de pasar a examinar cada tema, propongo un ejemplo que desconcertará

a cualquier estudiante de liceo, presente o pasado, o que dejará de piedra a quien no tiene ni idea de griego. Me parece, no obstante, la vía más rápida para entender la cuestión. Desde luego es la más valiente.

Quizá hayáis oído hablar de la existencia de siete verbos llamados «polirrizos», un modo elegante de definir esos verbos enloquecidos que se saltan a la torera cualquier regla, verbos tan lógicos en griego que a nosotros nos resultan del todo ilógicos; en caso contrario, quien todavía esté o haya estado prisionero de los pupitres siempre demasiado estrechos del liceo habrá oído hablar de al menos tres de ellos. Como sucede con frecuencia en la lengua, pero sobre todo en la vida, hace falta que la extrañeza nos ilumine el significado de las cosas. Pues bien, precisamente en estos verbos irregulares se ve con mayor claridad —de hecho, *se ve a simple vista*— la importancia del valor aspectual asociado a cada tema.

Tomemos por eso al más irregular de todos, ὁράω, y limitémonos por un instante a *mirar* su paradigma desplegado como en la página de cualquier libro de texto: presente, futuro, aoristo, perfecto y aoristo pasivo:

ὁράω, ὄψομαι, εἶδον, οἶδα, ὤφθην.

Ironía no casual, ὁράω quiere decir precisamente eso: «mirar con los ojos». Así que *mirad con los ojos bien abiertos*.

¿Lo habéis mirado bien? No basta con saber leer en griego. Suponed incluso que se trata de japonés. ¿Encontráis una sola palabra que se parezca en lo mínimo a otra? Desde luego que no. Bien. O, mejor dicho, muy bien.

Intentad ahora dar un salto en el tiempo: el de verdad, el de la historia con mayúsculas. Si os encontrarais en el ágora de Atenas y se os ocurriera parar al primer tipo que pasara a vuestro lado para preguntarle «¿Tendría la bondad, por Zeus, de explicarme el paradigma de ὁράω?», bueno, apuesto que el sujeto os tomaría por locos o, peor aún, por bárbaros, y al cabo de pocos minutos acabaríais condenados a trabajos forzados o vendidos como esclavos en el mercado.

A cada uno de estos temas le corresponde un significado muy distinto, que puede ser utilizado con independencia uno de otro, y a nadie le importaba que οἶδα viniera o no de ὁράω; a las que les importa eso es a nuestras gramáticas. Exactamente lo mismo que nos importa a nosotros que las palabras italianas *pazienza, pazzia y passione* (o en español, «paciencia» y «pasión») proceden de la misma raíz: el comentario del 99 por ciento de la población encuestada

al respecto sería, en el mejor y más amable de los casos: «¿Y qué? ¿A mí qué me importa?».

Teniendo siempre en cuenta que *la finalidad de la lengua es hacerse entender*, veamos qué *entendían* los griegos de los distintos temas de ὁράω:

- ὁράω, «estoy mirando»; una manzana, una mujer hermosa, el cielo, una tragedia, lo que me dé la gana.

- ὄψομαι, «tengo la intención de mirar, miraré»; para qué mirar, véase más arriba o mírese alrededor.

- εἶδον, «miro».

- οἶδα, «sé»; porque he mirado atentamente y ahora sé, punto. (Precioso, ¿no? Si esta concepción del conocimiento fuera aplicada ahora, que todos hablan de todo sin haber visto nada, y por consiguiente sin saber nada, el mundo sería, a mi juicio, infinitamente mejor.)

- ὄφθην, «soy mirado»; y luego alguien sabrá.

Otro verbo anómalo, y por ende luminoso, es «decir»: solo el aoristo εἶπον posee el significado italiano correspondiente, mientras que el tema de presente oscila entre ἀγορεύω, «estoy hablando públicamente» (de ἀγορά, la plaza pública), y λέγω, que equivale a «estoy resolviendo, estoy contando». En cambio, el tema de perfecto εἶρηκα, «he dicho y por lo tanto me habéis oído», es completamente distinto y viene de alguna otra parte.

Las oscilaciones semánticas que hemos visto en acción en el paradigma de ὁράω valen para *todos* los demás verbos griegos. Es más, valen hasta tal punto que muchos verbos carecen de uno o de más temas, porque su significado no se presta a la existencia de ese tema en particular. Los lingüistas los llaman verbos *defectivos*. ¿Algún ejemplo?

Οικέω, «yo vivo», βασιλεύω, «yo reino», tienen casi siempre solo tema de presente, pues la acción está siempre en fase de desarrollo: o vives en alguna parte o eres un sin techo, o eres rey o no lo eres.

Θνήσκω, «yo muero», tiene solo tema de aoristo, porque la acción de expirar es quizá la más puntual que existe. Lo mismo cabe decir de βιώω, «yo vivo», cuando estamos agradecidos a la vida por el solo hecho de estar vivos y de saber gozar de las cosas aunque no todo es perfecto.

Ἦκω, mi preferido, tiene solo tema de perfecto, porque expresa el resultado de la acción de «haber partido y al fin haber llegado». Yo lo traduciría por una

expresión poco académica como «ya estoy aquí», pero quizá no a todos los profesores les gustara, de modo que un simple «he llegado» ya está más que bien.

También ἔοικα, «yo parezco / soy semejante a», y δέδοικα, «tengo miedo», tienen solo tema de perfecto, porque son resultado de acciones ya acaecidas: he mirado a un tipo y me ha recordado a otro, ha pasado algo y me ha producido temor; ha llegado el momento de elegir si tengo valor o no.

Una vez llegados a este punto, el viaje ya va cuesta abajo. Por eso a continuación vienen ilustrados los distintos temas: disfrutad del paisaje. ¡Ah, sí! Se me olvidaba ofreceros el vaso de vino (aguado) con el que brindar durante el camino; todo lo que viene a continuación es válido para *todos los modos* (indicativo, imperativo, subjuntivo, optativo), para el infinitivo y el participio, e incluso para el adjetivo verbal (*no comment*, sé que en clase no se estudia casi nunca, a menos que luego salga en la traducción del examen de madurez).

El diccionario

Resulta conmovedora la nostalgia de las míticas traducciones del *Rocci*, el diccionario de griego con el que los estudiantes italianos han perdido la vista (y los propietarios de tiendas de óptica han ganado dinero a espaldas) durante casi ochenta años.

Corría el año 1939 cuando un fraile jesuita, el padre Lorenzo Rocci, publicó el diccionario que lleva su nombre para la editorial Dante Alighieri, y que se consideró la enciclopedia insuperable del griego antiguo hasta la aparición del *GI. Vocabolario della lingua greca*, de Franco Montanari, para la editorial Loescher, en 1995. Llamado simplemente *GI*, como se hace con los amigos, el nuevo diccionario marcó para siempre un paso generacional: por una parte los que se quedaron ciegos como Homero en Quíos afanándose con el Rocci, de color azul y sin un solo lema en negrita, ni uno (de modo que todo el griego parecía compuesto de una sola palabra explicada en más de mil páginas); por otra, los privilegiados del moderno atuendo gráfico del *GI*, de color rojo (creo que las ediciones nuevas van provistas incluso de CD).

En los ambientes que de verdad importan (esto es, en los patios y los claustros de las universidades, o en las reuniones de supervivientes del liceo clásico), se ha convertido casi en una cuestión política, con una pregunta que divide a dos castas de ratones de biblioteca: «¿Tú utilizas el *Rocci* o el *GI*?». Yo utilizo los dos, dependiendo de que tenga o no las gafas a mano.

Además, en algunas universidades italianas todavía se utiliza el *Liddell-Scott-Jones* o, de forma abreviada, el *LSJ*, un diccionario de la lengua griega en inglés iniciado en el siglo XIX y que hoy en día llega ya a la decimonovena edición revisada. Publicado por primera vez en 1819 por la Oxford University Press, a menudo ha sido reducido y ampliado: las tres variantes son *The Little Liddell*, *The Middle Liddell* y *The Big Liddell* o *The Great Liddell*. La precisión y la exactitud del todo británicas del *LSJ* hacen de él una obra maestra no superada hasta la fecha, además de un esfuerzo titánico por recoger el significado de cada palabra que ha existido en griego y por ilustrar su

utilización en cualquier contexto. Pero lo que resulta imposible es negar la dificultad de emplear como intermediaria una tercera lengua —el inglés— para captar y dar el sentido de dos lenguas lejanísimas una de otra, el griego y el italiano.

Permanecerán para siempre en mi memoria algunas traducciones del *Rocci*. Sobre todo la traducción de ποιέω, *io fo* («yo hago»), en toscano.

Sí, desde luego el *Rocci* está indudablemente anticuado y carece de referencias a los textos griegos en los que se emplean las palabras de los distintos lemas, pero ofrece una variedad de sinónimos más amplia que el *GI*, una libertad de elección apreciable y casi conmovedora, en especial hoy día, cuando la lengua italiana está vulgarizándose cada vez más.

En cualquier caso un diccionario, sea el que sea, antiguo o moderno, no es más que una jaula de significados de las palabras de una lengua que no es nuestra: una jaula precisa, pero siempre restringida respecto a la variedad casi infinita de significados con los que cada palabra puede llegar a ser utilizada por quien habla esa lengua *de verdad*.

• **El tema de presente**, el más sencillo, aquel al que pertenece el verbo tal como aparece en el diccionario: indica una acción que todavía no se ha completado, sino que está en vías de desarrollo. Ninguna consecuencia de la acción afecta al hablante, porque todavía está viviéndola; un poco a lo *carpe diem*, por decirlo a lo latino, que nunca viene mal.

En nuestro idioma, sería correcto traducirlo por una perífrasis, como por ejemplo «estar o seguir haciendo algo»: βιβρώσκω, «estoy comiendo» (*¡qué hambre!*); μιννήσκω, «estoy recordando» (*¿quién diablos era ese?*); ἐπιθυμέω, «me estoy enamorando» (*¡ups!*).

De ese mismo tema deriva el tiempo imperfecto. Nada que declarar. Simplemente, la acción se está desarrollando, pero su duración se sitúa en el pasado: «estaba comiendo», «estaba recordando», «estaba enamorándome» (*¡ups, ups!*).

• **El tema de aoristo**, la maravillosa tierra del ἀόριστος χρόνος, el tiempo indefinido. Eso es justamente lo que significa *aoristo*: «sin límites», sin principio ni fin. La acción es puntual e irrepetible, abstraída de cualquier tiempo, el hablante no se plantea pregunta alguna respecto a ella.

El matiz que distingue el presente del aoristo es levísimo. Una diferencia tan leve que en el liceo van a saco y obligan a los alumnos a traducir el aoristo siempre por el pasado remoto; a veces la verdadera edad oscura es la nuestra.

No obstante, traducir un texto griego sin tener en cuenta el valor del aoristo —el hecho de *estar* suspendido sobre cualquier tipo de connotación temporal— es arriesgado y, a mi juicio, muy pobre.

En francés se utilizaría una palabra bellísima y delicada como *nuance*.

Como todas las diferencias de azul que puede tener el color del mar, el aoristo son todos los matices de color del agua, del cielo, de la luz reflejada, de la espuma de las olas, de un carguero rojo a lo lejos y, por lo tanto, de toda la lengua griega.

En definitiva, el aoristo no es un presente ni un pasado, ni activo ni pasivo (así liquidamos también este último, con su sufijo -θην): es solo una acción que se cumple, sin tener en cuenta las consecuencias. Porque no las hay. ¿Por qué tendría que haberlas?

En nuestra lengua, la idea de tiempo impreciso y absoluto puede darse a través de un simple presente o con perífrasis del tipo *comincio, riesco a o scoppio a* (en español, «empiezo a» o «me pongo a»). Y por consiguiente tendremos ἐπεθύμησα, «amo»; ὄζησα, «huelo»; ἐχαίρησα, «soy feliz». O sea, cuando se ama, cuando se es feliz, cuando se huele, simplemente *se está*.

El aoristo tiene en sí algo espectacular y conmovedor: la certeza de haberlo perdido para siempre y un borroso pesar por esa manera de *estar*. La rareza de la nostalgia de las cosas que no se han vivido y que no se vivirán nunca.

• **El tema de perfecto**, la acción que ha acontecido en el pasado y sus efectos perduran en el presente. Aquí empiezan los líos, porque lo que son preguntas el hablante se plantea incluso demasiadas. El perfecto baraja las cartas, las mezcla; la del presente, porque el resultado se refiere al momento en el que se habla, y la del pasado, porque la acción es anterior al momento en el que se habla.

Traducido: el perfecto no es más que el tema de la *consecuencia*, más allá de que sea buena o mala («disculpen las molestias», como dicen en la estación cuando algo ha salido mal, sin decir nunca exactamente *qué*). Ese es el motivo por el que su traducción se aparta, a veces mucho, de la del correspondiente tema de presente y en nuestra lengua una traslación en tiempo presente (en vez del más escolar pretérito perfecto) es la que mejor reproduce la *idea del final como resultado de un comienzo*.

Con los ejemplos no podemos más que lucirnos (y divertirnos): ριγώω, «tengo frío»; ἐπρίγωκα, «estoy helado»; πέρθω, «estoy destruyendo» / πέπορθα, «he arrasado»; ταρασσω, «estoy molestando» / τέτρηχα, «buena la he liado»; μαίνομαι, «me estoy enfadando» / μέμηνα, «estoy que me subo por las paredes»; κτάομαι, «estoy adquiriendo» / κέκτημαι, «poseo». Y podría seguir así mucho, pero que mucho rato.

Carecen de perfecto todos los verbos que expresan acciones que no pueden tener consecuencias: por lo pronto y en primer lugar, ἐλπίζω, «estoy esperando»

(y vaya usted a saber cómo acabará). Pero también γελάω, «me estoy riendo»; ο ἄρκέω, «es suficiente» / «basta, estoy harto»; ὕω, «llueve» (sobreentendiéndose o escribiéndose antes «Zeus», porque es *Zeus el que llueve*); πτόρνυμαι, «estornudo».

También casi todos los verbos musicales carecen de perfecto, porque escuchar música es algo que acontece en un presente irrepetible: desde σαλπίζω, «estoy tocando el clarín»,⁽¹⁾ hasta ἀλαλάζω, «entono el canto de guerra».

¿Qué hay peor que una acción acontecida en el pasado cuyos efectos perduran en el presente? El *pluscuamperfecto*, por supuesto, cuando una acción acontecida en el pasado proyecta consecuencias en otro pasado; unas consecuencias que siguen escociendo en el presente. El pluscuamperfecto no es más que la versión agravada del perfecto, de cuyo tema deriva. De uso más bien raro, porque los griegos eran gentes que vivían a la ligera y hablaban sinceramente, no hace falta preocuparse mucho de él (como siempre, sale solo en la traducción del examen de madurez).

Más raro todavía es el *futuro perfecto* (si os sale en el examen de madurez, seguro que es una cuestión kármica equivocada). Proyectar en el futuro consecuencias de un acontecimiento presente no era propio de los griegos, que ya se sentían abochornados con el futuro simple.

Y a continuación pasamos a ilustrar el futuro griego.

- **El tema de futuro**, que no existe, así que se acabó la historia.

El futuro se construye a partir del tema de presente, y no hay nada que pueda hacerse al respecto. Sí, el futuro en griego antiguo no tiene aspecto, es más, tiene un antiguo valor desiderativo todavía perfectamente reconocible en el uso del griego moderno. Derivaría de hecho de un subjuntivo que expresaba deseo, augurio o aspiración, como por ejemplo «ojalá sea feliz», «querría ser feliz». La forma fue empleada después para expresar la espera de un hecho que todavía estaba por acontecer, por lo tanto algo parecido al futuro tal como nosotros lo imaginamos (pero con muchas menos expectativas...). Por ejemplo, χαίρῃσω, futuro de χαίρω, «soy feliz», significaba en su origen «quiero ser feliz».

La naturaleza volitiva del futuro aparece con toda claridad en el griego moderno; al no existir el tema de futuro, la sociedad moderna ha tenido que inventarlo. Mejor dicho, lo ha reclamado con una perífrasis formada con θα, el verbo «querer» seguido de la forma personal del verbo en cuestión. *Una pretensión de futuro* que explica perfectamente la infelicidad que supone ser

griego (moderno), citando a Nikos Dimou.

En definitiva, gente valerosa, estos griegos, a los que ni siquiera se les pasaba por la imaginación preguntar al futuro *cómo*. No había ninguna pregunta que hacer; solo había que vivirlo. Una vez vivido, para contarlo recurrían al presente, al aoristo, o al perfecto.

Y, antes de acabar, una de las palabras más hermosas del griego: μέλλω, la simple idea del futuro, traducible por un simple presente: «estoy a punto de». Y basta. *Estoy a punto de* en presente, y punto. Μέλλω no posee otros temas, es presente y futuro a un tiempo.

Estar a punto de. Vivir. Tener valor. En cambio, quien tiene miedo, *está*. Quieto y se acabó.

Y ahora que ya hemos llegado a comprender cómo *se entendían* los griegos entre ellos sin ser prisioneros del tiempo, no nos queda más que comprender por qué *nosotros ya no los entendemos*.

¿Qué le pasó a esta lengua que tenía la ventaja conferida por la elegancia de preguntarse siempre *cómo* y no *cuándo* frente a un acontecimiento? ¿Qué le pasó a este sistema, un poco extraño, pero hermosísimo, de temas y de aspectos? Sobre todo, ¿cómo cayeron los griegos en la cárcel del tiempo?

La respuesta que circula desde hace dos mil años es siempre la misma: los bárbaros.⁽²⁾ Conscientes del valor social de la lengua y de que una lengua cambia cuando cambian las exigencias comunicativas de quien la habla, podemos bucear por debajo de la superficie de las cosas y añadir: el cambio de la civilización.

Por supuesto, no todo fue culpa de Alejandro Magno; la anexión de Grecia al inmenso imperio macedónico fue solo el motor —y un pretexto estupendo— para propagar a una escala mayor el cambio lingüístico que estaba ya en marcha. Es imposible pensar que el pueblo griego cambiara en una decena de años la lengua en la que había expresado toda su política, su cultura, sus leyes, la lengua en la que había desarrollado la filosofía, las matemáticas, la astronomía y el teatro durante decenas de siglos.

En otro capítulo hablaré de la κοινή, la lengua franca surgida como ave fénix de las cenizas del dialecto ático y comprendida más o menos en todos los lugares desde la época de Alejandro hasta 1453, año de la caída del Imperio bizantino y fecha convencional del nacimiento de la lengua griega moderna.

Comprendemos ahora la suerte del verbo griego antiguo y de sus temas y el

comienzo de nuestra irremediable incomprensión. Los hablantes de κοινή debían de tener una opinión similar a la de un alumno de liceo ante la primera página del libro de gramática griega: los verbos son lo que se dice demasiado difíciles. No los entendían muy bien. Es más, los entendían muy poco.

Así, del mismo modo que sucedió en tiempos de Homero, se niveló la nueva lengua a partir de las necesidades de la sociedad, es decir, a partir del *target*, el público destinatario de la operación que representaban sus hablantes; solo que esta vez ese público era un poco menos excelso, pero mucho, mucho más numeroso, y se extendía desde Grecia hasta la India.

En primer lugar, todas las anomalías verbales fueron suprimidas intentando hacer la conjugación de los verbos lo más sencilla posible. Desaparecieron así las rarezas a las que estamos tan agradecidos porque ahora nos permiten *sentir* lo que ya no podemos *sentir lingüísticamente*.

Se pierde, pues, el aspecto malvendido a cambio del tiempo. El presente resiste, limado hasta volverse lo más sencillo posible y perdiendo su valor durativo.

¿Verbos polirrizos? ¿Temas irregulares? ¿En Egipto, donde la escritura se basaba en los jeroglíficos? Basta de bromas. Simplificar. Regularizar se convirtió en la única regla.

Resiste el aoristo, pero su resistencia no es más que otra forma de rendición. Eliminado el perfecto como un despiadado golpe de borrador sobre la pizarra,⁽³⁾ el aoristo carga sobre sus hombros el peso de su significado aspectual perdiendo el suyo propio. En definitiva, para imaginar cómo han ido las cosas: aoristo y perfecto, ante la encrucijada de la κοινή, se intercambian los hatillos de sus respectivos aspectos y cada uno sigue su propio camino. El perfecto se precipita por el barranco de la historia lingüística dos metros más allá. El aoristo prosigue su viaje hasta el griego moderno, llegando a parecerse cada vez más a nuestro pretérito indefinido / pretérito perfecto. De ese modo, incluso a los verbos que *por naturaleza* no tenían un valor perfectivo se les proporciona uno, y además de la manera más sencilla posible, gratis; o sea, con las ruinas morfológicas del aoristo.

¿Y el futuro? También este desaparece. De hecho, ni siquiera existía.

He aquí el balance de la manera de ver el mundo y de expresarlo mediante palabras en la época de la κοινή: solo dos temas que juegan en dos equipos distintos y contrapuestos. Un derbi *presente* contra *aoristo* (con significado de pasado/perfecto) en el que el único que vence es el tiempo tal como lo conocemos (y lo sufrimos) nosotros.

El valor aspectual es inicialmente confuso en griego antiguo, como los recuerdos de nuestra infancia cuando somos mayores. Como los cuentos de nuestros abuelos, cuentos de tiempos que no son los nuestros. Anuarios de años que no hemos vivido. Por fin, el aspecto desaparece. Olvido. No queda nada.

Desde entonces, del *desarrollo* de las cosas hemos pasado al *tiempo* de las cosas. Del *ver para entender* todo lo que acontece entre cada comienzo y cada final hemos pasado al esquema presente-pasado-futuro. Del *cómo* hemos pasado al *cuándo*. Y desde el fin del aspecto ha comenzado la cárcel del tiempo y de la memoria pegajosa, caprichosa.

A nosotros se nos ha hecho lingüísticamente tarde, demasiado tarde, y ha pasado demasiado tiempo, y ahora el aspecto de las cosas ya no lo sentimos ni lo sabemos expresar a través de la gramática de nuestra lengua. Por lo tanto, tenemos que esforzarnos en encontrar otra manera de nombrar esa sensación en particular de satisfacción o de realización, de falta o de deseo, que preserva a todo individuo del poder destructor o conservador del tiempo. Como esa florecilla diminuta, el nomeolvides.

EL SILENCIO DEL GRIEGO. SONIDOS, ACENTOS Y ESPÍRITUS

*Lo que los demás recogen es negado
a nosotros, expertos de otra lengua.
Si otro siembra por nosotros, nosotros estamos
eternamente de viaje.*

*¿Qué sentido tiene atracar, si atracamos
siempre en puertos distintos?
Quedan los versos, fuegos fatuos en fuga
en la ciudad de los muertos.*

MARIA LUISA SPAZIANI, *L'occhio del ciclone*

«Los restos arqueológicos son mudos.» Así escribe, irremediable y siempre genial, Antoine Meillet, uno de los más grandes estudiosos de la lengua griega, en su *Aperçu d'une histoire de la langue grecque*.

O sobre el silencio del griego.

Nunca tendremos seguridad de cómo se pronunciaban las palabras griegas. Los sonidos del griego han desaparecido para siempre junto con sus hablantes. Poseemos textos literarios, podemos leerlos, estudiarlos, pero no pronunciarlos. Han llegado a nosotros mudos. Mejor dicho, *callados*. Sin voz.

La pronunciación de una palabra es un hecho físico, *humano*; es necesario que los órganos de la fonación asuman cierta posición para hacer que un soplo de aire vibre con cierta intensidad y a lo largo de cierta duración. Para la pronunciación del griego antiguo existen solo fuentes escritas, no *humanas*: fuentes que no respiran y que por tanto no emiten sonido alguno. Fuentes que *dicen sin hablar*. Por aproximación y mediante tentativas a lo largo de los siglos se ha codificado una pronunciación del griego antiguo. Para poder *decir* las palabras, no solo para leerlas mentalmente. Pero el sonido del griego antiguo ha desaparecido; sus palabras ya no hacen ruido. La pronunciación original es un fragmento más del mundo de esta lengua que se ha perdido.

La escritura

El primer testimonio de escritura en lengua griega data de la época micénica (siglo xv a.C.): en 1900 el arqueólogo Arthur Evans descubrió en el llamado palacio de Minos, en Cnosos, en la isla de Creta, una gran cantidad de tablillas de barro grabadas con incisiones de una escritura llamada «lineal B», para distinguirla de otra escritura silábica encontrada siempre en Creta y llamada «lineal A». Después salieron a la luz otras tablillas similares en los palacios micénicos del Peloponeso (Pilos, Micenas) y de la Grecia continental (en Tebas y Eleusis).

Mientras que el *lineal A* sigue siendo un problema sin resolver, en 1953 el lingüista John Chadwick y el arquitecto y experto en códigos encriptados Michael Ventris descifraron el *lineal B*: se trataría de la escritura de los conquistadores aqueos de lengua griega que sustituyeron a la civilización minoica. Las tablillas contienen en su mayoría listas de personas, objetos, ofrendas y propiedades; de hecho, eran registros de las actividades administrativas, civiles y económicas de los palacios micénicos. Hechas de arcilla secada al sol, las tablillas se salvaron por pura casualidad tras el incendio de los palacios durante el hundimiento de la civilización micénica.

Al término de la época micénica, la escritura desapareció en Grecia durante largo tiempo, en la llamada *edad oscura*. Reapareció con la introducción del alfabeto fenicio, cuyos primeros testimonios datan del siglo VIII a.C.: precisamente el mismo siglo en el que se difundieron, aunque solo de forma oral, los poemas homéricos. El alfabeto fenicio constaba de veintidós signos consonánticos y no registraba las vocales; los griegos conservaron las letras fenicias, transformaron en vocales los signos que representaban sonidos inexistentes en griego y añadieron otros que tenían doble sonido (ξ, φ, χ, ψ). Además, cambiaron la dirección de la escritura, de izquierda a derecha, puesto que los fenicios escribían de derecha a izquierda. En cualquier caso, de la época arcaica mantenemos vestigios en griego de la escritura *bustrofedon*, una forma de escribir que alternaba regularmente su dirección, una línea de izquierda a derecha, y la siguiente de derecha a izquierda (el término deriva de hecho del movimiento del *buey*, βούς, a la hora de arar los campos, cuando da la *vuelta*, στρέφω, de un surco a otro). El alfabeto griego de origen fenicio era más sencillo y cómodo que la escritura silábica; muchas más personas tuvieron la posibilidad de aprender sus mecanismos, de memorizar y de reproducir sus signos. Este hecho fue fundamental para la difusión del conocimiento de la lectura y la escritura en el mundo griego y para la transmisión y la producción de textos, no solo literarios, sino también de uso cotidiano.

Entre el 403 y 402 a.C., el edicto de Arquino impuso en Atenas y en las ciudades aliadas un alfabeto oficial, de tipo jónico. Gracias a la hegemonía cultural de Atenas, el alfabeto «ateniense» está atestiguado incluso en Chipre, que siempre había utilizado una escritura silábica semejante al *lineal A*. Los griegos transmitieron el alfabeto también a las poblaciones con las que entraron en contacto, empezando por los itálicos, de las numerosas colonias. También los etruscos reelaboraron el alfabeto griego y se lo transmitieron a las poblaciones locales de la zona: de él deriva el *alfabeto latino*.

Muchos siglos después, en el 850 d.C., el emperador de Bizancio confió a dos hermanos de Tesalónica, Cirilo y Metodio, la tarea de evangelizar a las poblaciones eslavas. Cirilo les transmitiría un alfabeto griego que partía de la escritura griega cursiva. En época posterior, inspirándose en la escritura griega mayúscula, el mundo eslavo adoptó el alfabeto que sigue usándose en la actualidad, impropriamente atribuido a san Cirilo y por eso llamado *cirílico*.

El alfabeto en el que ahora leemos los textos griegos corresponde al que fue adoptado oficialmente en Atenas en el año 403-402 a.C. Está compuesto por veinticuatro letras (en griego τὰ γράμματα, del verbo γράφω, «escribir»). Siete son vocales (en griego τὰ φωνήεντα, «las que suenan»): α, «alfa»; ε, «épsilon»; η, «eta»; ι, «iota»; ο, «ómicron»; υ, «üpsilon»; ω, «omega». Y diecisiete consonantes (en griego τὰ σύμφωνα, «las que suenan conjuntamente»): β, «beta»; γ, «gamma»; δ, «delta»; ζ, «dseta»; θ, «theta» (pronunciada zeta); κ, «kappa»; λ, «lambda»; μ, «mi»; ν, «ni»; ξ, «xi»; π, «pi»; ρ, «ro»; σ, «sigma»; τ, «tau»; φ, «phi» (pronunciada fi); χ, «ji»; ψ, «psi». Del nombre de las dos primeras letras, ἄλφα y βῆτα, deriva la palabra ἀλφάβητος, «alfabeto».

¿Qué pasa cuando de una lengua quedan las palabras, pero no se tiene una idea segura de su pronunciación? A nosotros del griego antiguo nos ha quedado el alfabeto escrito, pero no el sonido de las letras. A diferencia de los indios con el sánscrito, los griegos no gozaron de fonetistas que analizaran minuciosamente la pronunciación y nos dejaran una descripción precisa de ella. Además, los sonidos del griego variaron mucho en el tiempo, desde la época arcaica a la bizantina, y en el espacio, esto es en las hablas dialectales.

Fijémonos por un instante en todas las variantes dialectales del italiano que existen hoy en día. Si desaparecieran de repente, si ya no existiera un solo hablante de friulano o de pullés y si nadie hubiera conservado testimonio escrito fiel de su existencia, ¿cómo podríamos transmitir los *sonidos* de nuestras palabras? Si un día se perdiera el recuerdo del acento toscano, por ejemplo, pero quedaran solo los textos en lengua italiana, ¿cómo rastrear la típica aspiración de la «c», la llamada «gorgia toscana» (la realización gutural de las consonantes oclusivas sordas típica de los habitantes de esta región)?

Es más. Si no quedara ya ni un solo hablante ni una sola mención a este hecho, ¿cómo concebir o tan solo imaginar que la palabra *canzone* en Florencia se pronuncia *hanzone*, en Livorno *anzone*, sin aspiración, pero unos pocos kilómetros más al norte o al sur se dice de un modo completamente distinto?

El mismo escenario puede aplicarse al griego antiguo a lo largo de los siglos. De hecho, no somos capaces de reproducir la pronunciación original griega. No solo porque no la conocemos. En realidad, *aunque la conociéramos*, la lengua italiana no dispone de muchas de las características

fonéticas del griego antiguo. Las palabras griegas han cambiado hoy como los mármoles de la Acrópolis, que nos relatan un mundo extraordinario sin poder hablar. Y, aunque las palabras griegas *hablaran*, si *oyéramos* su sonido, no sabríamos entenderlo y nos costaría mucho trabajo reproducirlo.

El griego era una lengua fuertemente musical: la misma palabra que indica la modulación del acento, *prosodia*, procede del griego πρὸς y ᾠδή, o sea, «canto». También el término latino —y por ende italiano y español— *accentus* deriva de *ad cantus*.

Las onomatopeyas

Tan curiosas como raras son las onomatopeyas llegadas hasta nosotros que nos ayudan a *hacernos una idea* de cómo era pronunciada en realidad la lengua griega. Sabemos que en griego la oveja hacía βῆ βῆ, «be be», el perro βᾶύ βᾶύ, «bau bau», de donde deriva el verbo βᾶύζειν, «ladrar» [en italiano, *abbaiare*], y que para expresar dolor o asombro se usaba αἰᾶϊ, «¡ay ay!», y οἶ «¡uy!» [en italiano, *oy!*].

Más curioso todavía resulta observar que del griego derivan las onomatopeyas de casi todo el mundo europeo: el perro sigue haciendo «bau bau» y la oveja «be be» en casi todas las lenguas romances. En inglés, en cambio, el perro hace «arf arf» si es de pequeño tamaño, pero «bow bow» si es grande, mientras que la oveja hace «ba». En ruso el perro hace «gav gav», en japonés la oveja hace «meh meh», etcétera. Un perro ladra y una oveja bala en todo el mundo de la misma manera, en cambio la onomatopeya con la que son representados los sonidos de los animales es distinta, ello depende de la presencia o la ausencia de determinados sonidos fonéticos en las distintas lenguas.

A diferencia del italiano y de la mayor parte de las lenguas europeas, el acento griego (ὁ τόνος) no era de tipo intensivo, sino melódico (lo mismo ocurre hoy día en chino, en japonés y en muchas lenguas africanas). El acento no consistía tanto en la intensidad como en el tono del sonido emitido, en su cantidad y en su vibración; era una entonación musical. La vocal tónica no se caracterizaba por un reforzamiento de la voz, sino por su elevación. Una vocal acentuada era más aguda que las átonas y el acento tenía valor puramente semántico; a veces es solo su posición lo que distingue palabras como τόμος, «corte», y τομός, «cortante».

En italiano y en español, el acento tiene un valor intensivo: la palabra *compli-ci-tà* [com-pli-ci-dad] está formada por cuatro sílabas, la última de las cuales se pronuncia con mayor intensidad debido a la presencia de la vocal acentuada. También el italiano y el español poseen el tono musical, pero no en la *naturaleza* de las palabras: depende, por el contrario, de su empleo, si aparece en una pregunta, en una exclamación o en una afirmación. En las frases

c'è complicità («hay complicidad») / *c'è complicità?* («¿hay complicidad?») / *c'è complicità!* («¡hay complicidad!») lo que cambia es el tono de la voz. Lo que no varía, en cambio, es el acento de la palabra *complicità* («complicidad»), que sigue estando siempre en la vocal final tónica.

Además de ser una lengua musical, el griego era una lengua marcadamente rítmica. El ritmo del griego antiguo es cuantitativo y se basa en la alternancia de sílabas largas y breves. Lo demuestra la música griega, que para nosotros ahora es un tesoro ilegible e irreproducible, como es el caso de los himnos encontrados en Delfos y destinados a ser cantados y tocados. Toda vocal griega tiene una forma breve (ι, ε, ᾱ, ο, υ) y una *larga* (ī, η, ā, ω, ū). Si unimos la ι con la υ, las vocales forman diptongos (del griego δίφθογγος, «sonido doble»), es decir, parejas de vocales que forman una sola sílaba. Una sílaba es breve *por naturaleza* cuando la vocal que contiene es breve y no va seguida de dos consonantes; una sílaba es larga *por naturaleza* cuando su elemento vocálico es largo o si la vocal va seguida de dos consonantes. A la hora de determinar el acento cuentan solo las sílabas largas y breves *por naturaleza*, esto es, su *duración*.

En conjunto, este sistema rítmico y musical del griego, de origen indoeuropeo, era muy sólido y pervivió decenas de siglos. Y eso porque, aunque hoy resulte inaccesible para nosotros, la pronunciación del griego resultaba del todo natural para sus hablantes; breves o largas, tónicas o átonas, todas las vocales eran percibidas con claridad, de modo que cualquier sílaba era diferenciada y ordenada.

El acento musical y el ritmo de la lengua pervivieron hasta el siglo II d.C., cuando empezó a perderse la noción de cantidad de las vocales y a imponerse un acento de tipo intensivo, como el del griego moderno; las vocales no son largas ni breves *por naturaleza*, pero se convierten en largas o breves si están acentuadas o no. Hoy en día las vocales tónicas son pronunciadas todavía en griego con una *elevación* de la voz, de modo que el acento de altura no ha desaparecido; en cambio, lo que ha desaparecido es el concepto de duración.

Ya a partir del siglo III d.C. las inscripciones griegas empezaron a confundir la cantidad de las vocales con errores de grafía entre ε y η o entre ο y ω.

El ritmo de la lengua se ha transformado, pero la escritura no deja entender nada. Ni siquiera los hablantes debieron darse cuenta, como en el caso de cualquier cambio lingüístico irreparable. Y fue así como el alfabeto griego se volvió para nosotros mudo para siempre, aunque permaneciera intacto en su forma durante milenios.

Así, pues, el alfabeto ha sido puesto íntegro en nuestras manos por el poder del tiempo. Pero, aunque la pronunciación original se ha perdido para siempre, no vaya a creer nadie que a lo largo de los siglos no ha cambiado también la manera de escribir el griego. Un texto griego resulta ya de por sí difícil y casi impenetrable para nosotros, que actualmente podemos leerlo bien imprimido sobre papel y valernos de la puntuación, los espacios y los signos diacríticos para orientarnos entre las palabras. Bastante poca dificultad, teniendo en cuenta que las fuentes primarias que nos han transmitido los textos griegos, desde los papiros hasta las inscripciones, muestran un uso escritural por completo distinto: inaccesible y desalentador para la mayoría de nosotros los modernos (de ahí que no baste un diploma de liceo clásico para leer los mármoles del museo de la Acrópolis, ni siquiera una licenciatura en filología clásica, sino que se necesitan estudios especializados en arqueología y epigrafía). Hasta el siglo III a.C. era habitual en Grecia la *scriptio continua*, una manera de escribir sin espacios entre una palabra y otra, solo en mayúsculas y sin signos diacríticos (de διακριτικός, es decir, «distintivo») que diferenciaran unas palabras de otras. Dicho de otra manera: para los usuarios *modernos*, a primera vista un texto griego original consiste en una sola palabra, desmesurada, incomprensible e infinita, toda en mayúsculas. Desesperante.

Cuando empezó a difundirse el uso de la escritura minúscula, la que hoy en día leemos impresa en los libros, los griegos se percataron de la (legítima) necesidad de hacer que resultara más fácil de descifrar el texto e intercalaron los signos de interpunción. Los gramáticos de la biblioteca de Alejandría durante la época helenística, que siguió al imperio de Alejandro Magno, codificaron los signos gráficos que han llegado hasta nosotros: espíritus, acentos, puntuación. Pero su uso no se hizo constante, *normal*, hasta varios siglos después.

Así que si hoy podemos leer *cómodamente* un texto en griego antiguo todo el mérito es de los alejandrinos; a ellos les debemos los signos diacríticos y de puntuación que tanto nos *ayudan* en la *comprensión* del griego.

A continuación pasamos a describirlos.

- **El espíritu**, en griego πνεῦμα, «soplo», indica la ausencia o la presencia de aspiración en cualquier vocal o diptongo a principio de palabra. Puede ser

áspero (´) o *suave* (˘). En el primer caso, la palabra en cuestión se pronunciaba con una aspiración inicial, similar a la /h/ alemana o inglesa, como por ejemplo ὕπνος, «sueño». El segundo caso es original, porque el griego se encarga de anotar incluso lo que no hay: el espíritu suave indica la *falta de aspiración*, como en εἰρήνη, «paz».

La aspiración, que se debilitó a lo largo de los siglos, desapareció de la κοινή y está completamente ausente en griego moderno. Sí se conserva en cambio en latín, pero solo en la transcripción de las palabras griegas; por ello los romanos escribían *Homerus*, con /h/, porque el nombre Ὅμηρος, *Omero*, llevaba en griego espíritu áspero. En italiano, la aspiración de las palabras griegas ha desaparecido por completo, tanto en la pronunciación (no seríamos capaces de pronunciarlo) como en su transcripción habitual.

- **El acento**, que como hemos visto es de naturaleza melódica y deriva de la palabra «canto», y es marcado sobre la vocal tónica de la palabra. Puede ser de tres tipos: *agudo* (´), *grave* (˘) o *circunflejo* (˘). El acento agudo indica la elevación de la sílaba en la que está situado, como demuestra su símbolo, un trazo ascendente. El acento grave indica la bajada de la sílaba, como muestra el símbolo, con una inflexión del tono en sentido descendente. El acento circunflejo está compuesto de un acento agudo seguido de uno grave: significa un movimiento de elevación del tono seguido de un descenso repentino. Como expresa un ritmo doble, en dos tiempos, el acento circunflejo solo afecta a las vocales largas, a diferencia de los dos primeros, que pueden ir sobre cualquier vocal.

- **El apóstrofo** (´), en griego ἀποστροφή, «desviación», o ἔκθλιψις, «eliminación», indica la elisión, esto es, la caída de la vocal final de una palabra ante la vocal inicial de la siguiente. Tendremos por ejemplo οὐδ'αὐτός en vez de οὐδὲ αὐτός, del mismo modo que en italiano se utiliza el apóstrofo para escribir *quell'uomo* en vez de *quello uomo*.

- **La iota suscrita** es una iota pequeña debajo de las vocales largas α, η, ω. Indica que en la época clásica existía un diptongo cuya segunda vocal, la ι, se debilitó hasta el punto de no ser pronunciada y por eso a menudo era omitida y dejó de transcribirse. En la época bizantina se empezó a escribir la iota que faltaba debajo de la primera vocal del diptongo y no a su lado. Hoy día la vocal ι suscrita ya no se pronuncia en la lectura.

- **Los signos de interpunción** son la coma (,) y el punto (.), usados como en nuestra lengua. El griego no utiliza la mayúscula al comienzo de cada periodo, sino solo al principio de unidades mayores, como capítulos enteros o párrafos.

También podemos encontrar el punto alto (·), que corresponde a una pausa intermedia entre la coma y el punto, a menudo reproducido en nuestra lengua por un punto y coma; en cambio, el punto y coma (;) corresponde en griego al signo de interrogación y se escribe solo al final de las preguntas.

Por último, los editores contemporáneos introducen a menudo en el texto griego signos propios de las lenguas modernas para facilitar su lectura, como las comillas, los guiones, los dos puntos o el signo de exclamación.

Nosotros los *modernos* estamos por supuesto sumamente agradecidos a los alejandrinos porque se tomaron la molestia de anotar de manera tan escrupulosa espíritus, acentos y signos de puntuación que no existían en griego antiguo para *facilitarnos* la *comprensión* de la lengua.

Por desgracia, a nuestra gratitud infinita se corresponde una torpeza igualmente infinita; para poder gozar de la ayuda que nos ofrecen los signos diacríticos, primero deberíamos entenderlos. Sin embargo, a menudo, o mejor dicho casi siempre, lo cierto es que no los entendemos. Así que la facilitación de la comprensión del texto que proporcionan los signos se transforma en un ulterior obstáculo, en una dificultad preliminar, en una incomprensión de partida, y por consiguiente en una clara desventaja. Ahora bien, no somos tan estúpidos para que nos supongan una dificultad las comas, los espacios o los apóstrofes; hasta ahí llegamos. Una cosa bien distinta, algo de veras terrible para el que sabe de lo que estoy hablando y también para el que no, son los espíritus y los acentos. En el liceo, el alfabeto es lo primero que se aprende a lo largo de unas cuantas semanas de clase de griego. ¡Si supierais qué orgullo se siente, si supierais qué alegría da aprender a leer y a escribir por segunda vez en la vida! La emoción de trazar a mano las primeras e inseguras letras en griego, mayúsculas y minúsculas. La satisfacción de componer las primeras sílabas torcidas y de transcribir el nombre propio en un alfabeto que no es el nuestro, mostrándoselo con inaudita complacencia a amigos y familiares. El placer que produce la primera palabra pronunciada en voz alta y temblorosa... Quién sabe por qué no nos acordamos nunca de la primera palabra dicha en una lengua que no es nuestra.

Orgullo, emoción, satisfacción, placer y complacencia que duran lo que se tarda en pasar la página del libro de texto y enfrentarse al capítulo con el que comienza cualquier gramática griega que se respete: la fonética. Ahí es cuando

se llega al doloroso descubrimiento que pone fin a toda felicidad juvenil: el griego no se escribe ni se lee conociendo *solo* el alfabeto. Hay que conocer y estudiar las leyes que rigen sus acentos y sus espíritus.

Y precisamente se llaman así, *leyes*, y por lo tanto imponen *deberes* a cambio de los cuales se tienen *derechos*; solo que esos *derechos*, esto es, las ayudas a la comprensión, nos resultan casi siempre inútiles porque ya no las entendemos.

No he conocido nunca ni un solo alumno del liceo clásico que no se sintiera inseguro, incómodo, desesperado y torpe ante las leyes del acento, esos acentos que tanto deberían ayudarnos, según los alejandrinos, a *entender* el texto. Yo, por ejemplo, era torpe con ellos. Y lo he seguido siendo.

Recuerdo muy bien el primer examen de mi primer curso del liceo. Recuerdo la perfección con la que había transcrito, conjugado y declinado en la página en blanco los verbos y los sustantivos planteados por la profesora (recuerdo incluso *cuáles* y no los olvidaré nunca: el verbo γράφω, «escribir», y el sustantivo ἡ οἰκία, «la casa»). Recuerdo sobre todo la desesperación ciega, alocada, implacable que se apoderó de mí cuando me acordé de que debía también poner los *acentos* y los *espíritus* correspondientes a esas palabras. Pero ¿qué diablos es eso de los «espíritus»? Fantasmas. El timbre estaba a punto de tocar, el examen me había salido perfecto, impecable, hubiese tirado por la ventana el libro de texto. Pero... faltaban los espíritus y los acentos. Levantar los ojos en un examen hacia la clase habría equivalido a una deshonra pública en esa aula llena de quinceañeros que vivían de las desgracias ajenas: «No aguanto más, estoy desesperada, no acabo nunca, me dan ganas de llorar», estos eran mis únicos pensamientos. Así que seguí con los ojos pegados al folio, evaluando rápidamente las posibilidades que tenía.

¿Dejar las palabras mutiladas, sin espíritus ni acentos? Imposible, habría sido como probarse unos zapatos de piel en una tienda de lujo y tener un tomate en los calcetines. ¿Ponerlos al buen tuntún? Pero *¿hasta qué punto* al buen tuntún? Repasé entonces mi bagaje de conocimientos al respecto, bagaje por lo demás muy ligero: «El espíritu suave es como la panza de la D». Esos truquitos ridículos los recordará siempre quien haya estudiado en el liceo clásico, «la panza de la D», «*aliquid* menos *ali-*», «espero, prometo y juro exigen siempre infinitivo de futuro», etcétera. Esas *graciosidades* lingüísticas que decía hasta la profesora, aunque se avergonzara un poco, y que tú misma te jurabas que no repetirías nunca en tu vida, solo que luego te has visto repitiendo con convicción a tus alumnos unos años después. Porque esas

graciosidades lingüísticas funcionan. De todas formas, una vez aclarado que el espíritu suave era el panzudo y, por relación transitiva, el áspero era el *anoréxico*, para mí seguía siendo un misterio cómo se ponían.

Por no hablar de los acentos; esos eran todavía peor. Porque al cabo de dos mil años todavía no se había inventado el *truquito* para distinguir *agudo* y *grave*. El genitivo plural se descartaba, ahí iba el circunflejo, de eso no cabía duda. ¿Quizá también en el dativo? Pero ¿y el dual? ¿Cómo hacerle justicia al dual?

Por un momento se apoderó de mí una rabia profunda contra los alejandrinos que habían inventado los acentos y los espíritus, dado que los griegos no los usaban; gracias, gracias de verdad, pero la próxima vez no os molestéis, así ya estaba bien. Había que resignarse. Había llegado el momento de actuar. La expresión con la que puse los espíritus y los acentos sobre las palabras fue seria y cortés, puntillosa y solícita. La mano corría rápida poniendo trazos aquí y allá sobre el examen, segura y despreciativa. Equivocándome en todo, por supuesto.

Sin lugar a dudas, en materia de espíritu y acentos yo represento un caso de torpeza particularmente *grave*, quizá casi *clínico*. Porque nunca los he aprendido como es debido, ni siquiera en la universidad. He estudiado mucho para remediarlo, he aprendido las leyes del acento, me he ejercitado con frenesí. Ha sido siempre un esfuerzo inútil, porque nunca me he dado sosiego; ni siquiera un poco. Y no hablo del sosiego de no entenderlos, sino de la inquietud de no entender su sentido. Si no conocemos y nunca conoceremos la pronunciación original del griego, ¿por qué obstinarnos en aprender una ficticia?(4) Es más, ¿por qué obstinarnos en *escribirla*? De nuevo, qué paradoja, si el italiano desapareciera de la faz de la tierra y solo quedaran de él textos escritos, ¿cómo podría *imaginarse* nadie y, peor aún, *codificar* una pronunciación de la lengua sobre la única base de las obras de Dante y de Manzoni? ¿Y, al paso que vamos, de las entradas subidas en la nada de Facebook o de los tuits de Twitter?

Respecto a los espíritus de las vocales, áspero y suave, no hay mucho que hacer: un poco que estudiar, un poco que recordar y mucho que intuir. En general, aunque se conocieran los espíritus de cada palabra griega que empezara por vocal, ya no seríamos capaces de pronunciar la aspiración que le correspondía: «En italiano no se pronuncia», así liquidan la cuestión los

manuales de gramática. Luego, además, muchos profesores definen los espíritus y los acentos como *ornamentos*: una especie de comas y rayitas que quizá hagan que las palabras resulten más elegantes, pero que son inútiles por completo, como algunas mujeres hermosas demasiado arregladas, casi *falsificadas*.

En cambio, respecto a los acentos, hay muchas leyes que aprender, todas difícilísimas, reservadas quizá a quien posea un poderoso sentido del ritmo del que evidentemente yo estoy desprovista (por lo demás, no sé ni bailar música latinoamericana), dado que el griego es una lengua *musical*. La más común —y el ancla de salvación más segura— es la ley del trisilabismo, llamada también *ley de limitación del acento*, porque actúa por exclusión: si la última sílaba de la palabra es breve, el acento puede llegar como máximo a la antepenúltima sílaba (de modo que hay tres posibilidades). En cambio, si la última sílaba es larga, el acento no puede ir más allá de la penúltima (dos posibilidades).

La fuente de nuestra incompreensión y de la incomodidad que representan para nosotros los espíritus y los acentos del griego es siempre la misma: la pronunciación de la lengua nos ha sido escamoteada. Sus características de lengua melódica con ritmo musical y no intensivo son del todo extrañas para nosotros. Nuestros oídos no oirán nunca el griego como lengua madre de ningún ser humano; una de las razones de que aprendamos de niños a pronunciar correctamente las palabras en nuestra lengua o de que aprendamos a decir «buenos días» en otros idiomas sin saber siquiera escribirlo.

De ahí que esos símbolos gráficos introducidos por los alejandrinos para facilitar la lectura del griego resulten para nosotros tan difíciles: *ellos* sabían leer el griego; *nosotros* no. Al mismo tiempo, los alejandrinos nos han permitido balbucear el griego, librándonos de un silencio eterno. Entonces podemos hacer el esfuerzo de estudiar, de entender, pero lo cierto es que nunca llegaremos a oír cómo sonaba una vocal larga y una breve, o un acento agudo, grave o circunflejo. Solo podemos sentirnos incómodos e imaginar. Mejor dicho, no podemos, sino que debemos. Porque sin el esfuerzo exigido por la fonética griega, permaneceríamos para siempre a este lado del umbral de uno de los tesoros más preciosos del griego: la poesía.

En la poesía griega —la épica, la lírica, la tragedia y la comedia— se contiene todo lo que hay que saber acerca de la intensidad de la vida humana.

Pero si en italiano conocemos y sabemos leer los tercetos, los sonetos, las canciones, los endecasílabos, los heptasílabos y los versos sueltos (porque los acentos son los nuestros), ¿cómo se componía la poesía en griego? Y, sobre todo, ¿cómo se leía?

El ritmo de la lengua se basaba en la alternancia de sílabas largas y breves y el acento de las palabras pasaba a segundo plano; en la antigua Grecia componer un verso significaba distribuir de una manera determinada las sílabas largas y breves. Por consiguiente, en la versificación los poetas no se basaban en el tono de las palabras, como sucede en italiano o español, sino en su ritmo y en la duración, larga o breve, de sus sílabas. Desde la época arcaica hasta después de la era cristiana no intentaron nunca hacer coincidir con un acento los *tiempos* de sus versos: la colocación del acento era, para la versificación, completamente indiferente.

Los griegos percibían ambas cosas, tanto el acento de la palabra como la duración de las sílabas, dadas por la métrica escogida; somos nosotros los que, incapaces de percibir ninguna de las dos, anulamos los acentos de las palabras cuando leemos siguiendo la métrica. Lo que contaba era el sonido melódico de la lengua, su musicalidad como verdadero modo de expresarse, la sucesión cuidadosamente escogida de sílabas largas y breves.

Por ese motivo, ya se trate de Homero, de Píndaro, de Safo, de Sófocles o de Aristófanes, es imposible afirmar que la poesía griega fuera *solo recitada*; su componente musical excluye una lectura oral comparable con la de la poesía en italiano o en español. Al mismo tiempo, la poesía griega no era tampoco *solo cantada*, aunque a veces los poetas se acompañaran del sonido de instrumentos de cuerda, como la lira o la cítara.

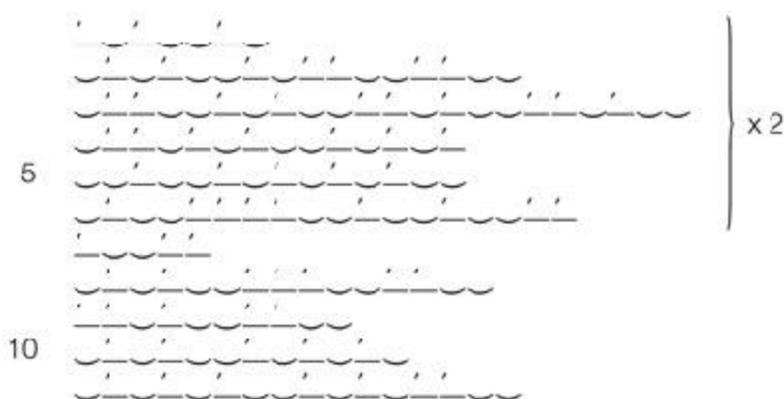
La *melodía* de la poesía griega iba ligada a la naturaleza musical de la lengua, a la alternancia continua y al subir y bajar de la voz del hablante, a la duración con la que cada sílaba del verso era pronunciada. Una musicalidad que se rastrea también, aunque con menos claridad, en la prosa.

Existían esquemas métricos concretos, o sea, modalidades de versificación basadas en ritmos distintos, específicos, para los distintos géneros poéticos. La épica, por ejemplo, prefería el hexámetro; la lírica el yambo, el troqueo y los metros eólicos; la tragedia y la comedia el trímetro yámbico y los metros eólicos para el coro. A cada uno de estos esquemas, para nosotros difícilísimos de comprender y de reproducir, no solo correspondía una característica de la lengua griega, sino también la libre elección expresiva del poeta. De hecho, la posibilidad de sustituir una vocal larga por dos breves

hacía que el abanico de palabras que el poeta podía escoger para componer sus versos fuera muy amplio y genuino. La métrica de la poesía griega no era, por tanto, una manera de *forzar* la lengua, sino una forma de expresar en voz alta una determinada idea del mundo; un mundo *musical*.

Cuando alrededor del siglo III d.C. se perdió la conciencia de la cantidad de las sílabas, para preservar ese mundo no quedó más que una forma: anotarlo. No importa que quedara mudo. En la época bizantina, el conocimiento de las formas métricas originales era ya completamente borroso, pero los gramáticos siguieron copiando los esquemas métricos, página tras página. Gracias a su incansable y silenciosa tenacidad los restos de la métrica griega sobrevivieron a la caída de Constantinopla y llegaron hasta nosotros.

Pero entonces, ¿cómo han llegado los sonidos de la poesía griega *concretamente* hasta nosotros? Si se pudiera fotografiar el silencio de una lengua, esta sería su imagen:



Esta es la representación gráfica del esquema métrico usado por el poeta Píndaro en la *Pítica X*, dedicada al tesalio Hipocleas. Bien es cierto que el símbolo (ˉ) corresponde a una vocal larga y el símbolo (˘) a una vocal breve. Bien es cierto que bajo estos símbolos hay palabras que tienen sentido y que han sido escogidas para celebrar las hazañas de un tal Hipocleas y sus orígenes míticos. Sin embargo, también es verdad que, por mucho que nos esforcemos en comprender el metro, por mucho que acentuemos *a nuestra manera*, con el tono, las vocales largas, no nos acercaremos nunca a entender cómo se pronunciaba este poema.

Nunca podremos entender de veras por qué el poeta escogió esa alternancia de vocales breves y largas y qué quería expresar con esas decisiones: para

nosotros esta es una poesía muda. Hemos perdido una parte fundamental de su significado.

Como peces en una pecera, movemos los labios sin emitir ningún sonido. O por lo menos ningún sonido *griego*.

«No podremos nunca abrigar la esperanza de captar el alcance completo de una frase en griego como lo hacemos en inglés. No podemos oír la lengua, ora disonante, ora armoniosa, resonando verso a verso por la página. No podremos captar infaliblemente una por una todas estas diminutas señales que hacen que una expresión sugiera, cambie, viva. No obstante, la lengua griega es la que nos tiene más esclavizados; el deseo de dominarla es lo que nos atrae a perpetuidad.» Esto dice Virginia Woolf en su espléndido ensayo «Acerca de no conocer el griego».

Y, en efecto, así es: nunca podremos esperar apropiarnos de la intensidad de una sola palabra en griego antiguo. Y sin embargo seguimos estudiando esta lengua que nos seduce desde hace milenios, con la fuerza de su *lejanía* que nosotros trocamos o malvendemos por *cercanía*. En los textos griegos ya no leemos el mundo griego: nos leemos a nosotros mismos.

Y lo mismo cabe decir de la musicalidad del griego, que ahora leemos con nuestro tono y con nuestro ritmo; pero estaríamos dispuestos a todo con tal de oír, aunque solo fuera una vez, cómo se pronunciaba realmente una palabra griega. Un vinilo sin tocadiscos. Perdida para siempre la aguja, sin saber ya cómo calibrar el brazo, la única manera de gozar de la música es imaginar su sonido.

TRES GÉNEROS, TRES NÚMEROS

*Y nosotros somos orilla
pero siempre a este lado de la isla
donde se dice yo para decir
—para ser— nosotros.*

PIERLUIGI CAPPELLO, *Azzurro elementare*

En nuestra lengua podemos dar cara, color y naturaleza a las cosas del mundo solo en dos géneros: masculino y femenino. El griego antiguo poseía un género más: el neutro.

En nuestra lengua podemos contarnos y regular la vida en solo dos números: singular y plural. El griego antiguo poseía un número más: el dual.

Durante mucho tiempo he buscado una página en griego antiguo que pudiera acercar al lector a estos géneros y números perdidos. He hojeado recopilaciones y versiones, he expurgado textos; pero por más que me afanase, nada en ellos me parecía apropiado para hacer entender, para hacer sentir su significado. Por una parte, es casi imposible encontrar una sola línea en griego antiguo sin que aparezca el género neutro; demasiada luz, y por tanto cegadora, para quien intenta entender. Por otra, el uso del número dual es tan especial que resulta casi imposible hallar más de una línea en la que aparezca con constancia; muy poca luz, y por tanto cegadora (en el otro sentido) para quien intenta entender.

Al final, he escogido uno de los pasajes más conocidos de Platón: el que a menudo se cita para hablar de *alma gemela* o de *las dos mitades de la naranja* (aunque quién sabe cuánta gente lo habrá leído de verdad, y no en los papelitos de las chocolatinas). En resumen, he elegido un pasaje que habla de amor. O de soledad. Porque, tarde o temprano, en la vida el amor lo sentimos todos, del mismo modo que todos sentimos su final, el abandono.

Soy consciente de que en el texto aparecen tantas veces palabras de género

neutro como el número dos, por lo que este no es el ejemplo más ortodoxo para ilustrar la particularidad de la lengua griega, y de que el sentido del texto se centra en otra cosa: en el amor, para ser exactos. Y vosotros seréis del mismo modo conscientes de que esto que tenéis entre manos no es un manual de gramática griega, sino un *relato no convencional* sobre gramática griega.

«Traducir» deriva del latín *traduco*, «trasladar, llevar al otro lado». Ese es el porqué de mi decisión de proponer este pasaje del *Banquete*: llevar al lector —poco importa que haya estudiado griego o no— hacia unos géneros y unos números que nosotros no tenemos. Llevarlo al otro lado, dejarlo imaginar, dejarlo *sentir* para luego entender.

Πρῶτον μὲν γὰρ τρία ἦν τὰ γένη τὰ τῶν ἀνθρώπων, οὐχ ὥσπερ νῦν δύο, ἄρρεν καὶ θῆλυ, ἀλλὰ καὶ τρίτον προσῆν κοινὸν ὄν ἀμφοτέρων τούτων, οὗ νῦν ὄνομα λουπόν, αὐτὸ δὲ ἠφάνισται.

«En primer lugar, tres eran los sexos de las personas, no dos, como ahora, masculino y femenino; había, además, un tercero que participaba de ambos, cuyo nombre sobrevive todavía, aunque él mismo ha desaparecido.»

Ἐπειτα ὅλον ἦν ἐκάστου τοῦ ἀνθρώπου τὸ εἶδος στρογγύλον, νῶτον καὶ πλευρὰς κύκλῳ ἔχον, χεῖρας δὲ τέτταρας εἶχε, καὶ σκέλη τὰ ἴσα ταῖς χερσίν, καὶ πρόσωπα δὴ ἐπ' ἀγένη κυκλοτερεῖ, ὅμοια πάντη.

«En segundo lugar, la forma de cada persona era redonda en su totalidad, con la espalda y los costados en forma de círculo, como una bola o una manzana. Tenía cuatro manos, mismo número de pies que manos y dos rostros perfectamente iguales sobre un cuello circular.»

Ἦν δὲ διὰ ταῦτα τρία τὰ γένη καὶ τοιαῦτα, ὅτι τὸ μὲν ἄρρεν ἦν τοῦ ἡλίου τὴν ἀρχὴν ἔκγονον, τὸ δὲ θῆλυ τῆς γῆς, τὸ δὲ ἀμφοτέρων μετέχον τῆς σελήνης, ὅτι καὶ ἡ σελήνη ἀμφοτέρων μετέχει.

«Por eso eran tres los sexos y tenían las características que he dicho, porque el masculino era originariamente descendiente del sol, el femenino de la tierra, y el que participaba de ambos, de la luna, pues la luna participa también de la naturaleza del uno y de la otra.»

Ἦν οὖν τὴν ἰσχὺν δεινὰ καὶ τὴν ῥώμην, καὶ τὰ φρονήματα μεγάλα εἶχον, ἐπεχείρησαν δὲ τοῖς θεοῖς, καὶ ὁ λέγει Ὅμηρος περὶ Ἐφιάλτου τε καὶ Ὀττου, περὶ ἐκείνων λέγεται, τὸ εἰς τὸν οὐρανὸν ἀνάβασιν ἐπιχειρεῖν ποιεῖν, ὡς ἐπιθησομένων τοῖς θεοῖς. ὁ οὖν Ζεὺς καὶ οἱ ἄλλοι θεοὶ ἐβουλεύοντο ὅτι χρὴ αὐτοὺς ποιῆσαι, καὶ ἠπόρουσαν.

«Eran también extraordinarios en fuerza y en vigor y tenían un inmenso orgullo, hasta el punto de que conspiraron contra los dioses. Y lo que dice Homero de Efilates y de Oto se dice también de ellos: que intentaron ascender al cielo para atacar a los dioses. Entonces Zeus y las demás divinidades se reunieron a discutir qué hacer con ellos, pero no encontraban la solución.»

Μόγισ δὴ ὁ Ζεὺς ἐννοήσας λέγει ὅτι 'δοκῶ μοι', ἔφη, 'ἔχειν μηχανήν, ὡς ἂν εἶέν τε ἄνθρωποι καὶ παύσαιτο τῆς ἀκολασίας ἀσθενέστεροι γενόμενοι. Νῦν μὲν γὰρ αὐτοὺς, ἔφη, διατεμῶ δίχα ἕκαστον, καὶ ἅμα μὲν ἀσθενέστεροι ἔσονται, ἅμα δὲ χρησιμώτεροι ἡμῖν διὰ τὸ πλείους τὸν ἀριθμὸν γεγονέναι· καὶ βαδιοῦνται ὀρθοὶ ἐπὶ δυοῖν σκελοῖν'.

«Tras pensarlo detenidamente dijo, al fin, Zeus: “Me parece que he encontrado el modo de permitir que los hombres sigan existiendo y de que, al mismo tiempo, cesen en su desenfreno: hacerlos más débiles. Ahora mismo —dijo— los cortaré en dos mitades a cada uno y de esta forma serán más débiles y a la vez más útiles para nosotros, pues serán más numerosos. Y caminarán erguidos sobre dos piernas”».

Ταῦτα εἰπὼν ἔτεμνε τοὺς ἀνθρώπους δίχα, ὥσπερ οἱ τὰ ὄα τέμνοντες καὶ μέλλοντες ταριχεύειν, ἢ ὥσπερ οἱ τὰ ῥὰ ταῖς θριξίν.

«Dicho esto, cortaba a cada individuo en dos mitades, como los que cortan las serbas y las ponen en conserva, o los que cortan los huevos con crines.»

Ὁ ἔρως ἔμφυτος ἀλλήλων τοῖς ἀνθρώποις καὶ τῆς ἀρχαίας φύσεως συναγωγεὺς καὶ ἐπιχειρῶν ποιῆσαι ἐν ἐκ δυοῖν καὶ ἰάσασθαι τὴν φύσιν τὴν ἀνθρωπίνην.

«Desde tiempo inmemorial, el amor de los unos a los otros es innato en los humanos y tiene la facultad de restaurar su antigua naturaleza, **en su afán de hacer uno solo de dos**, y de curar la naturaleza humana.»(5)

CON O SIN ALMA. EL NEUTRO

El hombre, la mujer. El cielo, la tierra, el mar. La boca, el pensamiento. El árbol, el fruto.

El griego antiguo tenía una manera muy intensa de dar rostro al mundo. Un modo de valorar la naturaleza muchas leguas por debajo de la superficie de las cosas. Además del género femenino y del género masculino, los mismos en los que hemos optado por expresar la vida en nuestra lengua, el griego poseía otro género: el neutro.

La oposición no se basaba en los colores de las palabras: rosa y azul, como hacen los niños, u otra cosa sin color, quizá blanco o negro. Tampoco en su sexo; si no, ¿cuál sería el de los pensamientos? La distinción del griego antiguo era entre género animado, masculino o femenino, y género inanimado. Las cosas de la vida eran clasificadas gramaticalmente en dos tipos: *con alma* o *sin alma*. De género neutro eran los conceptos abstractos, τὸ ὄνομα, «el nombre»; τὸ μέτρον, «la medida»; τὸ δῶρον, «el regalo»; τὸ θέατρον, «el teatro». Al neutro pertenecían algunos objetos, τὸ ὄπλον, «el arma»; τὸ δόρυ, «la lanza»; y algunas entidades, τὸ ὄρος, «la montaña»; τὸ ὕδωρ, «el agua»; τὸ κύμα, «la ola». El cuerpo humano era neutro, τὸ σῶμα, lo mismo que algunas de sus partes: τὸ ἦτορ, «el corazón»; τὸ πρόσωπον, «el rostro»; τὸ δάκρυον, «la lágrima». Neutra era «la primavera», τὸ ἔαρ; y neutros eran «los sueños», τὰ ὄνειρατα.

La oposición de dos géneros, el animado (masculino o femenino) y el inanimado (neutro) es propia del indoeuropeo y se conserva en griego sin vaguedades. Es más, la flexión indoeuropea ni siquiera distinguía en masculino y femenino buena parte de los sustantivos animados; ambos eran un género único, respondían a una misma perspectiva del mundo dotado de alma. Fue el griego el que innovó y fijó su diferencia con el uso del artículo

masculino y femenino, precisamente como hacemos nosotros.

El neutro se oponía con claridad a los otros dos géneros; una oposición que continúa, más allá de alguna que otra confusión u oscilación, a lo largo de toda la historia del griego antiguo hasta la κοινή, para llegar íntegra y cargada de sentido hasta el griego actual.

Por una vez, por tanto, una de las particularidades del griego antiguo no ha sido borrada de la pizarra del tiempo. La distinción entre animado e inanimado, propia de la manera de pensar indoeuropea, ha mantenido a lo largo de milenios un papel gramatical y funcional; resistiendo guerras, invasiones, a la historia con mayúsculas, el griego nos ha sido entregado a nosotros, a la historia con minúsculas. O, mejor dicho, ha sido entregado a los griegos (modernos), porque en italiano o en español ya no lo poseemos, por mucho que el neutro fuera vital y fundamental en latín.

Isidoro de Sevilla

Hablando de la caída del Imperio romano y de escombros lingüísticos resulta imposible obviar en el personaje más erudito, docto, extraño y genial que estudió la lengua en la alta Edad Media: Isidoro de Sevilla.

Más aún, es en virtud de su originalidad sin par por lo que san Isidoro de Sevilla (560?-636), doctor de la Iglesia, merece una mención aquí. Mención que será siempre demasiado breve comparada con la inmensidad de los libros y conceptos que Isidoro sustrajo a los tiempos convulsos del Medioevo para entregárnoslos a nosotros.

Quizá solo pueda hacer justicia a su valor y fantasía igualmente inmensas con una calurosísima invitación a leer las *Etimologías* u *Orígenes*, un compendio de todos los conocimientos que se tenían en su época: medicina, lengua, animales, geografía, artes, derecho... De hecho, las *Etimologías* de Isidoro fueron la primera «enciclopedia» de la historia y una de las obras de la cultura grecorromana que más fuerte resistencia opusieron a su caída definitiva. Su obra fue leída, transmitida y enseñada durante toda la Edad Media, en la época en que cambiaban las lenguas, los pueblos, las religiones, las leyes, los estados; mientras el latín se volvía cada vez más borroso y se perdía la memoria del griego en la Europa occidental.

En el libro IX, en el capítulo 1 dedicado a las lenguas de los pueblos, Isidoro escribe con extraordinaria amplitud de miras: «Si se pregunta en qué lengua hablarán los seres humanos en el futuro, no es posible encontrar respuesta. De hecho, el apóstol dice: “Hasta las lenguas faltarán”. Por eso hemos tratado primero las lenguas y solo después hablaremos de los pueblos: *porque los pueblos han nacido de las lenguas y no las lenguas de los pueblos*».

Con todo derecho Dante Alighieri califica de *ardiente* el espíritu de Isidoro de Sevilla en el verso 131 del canto X del *Paraíso*: el español no ahorró esfuerzos en su titánico afán de describir la realidad solo a través del origen de las palabras que la cuentan.

Un esfuerzo que no fue inútil, pues durante toda la alta Edad Media, mientras las bibliotecas se quemaban y los textos antiguos se perdían, gran parte de la Antigüedad fue conocida gracias a sus

Etimologías por unos pueblos unidos durante siglos por una misma lengua y que se habían perdido en la encrucijada de la fractura entre pasado y presente.

Resulta difícil negar que muchas de sus etimologías son un tanto estrafalarias, fantásticas, algunas incluso inventadas de principio a fin (y por eso mismo da muchísimo gusto leerlas hoy en día). Da mucho gusto leerlas, pero no por ello debemos juzgarlas de forma negativa; ahora disponemos de todo tipo de ciencias y conocimientos, pero cuando Isidoro de Sevilla recopiló todo lo que pudo, ante él estaba hundiéndose para siempre un imperio no solo político, sino también cultural. Y, por lo tanto, gloria a su fuerza y gloria también a su fantasía.

En cuanto a los géneros de las palabras afirma en el capítulo 7 del libro I, dedicado a la gramática, que existe el masculino y el femenino.

Menciona, por el compromiso de exactitud que caracteriza su obra, también otros géneros «especiales», producidos por la racionalidad humana: el neutro (de *ne-uter*, «ni uno ni otro»); el común, que participa de los dos géneros, como *canis*, que vale para «perro» y «perra»; y un género epiceno, por lo demás extrañísimo, que expresa los dos. Sobre este último Isidoro se explaya con incluso demasiada precisión: pone el caso del *pez*, que solo es masculino porque «el sexo de dicho animal es difícilmente definible, pues no se distingue ni por su porte ni por su aspecto, sino solo tocando al animal mismo con mano experta» (para el arte de la palpación nos remite a los pescadores de Livorno).

Por último, una nota final: en 2002 el papa Juan Pablo II designó a san Isidoro de Sevilla patrono de internet y de los que operan en él; sus *Etimologías*, que recogen todo el saber humano, serían las precursoras de la web y el índice ordenado de sus temas sería la primera base de datos de la historia.

A diferencia de algunas lenguas germánicas, el neutro desaparece de todas las lenguas romances derivadas del latín, como la nuestra. Fue en el curso de la evolución lingüística surgida tras la llegada de los nuevos pueblos cuando nuestra lengua se vio obligada de manera inapelable a escoger si era masculina o femenina. Bajo el peso de los escombros del Imperio romano, todas nuestras palabras, sin excepción, dejaron, pues, de preguntarse si eran *con alma* o *sin alma*. El macho y la hembra se convirtieron en la única forma de distinguirse lingüísticamente.

Masculina es «la vida», ὁ βίος, y masculina es «la muerte», ὁ θάνατος.

Neutro es el sentido de «ser vivo», τὸ ζῶον.

En síntesis, el sistema de los tres géneros del griego se basaba en la antigua distinción entre palabras de sentido animado o inanimado, con o sin alma. La oposición entre masculino y femenino era mucho menos clara, alejada del significado original, a veces confusa o borrosa. Al neutro pertenece la propia palabra griega que significa «género», τὸ γένος.

La distinción entre neutro y masculino/femenino es, en cualquier caso, menos banal y más profunda de lo que podemos imaginar. A menudo resulta

difícil rastrear el sentido del género de una palabra griega y captarlo por completo; a veces es imposible.

Son femeninos los nombres de los árboles, porque generan vida, como la tierra. En cambio, son neutros los frutos del árbol, vistos por la lengua como *objetos*. Tenemos así ἡ ἄπιος, «el peral», femenino, mientras que τὸ ἄπιον, «la pera», es neutro. Τὸ σῦκον es «el higo», neutro, pero femenino es el árbol que lo trae al mundo, ἡ συκέα. Femeninos son tanto «el olivo» como «la aceituna», ἡ ἐλαία, pero neutro es «el aceite de oliva», τὸ ἔλαιον.

Neutros son los diminutivos de palabras masculinas y femeninas, en el sentido afectuoso o despectivo de «pequeño». Ὁ μόσχος es «el ternero», τὸ μοσχίον es «el ternerillo». Ὁ μεῖραξ es «el muchacho», τὸ μειράκιον es «el muchachito».

Femenino es el acto de hacer, «la acción», ἡ πράξις, y neutro es el resultado de la acción, «el hecho», τὸ πρᾶγμα. Femenina es «la tierra», ἡ γῆ, femenino también «el mar», ἡ θάλασσα: los dos son portadores de vida, de generación, de fecundidad y por consiguiente de alma.

A veces, nombres que en singular son masculinos o femeninos, y por tanto animados, pasan en plural a ser neutros, porque se convierten en colectivos al expresar ideas abstractas. Ἡ κέλευθος es «el camino», en femenino, pero τὰ κέλευθα es «la ruta marítima» o «el viaje», en neutro plural. Ὁ λύχνος es «la antorcha», en masculino, pero «la luz» es neutro plural, τὰ λύχνα.

Más oscuro resulta por qué unas partes del cuerpo humano son masculinas, otras femeninas y otras, a su vez, neutras. Masculinos son «el ojo», ὁ ὀφθαλμός; «el diente», ὁ ὀδούς; «el pie», ὁ πούς. Femeninas son «la nariz», ἡ ρίς; o «la mano», ἡ χεῖρ. Neutros son «la boca», τὸ στόμα; «la oreja», τὸ οὔς; o «la rodilla», τὸ γόνυ.

En griego antiguo, muchas palabras arcaicas, referidas a la tierra, a la agricultura y al ganado nos remiten al género animado original único, sin distinción de sexo. Ὁ/ Ἡ βοῦς es tanto «el buey» como «la vaca», ὁ/ἡ ἵππος es tanto «el caballo» como «la yegua». Luego son el artículo y el adjetivo los que se encargan de especificar el sexo concreto, o bien palabras específicas como ὁ ταῦρος, «el toro». En algunos casos, existe sin explicación lógica la versión tanto masculina como femenina de una misma palabra: ὁ γόνος y ἡ γονή significan las dos «la descendencia».

Junto con el número, en griego es el género el que pone de manifiesto las

relaciones de las palabras dentro de la frase. Su importancia es notable en una lengua basada en los casos y desempeña un papel fundamental en la sintaxis, ligando las palabras que concuerdan entre sí.

El género y el número son de gran utilidad a la hora de orientarnos en un texto griego, una especie de *brújula del significado*, como sabe cualquier estudiante.

¿Cómo se estudia la diferencia entre masculino, femenino y neutro en la escuela? ¿Cómo se aprende el género de las palabras?

En este caso, no hay memoria que sirva de ayuda (salvo que queramos ser tan locos como para memorizar todas las palabras del diccionario) ni método de enseñanza perfecto, ni siquiera el más sensible y atento desde el punto de vista lingüístico.

El hecho de que una palabra sea masculina o femenina (o neutra) es, en todas las lenguas del mundo, una cosa difícil de reconocer y de atribuirle una motivación. La razón de fondo es que cada lengua, más allá de que esté viva o muerta, escoge el género de sus palabras de manera casi *arbitraria*. Luego son los hablantes los que lo captan, los que lo sienten *en profundidad*, mientras enlazan las palabras entre sí para expresarse, a menudo sin ser conscientes de ello.

Ningún italiano o ningún español se preocupa demasiado a la hora de elegir un adjetivo masculino o femenino cuando quiere describir a una mujer, un cielo, un libro, un sueño: el género de las cosas sale solo. Desde dentro, desde lejos: *desde la conciencia lingüística*. No requiere ningún esfuerzo particular elegir los géneros de las palabras que vamos a utilizar hablando por teléfono con un amigo, escribiendo un correo electrónico al jefe, escuchando una canción o mirando una película. Nadie se pregunta nunca —excepto los fisgones más molestos— por qué una palabra es masculina o femenina. ¿Por qué íbamos a hacerlo? Yo misma, cuando escribo, no presto atención especial a la hora de ligar entre sí las palabras en sus relaciones gramaticales. Antes de empezar a hablar he aprendido ya que en italiano *il cane* («el perro») es masculino y *la nave* («el barco») femenino. El italiano es mi lengua natural y el género de las palabras es tal *por naturaleza*; es mi lengua, la he *interiorizado*.

Pero esto no vale para las lenguas que no son nuestras, o sea, las extranjeras. Y el griego es una lengua extranjera que escoge con total libertad el modo de ver el mundo y de expresar el género de cada palabra. Puesto que no es nuestra lengua natural, no hemos *interiorizado* el género de las palabras;

y además, pues es una lengua muerta, no hay hablantes que hayan sobrevivido, sino solo textos, herederos mudos.

Resulta imposible, por tanto, encontrar una forma automática o mecánica de comprender el género de las palabras en griego antiguo. Cada una de ellas es masculina, femenina o neutra porque así sonaba en los oídos y sobre todo en la mente de quienes las pronunciaban.

Los géneros son, pues, propiedad exclusiva de la lengua, de cada lengua, y no se puede hacer nada al respecto. Son una manera totalmente original de expresar el mundo. Por ejemplo, «el mar» es masculino en italiano, como en español, y femenino en francés, *la mer*. Ningún hablante se pregunta por qué o considera extraño hacerlo; en ambos casos, es lo que es *por naturaleza*.

Por el contrario, todo hablante se las ve y se las desea, y estudia y se afana cuando tiene que aprender una lengua que no es la suya. En este caso, el aprendizaje de los géneros del griego antiguo no es muy distinto del aprendizaje de los géneros de cualquier otra lengua. Poco es lo que depende de la *sensibilidad*; es más, a veces recurrir a comparaciones mecánicas con la lengua materna de cada uno es una fuente de errores y de tremendos ridículos. Casi todo depende de la *imprevisibilidad*.

Hacen falta, por tanto, paciencia, constancia, indulgencia y aptitud. Hace falta tiempo, todo el que sea necesario. Cuantas más veces encontremos una palabra estudiando griego, ya sea masculina, femenina o neutra, más altas serán las probabilidades de que nos acordemos de su género en un futuro.

Sobre todo, se necesita confianza, en nosotros mismos y en la lengua, que *es lo que es* y que, precisamente por eso, es única.

¿Un ejemplo como cualquier otro para explicar la arbitrariedad de los géneros? Mi propio nombre, *Andrea*.

Etimológicamente deriva del griego ὁ ἀνὴρ, «el varón». Y eso es lo que significa, sin más pretextos, ni interpretaciones ni apelación posible.

La casualidad ha querido que yo sea mujer.

La casualidad ha querido que sea hija de un padre que no conoce la tristeza ni el miedo, y que cada día se siente agradecido al sol que se levanta por la belleza de vivir, incluida la ilógica pero gloriosa idea de ponerme de nombre «Andrea» («Andrea y basta», como rugió, según la leyenda, al desconcertado empleado del registro civil que le sugería añadir un segundo nombre más *tradicional*).

Pero soy una mujer que ha sido niña en Italia y os aseguro que mi infancia con este nombre de varón no fue ninguna guasa; o, mejor dicho, fue una guasa continua para todos los niños que me tomaban el pelo. Mi nombre en Italia era de *varón* y era sentido como tal, qué se le va a hacer. Lo que me decía mi madre cuando volvía a casa mortificada era del todo inútil y no me daba ningún consuelo; por ejemplo, que *Andrea* termina en *a*, y que por lo tanto es *un poco* femenino (yo quería un nombre *completamente femenino*, como los de las demás niñas, no solo *un poco*; durante algún tiempo, entre los seis y los siete años, me dio por mentir e iba diciendo por ahí que me llamaba Silvia, con enorme dolor para mi padre).

Sobre todo, de nada servía decir cien veces, mil, que *Andrea* es un nombre *de mujer* en media Europa y en todas las Américas, del Norte y del Sur. Nada importa, ni siquiera el hecho de que se vea a la perfección que soy una mujer. En Italia, *Andrea* es un nombre de *varón* y así es sentido por todos los italianos; punto. Fuera de las fronteras de nuestro país, no, pero aquí, sí. Ese sentimiento lingüístico del italiano explica la pregunta que me hacen sin falta cada día: «¿Eres extranjera?» (el cabello rubio, los ojos claros y la piel blanca tampoco me han ayudado; todavía en la actualidad hay quien me habla en el bar directamente en inglés o en alemán).

Y resulta que la Agencia Tributaria me adjudicó de inmediato un código fiscal equivocado, de hombre, y a los dieciocho años recibí incluso la tarjeta para presentarme al servicio militar.

Y resulta que cada vez que me presento se produce, según los casos, un silencio bochornoso, varias interjecciones como «¿Eh?» o «¡Ah!», o especificaciones como: «¿Pero *Andrea*, *Andrea*?», o en el peor de los casos bromitas de bajo nivel. En una ocasión alguien llegó a preguntarme cómo me llamaba *de verdad*, creyendo firmemente que *Andrea* era mi «nombre de guerra» (vaya usted a saber por qué habría de tener un nombre de guerra).

Y resulta que cada vez que utilizo la tarjeta de crédito de la que soy titular, los cajeros me miran como si fuera una ladrona o, en el mejor de los casos, me preguntan si «mi marido» sabe que voy de compras con su dinero. El revisor del billete nominal del tren echa una tosecilla abochornado, obligándome a decir: «Sí, soy yo», y la azafata del aeropuerto me pide la documentación tres veces, por seguridad.

Y resulta que ningún operador de *call center* se cree que yo sea de verdad *Andrea*, lo mismo que carteros, empleados de banco, vigilantes de estadio o de conciertos; pero resulta que sí, que soy yo, aunque mi nombre en Italia sea

un nombre *de hombre*.

He calculado una media de tres malentendidos al día debidos a mi nombre de varón. Podéis imaginaros por lo tanto mi serenidad en cuanto pongo los pies en tierra extranjera (precisamente ahora que escribo esto en Sarajevo, y para todos, entre nombre y *colores*, soy eslava).

Sin embargo, cuando me hice mujer, me sentí orgullosa de mi nombre, Andrea, aunque para una helenista resulte un tanto original tener un nombre etimológicamente equivocado.

Andrea es mi nombre, mi manera de ser y mi bandera, agradezco a papá su fortaleza y su libertad, el regalo más bonito que me ha hecho, además de la alegría. Poco me importa que sea *de hombre* : ¿recordáis cuando decía que los géneros de las cosas del mundo son naturales, que los hemos interiorizado? Estoy tan acostumbrada a llevar mi nombre encima que a veces me parece del todo imposible que un *varón* en Italia pueda llamarse Andrea.

YO, NOSOTROS DOS, NOSOTROS. EL DUAL

Los ojos, las orejas, las manos, los pies.

Los hermanos, los amigos, los aliados.

Los amantes.

El griego antiguo, gramaticalmente hablando, contaba hasta tres; uno, dos, dos o más.

Además de los números con los que se cuentan las cosas y por lo tanto se regula la vida en nuestra lengua, el singular —yo— y el plural —nosotros—, la lengua griega antigua poseía un tercer número: el dual, *nosotros dos*. «Dos ojos», τὸ ὄμματε; «dos manos», τὸ χεῖρε; «dos hermanos», τὸ ἀδελφῶ; «dos caballos», τὸ ἵππω. Sobre todo, «dos personas», τὸ ἀνθρώπω.

El número dual no expresaba una mera suma matemática, *uno más uno igual a dos*. Para las cuentas banales de la vida existía el número plural, igual que ahora. En cambio, el dual expresaba una entidad doble, *uno más uno igual a uno formado por dos cosas o dos personas* unidas entre sí por una conexión íntima. El dual es el número del pacto, del acuerdo, del entendimiento. Es el número de la pareja, por naturaleza, o de los que se hacen pareja por elección.

El dual es al mismo tiempo el número de la alianza y de la exclusión. Dos no son solo la pareja. Dos es también lo contrario de uno: es lo contrario de la soledad. Como si fuera un gran recinto; quien está dentro del número dual sabe

que lo está. Quien está fuera, queda de inmediato excluido de él. Dentro o fuera.

Como el aspecto, también el dual llega al griego antiguo de los graneros del sentido lingüístico del indoeuropeo. Se trata, pues, de un número antiguo, puro. Una manera de dar sentido *numéricamente* al mundo. El latín, del que derivan nuestras lenguas romances, cedió enseguida y no conserva huella alguna del dual, ni siquiera en los textos más antiguos; en cambio, el dual se encuentra en sánscrito y hoy en lituano y eslavo. También las lenguas semíticas presentan el dual, incluso el árabe moderno.

En griego antiguo el dual no era una rareza. No era un capricho *matemático* de la lengua y de quien la hablaba. Este número era utilizado a propósito, tanto en cada caso de la flexión nominal como en cada persona de la conjugación verbal, todas las veces que se hablaba de dos personas o de dos cosas unidas; podían ser un par, una pareja, por naturaleza, como los ojos o las manos, o podían ser cosas que estuvieran juntas solo un momento, como los amantes. Un número, sin embargo, que desde los tiempos de Homero tiende a oscilar, a confundirse, a desaparecer y a reaparecer según el uso —libre, libérrimo— que hagan de él los autores. Para los griegos el dual existe cuando resulta útil para el significado, cuando el hablante lo *siente*. Y sin embargo, los arcaísmos del indoeuropeo, restos de una lengua que ya no existe, desaparecen con rapidez de la lengua corriente.

El dual era una *manera de computar* el mundo, de medir la naturaleza de las cosas y las relaciones entre ellas. Era un número muy concreto. Muy *humano*. Sensible, lógico o ilógico según cada caso; así es la vida. El dual era el número menos banal, difícil de clasificar, imposible de normalizar.

Cuando la civilización griega se volvió más compleja, los números de la lengua pasaron de concretos a abstractos. Números rigurosamente lógicos. Mensurables sin oscilaciones, sin lazos con lo que ahora está junto, pero quizá luego no lo esté. Números *lingüísticamente* matemáticos. La lengua cambia cuando los que cambian son los que la hablan.

En la mayor parte de las colonias, donde el progreso había sido más rápido y, como suele suceder, apresurado en el aspecto lingüístico, el dual se perdió desde el mismo momento de su fundación. Safo, en la isla de Lesbos, ignoraba el dual, como lo ignoraban todos los que hablaban el dialecto jónico. El dual, en cambio, se mantuvo en la Grecia continental, campesina, ligada a la tierra y por lo tanto más dura, más lenta a la hora de olvidar.

Esta *manera de computar* de la lengua griega se encuentra en su mayor

parte en el dialecto ático de los siglos V-IV a.C. Platón usaba el dual sin miedo, de manera concreta y con regularidad. Por el contrario, los poetas trágicos y cómicos lo empleaban de manera extraña, incoherente (por lo demás, la diferencia entre tragedia y comedia se debe más al punto de vista sobre el mundo humano que al contenido). Tucídides lo evitaba; las oscilaciones de dual no se prestaban a la línea recta del tiempo de la historia. Los oradores lo utilizaban, aunque con muchas reservas: un número poco conforme con la lucidez exigida por la prosa política.

Cuando llegó la κοινή, el dual ya había desaparecido poco a poco en todas partes, salvo en algún habla de las zonas rurales. Por fin, descolorido ya, se convirtió en un descuido lingüístico.

La recuperación del dual por parte de los autores de la época imperial llamados «aticistas», que varios siglos después se propusieron devolver a la vida el dialecto ático puro —restos de una lengua que, una vez más, no era la suya— no fue más que un juego sin importancia alguna para la historia del idioma. En todos los rincones del mundo griego la unidad se había opuesto a la pluralidad. Uno contra muchos. *Uno más uno igual a dos*; sin excepciones. Como en la actualidad.

Fue una muchachita de Livorno de quinto de gimnasio a la que yo daba clases de griego la que me proporcionó una de las definiciones del número dual griego más originales que he oído en mi vida: «El dual es eso que en las traducciones no sale nunca, y por eso lo olvidas en cuanto te lo has aprendido. Luego resulta que una vez, una sola maldita vez, te lo encuentras en un examen en clase y entonces el dual te castiga tanto que no lo olvidas nunca más».

Sí, no hay más remedio que reconocerlo: el dual, en las traducciones de clase, no sale *casi* nunca.

Casi, justo.

La medida de ese *casi* depende del hecho de que el griego que estudiamos en clase es el jonicoático, el dialecto de Platón y de Pericles. Y es precisamente en la lengua de Atenas, del Partenón y de la Acrópolis, en la que el dual se conserva con mayor coherencia y frecuencia.

Además, a ese *casi* contribuye también la naturaleza *del todo lingüística y no matemática* del dual; no basta encontrar mencionadas en un texto dos cosas o dos personas para que sean referidas de forma automática en dual. Aunque se tratara de un texto de anatomía en el que no se hablara más que de orejas,

ojos, manos y pies, el uso del dual no está nunca asegurado: el empleo de este número depende de la libre sensibilidad lingüística del autor.

Ahí va mi definición completamente personal del dual: *uno más uno igual a uno formado por dos*, no solo «dos»: el griego δύο, «dos», no tiene más que dual.

El uso de este número y todas las oscilaciones e incertidumbres que lo han acompañado a lo largo de su historia condenándolo a una irremediable desaparición, estaba ligado a las relaciones que el autor concebía entre dos entidades. De ahí que puedan aparecer en dual las partes del cuerpo, naves aliadas que surcan el mar para enfrentarse a un mismo enemigo, caballos que tiran del mismo carro de guerra, hermanos gemelos, parejas de marido y mujer, soldados aliados, divinidades. O no.

El manual de gramática griega

La definición de dual que se ofrece está tomada de la página 42 de Γράμματα, la gramática con la que, cuando estaba en el liceo, di mis primeros pasos, todavía inseguros, en el estudio de la lengua griega. Publicada por Edizioni Cremonese en 1976, este manual de gramática griega aún se utiliza hoy en día en muchos liceos clásicos.

Me resulta difícil definir mis primeros pasos en aquel manual como un *paseo*. Antes bien, fue un trayecto siempre cuesta arriba, como demuestra el ejemplar-reliquia que me ha seguido por Livorno e incluso hasta aquí, hasta Sarajevo, mudanza tras mudanza, licenciatura tras diploma, vida tras vida: las tapas destrozadas, como si al pobre libro le hubiera pasado por encima un huracán a fuerza de meterlo en mochilas primero y en bolsos después, con las páginas supervivientes llenas de anotaciones de todo tipo, colores de rotuladores todos distintos, subrayados y círculos desesperados, aparte de los nombres de antiguos novietes escritos en el margen de algunas declinaciones, y sobre todo el grito de dolor «¡Odio el griego!» junto a las excepciones del perfecto (solo un momento de debilidad, *ça va sans dire*, puesto que luego me licencié con satisfacción y locura en filología clásica).

Me resulta difícil definir Γράμματα como un *libro bonito*. Como todos los manuales, cumple con su cometido: te enseña a manejarte. A mantenerte a flote y a no hundirte. Su envoltura gráfica no es de las más incitantes —una serie infinita de cuadros y reglas en blanco y negro— y no se concede ningún espacio al significado de la lengua. Por supuesto es un libro de texto, un prontuario claro, sin rebabas, hasta cómodo en el rigor extremo que impone al estudio de la lengua griega, al que recorro incluso ahora por si se me pasa algo por alto. Sé que todo lo que hay que saber de gramática está ahí dentro. Por último, el papel de Γράμματα, basto y sencillo, es precioso y hoy está impregnado del perfume de pensamientos pensados cien, mil veces.

Para la composición del presente volumen he consultado además las diez gramáticas más utilizadas en los liceos clásicos actuales. Los títulos son variados —casi todos, faltaría más, ya en alfabeto latino y no en griego—, a menudo acompañados de adjetivos como *nuevo* o *novísimo*, y *ampliaciones online* tan innovadoras como misteriosas. En realidad, poco o nada ha cambiado en la didáctica de los institutos desde los tiempos de mi Γράμματα. Por supuesto se advierte (y mucho,

y mucho también se agradece) una mayor atención a la civilización griega, «pero no hay tiempo nunca, porque vamos atrasados con el programa», me repiten una y otra vez mis alumnos. Por supuesto las paginaciones son más modernas, más coloreadas, más *smart*. Pero el método de enseñanza ha variado poco o nada; son manuales, así que hay que seguir manejándolos con constancia y mucho esfuerzo. La sensibilidad lingüística se confía casi siempre al profesor o se aplaza hasta otro momento (parece que no haya prisa; por lo demás, el griego antiguo es una lengua muerta, muerta hace muchísimo tiempo).

Mención especial merece *Athenaze*, publicado en 2009 por la Accademia Vivarium Novum (con los auspicios del Istituto Italiano per gli Studi Filologici), que se propone enseñar el griego con el *método natural*, a pequeños pasos, como aprenden inglés los niños en la escuela primaria, mediante historietas y cuentos referidos a cuestiones inmediatas y acompañados de dibujos y viñetas. Los capítulos están divididos en párrafos que cuentan la vida del campesino Diceópolis y de su familia, seguidos de ejercicios sencillos y comentarios de gramática. Así pues, el griego es enseñado como *lengua viva*, sin la típica obsesión por las reglas gramaticales, cuyo aprendizaje, según este método, debería venir solo, con el tiempo y el hábito.

El método de *Athenaze* me ha resultado siempre muy curioso por el hecho de que el griego antiguo, dado por muerto desde hace miles de años, se enseñe como si fuera una lengua que está vivita y coleando. Las opiniones de aquellos de mis alumnos que lo han adoptado me resultan del mismo modo curiosas: algunas entusiastas, otras despistadas. Lo cierto es que el cambio de profesor a final de curso, como sucede con demasiada frecuencia en la escuela italiana, y por consiguiente el paso a una gramática convencional representa para los estudiantes del *método natural* una tragedia desconcertante y *antinatural*.

Su empleo dependía de la conexión y de la relación que el hablante estableciera o no entre dos entidades; un número concreto, se decía, un número *humano* y no *matemático*. Un número para dar sentido a las relaciones entre las cosas y las personas, si es que existía ese sentido. Un número no mensurable, no impuesto nunca *por ley gramatical* por la lengua griega antigua, sino siempre elegido con libertad por los hablantes.

¿Qué se aprende en el liceo clásico del dual y de esta manera de dar un sentido *numérico* al mundo? Una línea. Todos los libros de texto que he consultado y con los que se rompen los cuernos —justo ahora, mientras yo escribo, mientras vosotros leéis— los *millennials* del liceo clásico para aprender una lengua de hace dos mil años, reservan al dual el privilegio de una línea; o media. Una línea colocada en un punto perdido de la página un minuto antes de las decenas y decenas de recuadros de los que hay que aprender de memoria declinaciones y conjugaciones.

La línea en cuestión reza casi siempre así: «En griego se distinguen tres números. Singular, dual y plural. El dual sirve para designar cosas o personas que en la naturaleza se encuentran en pareja o que el escritor considera tal». Fin.

Tal vez por eso la existencia de un número tan rico en significado

desaparece tan rápido de la memoria de los alumnos y casi nunca llega a tocar su sensibilidad lingüística (nosotros, en nuestro idioma, carecemos de ese sentido de unidad doble).

Traducido gracias al único texto donde os encontraréis con el dual, pagaréis el precio de vuestro descuido y hasta la vista (como me decía mi jovencísima alumna, pidiéndome perdón a mí y a toda la gramática griega, incluidos los bizantinos, como si todo fuera culpa suya). Pero el juego del olvido debido a la poca atención prestada a la sensibilidad lingüística en el aprendizaje es demasiado fácil; un juego de diletantes, me atrevería a decir, pero sin gracia.

Paradójicamente, en el liceo se estudian de manera irremisible las formas de dual de todos los sustantivos y de todos los verbos, siempre rigurosamente declinados y conjugados en número singular, dual y plural. Las desinencias de los sustantivos en dual son dos, una para nominativo, vocativo y acusativo, y otra para genitivo y dativo. Por ejemplo, en la primera declinación tenemos τὰ μοῖρα, «los dos destinos»; ταῖν μοίραιν, «de los dos destinos / a los dos destinos». También las desinencias de los verbos son dos, segunda y tercera persona del dual: por ejemplo, en modo indicativo στέλλετον, «vosotros dos enviáis»; στέλλετον, «ellos dos envían». Consecuencia de ello es que el dual es tan fácil de recordar que resulta más fácil todavía olvidarlo. Es algo que sucede a menudo en cuanto pasamos la página. Archivado. Yo misma, durante los cursos del gimnasio, iba un poco de memoria, un poco a ojo, y un poco tentaba a la suerte con la esperanza de no encontrármelo nunca. El hecho es que, cuando te topas con un texto griego que de veras encierra dentro de sí ese sentido, hace un montón de tiempo que has olvidado el dual.

Mientras escribía este capítulo, me he detenido varias veces para preguntarme por qué se aprende en la escuela cada verbo y cada sustantivo en dual si su uso es tan raro, tan ambiguo, tan íntimo y tan poco clasificable.

Me he tomado tiempo para reflexionar sobre el sentido del dual y para explicarlo aquí (los manuales universitarios aumentan el privilegio concedido a esta categoría gramatical del griego antiguo y le adjudican dos líneas, dos, de explicación en vez de una). El dual parecía escapárseme siempre, oscilando en mi mente como oscila en los poemas de Homero. De hecho, escribiendo me he dado cuenta de que no había entendido nunca de verdad el dual. Siempre lo había liquidado como una forma rara, excéntrica, ilógica, que escapaba a toda normalización y por lo tanto a toda respuesta. Lo había

percibido siempre como un modo gramaticalmente original de contar hasta tres que tenía el griego antiguo: *singular, dual y plural*. Siempre había pensado que, en caso de encontrarlo en un texto, las reglas aprendidas me bastarían para descifrarlo y darle un sentido.

Sobre todo, siempre había creído que los números gramaticales en griego eran *uno, dos, tres o más*. Me equivocaba. Me equivocaba y mucho.

El dual tiene sentido solo porque el griego antiguo sentía la necesidad de expresar a través de la lengua algo más que un *número matemático*, algo que nosotros hemos perdido, empeñados en *echar cuentas lingüísticamente* con el ábaco de la vida en la mano: el sentido de las relaciones entre las cosas y entre las personas.

Entendido por fin el sentido libre y absoluto de este número, no me ha resultado difícil explicarme por qué en la escuela se estudia el número dual de cada palabra.

Se estudia *por si*. Se estudia por precaución, por previsión, en el caso fortuito —y desafortunado— de que un autor decida expresar en dual una relación entre dos ojos, entre dos bueyes, dos amigos, dos islas, dos mares, dos amigos, dos hermanas, dos vientos; una relación entre cualquier cosa. En síntesis, en la escuela se estudia el dual *por si* nos lo encontramos *por casualidad*.

El resultado es que el sentido del dual, uno de los legados más arcaicos, más originales y genuinos del indoeuropeo, se nos escapa hoy día a casi todos, tras sobrevivir en una línea del libro de texto, una línea que a nosotros ya no nos dice nada. En lingüística, igual que en la comunicación contemporánea formada por imágenes, sms y tuits, es el *principio de economía el que sale ganando siempre*. En el caso de que haya varias formas con el mismo sentido, prevalece la más sencilla, la más rápida, la más inmediata. Y a aguantarse por la banalización lingüística; a este paso, mucho me temo que dentro de diez años hayamos perdido el uso de la palabra y que nos expresemos solo mediante emoticonos.

Eso debió de pasarle también al dual del griego antiguo: su sentido de duplicidad desapareció, confundido con el plural genérico. Considerado *inútil*, primero fue abandonado y luego olvidado.

Los que han tenido el raro privilegio de amar de verdad sabrán siempre distinguir la diferencia de intensidad y de respeto que existe entre pensar como

«nosotros dos» y pensar como «nosotros»; pero ya no lo saben decir. A decir verdad, para ello se necesitaría el dual del griego antiguo.

LOS CASOS, O UNA ANARQUÍA ORDENADA DE LAS PALABRAS

*Los tabúes desguazados,
y el ir y venir fronterizo entre ellos,
rezumantes de mundos, a la
caza de significado, a la
fuga de significado.*

PAUL CELAN, *Hebras de sol*

Flexión, del latín *flectere*, «doblar», «curvar». Y, por tanto, «cambiar de dirección». Ese es el mecanismo de las palabras en griego, que es una lengua flexiva. Palabras libres, en mutación constante de significado en su flexión, en continua evolución de sentido de un caso a otro de su declinación.

El caso de las palabras griegas no tiene precisamente nada de *casual*: es una categoría sintáctica muy concreta de la lengua. Los casos son las *distintas* formas que asume un mismo nombre para expresar sus *distintas* funciones dentro de la frase. Por eso el griego es una lengua flexiva: el papel sintáctico de las palabras se confía a la capacidad de modificar, de *doblar* su última parte: la desinencia.

En una fábula de Esopo unos marineros están exultantes de gozo por haber escapado a una tempestad sin tener en cuenta que el mar podría reservarles otras más adelante. Y la palabra «tempestad», ὁ χειμῶν, aparece en el texto de formas distintas —es decir, en casos distintos— precisamente para expresar funciones distintas: el complemento directo, τὸν χειμῶνα; el genitivo τοῦ χειμῶνος, en una construcción específica llamada «genitivo absoluto». Veamos el texto de la fábula:

Ἐμβάντες τινὲς εἰς σκάφος ἔπλεον. Γενομένων δὲ αὐτῶν πελαγίων, συνέβη χειμῶνα ἐξαισίον γενέσθαι καὶ τὴν ναῦν μικροῦ καταδύεσθαι. Τῶν δὲ πλεόντων ἕτερος περιφρήξάμενος τοὺς πατρώους θεοὺς ἐπεκαλεῖτο μετ' οἰμωγῆς καὶ στεναγμοῦ χαριστήρια ἀποδώσειν ἐπαγγελλόμενος, ἐὰν περισωθῶσι. Πausαμένου δὲ τοῦ χειμῶνος καὶ πάλιν καινῆς γαληνῆς γενομένης, εἰς εὐωχίαν τραπέντες ὠρχοῦντό τε καὶ ἐσκίρτων, ἅτε δὴ ἐξ ἀπροσδοκίτου διαπεφευγότες κινδύνου. Καὶ στερόδος ὁ κυβερνήτης ὑπάρχων ἔφη πρὸς αὐτούς· Ἀλλ', ὦ φίλοι, οὕτως ἡμᾶς γεγηθέναι δεῖ ὡς πάλιν, ἐὰν τύχη, χειμῶνος γενησομένου. Ὁ λόγος διδάσκει μὴ σφόδρα ταῖς εὐτυχίας ἐπαίρεσθαι τῆς τύχης τὸ εὐμετάβλητον ἐννοουμένους.

«Unos subieron a un barco y se hicieron a la mar. Cuando estaban mar adentro se desató una violenta tempestad y poco faltó para que el barco se hundiera. Uno de los pasajeros, rasgándose las vestiduras, invocaba a los dioses de su patria con llanto y lamentaciones y prometía ofrecer sacrificios en gratitud si lo salvaban. Pero al pasar la tormenta y llegar de nuevo la calma, dándose a la alegría, se pusieron a bailar y saltar, como quienes han escapado de un peligro inesperado. El piloto, hombre curtido, les dijo: “Amigos, es justo que nos alegremos, pero solo si tenemos en cuenta que podría desatarse de nuevo una tormenta”. La fábula enseña que no hay que dejarse arrastrar demasiado por las situaciones felices, pensando en lo mudable de la fortuna.»[\(6\)](#)

El italiano y el español, convertidos en *italiano* y *español* a partir del latín, lengua a su vez flexiva, han perdido la declinación original de las palabras, mantenida solo en ocasiones, como por ejemplo para distinguir las funciones sintácticas de los pronombres personales: «yo» o «tú» sirven para hacer de sujeto; «me» o «te» para hacer de complemento directo o indirecto, como «a mí» o «a ti». Nuestras lenguas, no obstante, para dar sentido a las palabras dentro de la frase utilizan casi siempre las preposiciones.

Por ese motivo el sistema de los casos y la opción de síntesis adoptada por el griego, que concentra en la modificación del final de las palabras todo lo que hay que decir, pueden parecerse complejos, *ambiguos*, ya que frente a un sustantivo griego nos vemos obligados siempre a reflexionar, a pensar qué quiere decirnos *de verdad* a través de esa última sílaba tan pequeña.

Sin embargo, para ellos el sistema de casos era ante todo una opción dictada por la sencillez y la claridad; en esa última sílaba los griegos se percataban de la función y de todo el sentido de una palabra dentro de una oración.

¿Acaso no es igualmente complejo, *ambiguo*, el uso que hacemos de *una misma* partícula para dar a las palabras significados sintácticos *distintos*? Fijémonos en la preposición italiana *da* (aprendida por los niños junto a las demás con la típica cantilena «*di-a-da-in-con-su-per-tra-fra*») utilizada con el mismo verbo, pero en frases distintas y con sentidos distintos:

- *Arrivo da Livorno*, «*Vengo de Livorno*».
- *Arrivo da Carlo*, «*Vengo a casa, o de casa, de Carlo*».
- *Arrivo da amica*, «*Vengo como amiga*».
- *Arrivo da una settimana* (faticosa), «*Vengo de pasar una semana (agotadora)*».
- *Arrivo da sola*, «*Vengo sola*».[\[4\]](#)

En estas frases, el complemento formado por la preposición *da* puede

indicar que provengo de un lugar (Livorno); que estoy llegando para estar con alguien (mi perro Carlo, por ejemplo); que tengo intenciones amistosas, que «vengo en son de paz», como amiga; que acabo de pasar unos días muy ocupada; o, por último, que vengo sola, sin compañía.

Por eso, si el sistema de los casos del griego antiguo es complicado y el significado de las palabras delicado, ¿acaso no es igualmente complicada y delicada nuestra forma de comunicarnos, y tal vez incluso de no entendernos? Como siempre, todo depende de la sensibilidad lingüística de quien utiliza *su* lengua para comunicar *su* mundo.

El griego es una lengua sintética; el valor de las palabras está (casi) todo en su parte final, en el caso en el que se presentan, clarísimo, por supuesto, para los griegos, tan súper sintéticos.

El italiano o el español son lenguas casi siempre analíticas; el valor de las palabras depende de las preposiciones, de los adverbios y de los verbos auxiliares; clarísimo para nosotros, de profesión *analistas del sentido* (se supone).

Todas las lenguas del mundo

Según el Antiguo Testamento, desde que los descendientes de Noé quisieron desafiar al cielo construyendo la torre de Babel y fueron castigados por ello, se calcula que en el mundo se hablan hoy en día cerca de 4.500 lenguas distintas, número que llega hasta las 20.000 si se tienen en cuenta algunas especiales o las extinguidas; el desastre lingüístico acaecido en Babilonia fue realmente gordo.

Desde el punto de vista de su tipología, las lenguas se clasifican en flexivas, esto es, aquellas en las que el sentido de las palabras se encierra en la modificación de su final: el griego, el alemán, el latín con *lupus* («el lobo»), *luporum* («de los lobos»).

Existen luego las lenguas aglutinantes, en las que existe la raíz de una palabra que expresa su sentido *básico* y una serie de partículas que son sus modificadores, como el húngaro o el turco. Por ejemplo, la palabra azteca *nokalimes*, «mis casas», que está formada por *no* («mío») + *kali* («casa») + *mes* (plural).

En el otro extremo de la síntesis se encuentran las lenguas aislantes, en las que cada palabra es invariable y tiene un significado independiente: su valor depende exclusivamente de su posición concreta dentro de la frase. Por ejemplo, en chino encontramos *wǒ ài tā, dànshi tā bù ài wǒ*, o sea «yo amar ella pero ella no amar yo», que podríamos traducir en nuestro idioma como «yo la amo, pero ella no me corresponde con su amor».

Por último, existen las lenguas polisintéticas o incorporantes, en las que una frase está contenida en una sola palabra larguísima, como en el esquimal *angyaghllangyugtuq*: «él quiere comprar una barca grande»; y quién sabe cuántos innumerables malentendidos se ahorran así.

La flexión de las palabras y el sistema de los casos del griego deriva del indoeuropeo, lengua no solo flexiva y sintética, sino también de naturaleza aglutinante. Y aglutinar viene del latín *ad* y *gluten*, «cola», o sea, *pegar, unir, ligar. Juntar una cosa con otra.*

El indoeuropeo era una lengua compleja, sintética en toda la extensión de la palabra, en la totalidad de las palabras, hasta la saciedad de su sentido. Se confiaba a los casos no solo la función sintáctica de las palabras, sino que las propias palabras se formaban juntando entre sí prefijos, sufijos y otras palabras. El griego antiguo conserva esta característica en el uso de partículas antepuestas, capaces de modificar, a veces muchísimo, el significado, como por ejemplo ἀπό, «de»; ἐν, «en»; ἐπί, «contra/hacia»; πρό, «antes/delante»; περί, «alrededor».

El indoeuropeo poseía ocho casos, ocho formas distintas de una misma palabra para expresar funciones distintas: nominativo, vocativo, acusativo, genitivo, dativo, locativo, instrumental y ablativo. La mayor parte de ellos tenía un valor lógico: el nominativo expresaba el sujeto de la frase, el genitivo el complemento determinativo, el dativo el complemento indirecto, etcétera, etcétera. Hay tres casos, sin embargo, que tienen un valor puramente concreto: el locativo indicaba el lugar en el que se estaba, el ablativo el lugar del que se procedía y el instrumental el medio con el cual se realizaba algo.

Todas las lenguas indoeuropeas redujeron el número de casos a lo largo de su historia. Sin embargo, ninguna lengua optó por reducirlos, por *sintetizarlos* tanto como el griego: lenguas más tardías, como el eslavo o el armenio antiguo y moderno, decidieron conservar más. El latín se quedó con seis.

El fenómeno en virtud del cual un caso desaparece y sus funciones se trasladan a otro se denomina *sincretismo*. En griego el ablativo se fundió con el genitivo, mientras que el locativo y el instrumental acabaron confluyendo en el dativo. Así pues, a la hora de expresar la función sintáctica de las palabras ningún pueblo optó por la síntesis tanto como los griegos; el griego antiguo posee solo cinco casos. Veámoslos:

- **El nominativo**, ὀνομαστική πτῶσις, es el caso que sirve para dar un nombre a las cosas. Su definición griega indica ya que el nominativo es el caso del «llamar», de la denominación. Servía, por consiguiente, para indicar conceptos abstractos o concretos, objetos, personas, palabras: ἡ μοῖρα significa

«el destino», ὁ καρπός «el fruto». Su función más importante es la de expresar el sujeto de la frase, es decir, el elemento que ejecuta o padece la acción expresada por el verbo.

- **El vocativo**, κλητική πτώσις, es el caso para *interpelar* a las cosas, llamándolas. Precedido a menudo de la interjección ὦ, «¡oh!», el vocativo reclama la atención directamente, con la voz y con la palabra, a una persona o a una entidad para suplicarle, para dedicarle una oración, para hacerle una pregunta, para darle una respuesta, una orden, una afirmación; o incluso únicamente para llamar a alguien con amor, como cuando un niño dice ὦ μητέρα, «¡Mamá!».

- **El acusativo**, αἰτιατική πτώσις, es el caso que sirve para indicar el *viaje* de las cosas hacia su meta.

Simétrico al nominativo, que expresa el sujeto, el acusativo expresa propiamente el complemento directo o complemento objeto, completando el sentido de la frase y respondiendo a la pregunta *¿a quién?, ¿qué o a qué?*: τὴν ναῦν, «la nave».

En griego, su valor original transmite un movimiento hacia delante, hacia un lugar, un fin, un tiempo, una persona.

De este modo, se expresan en acusativo los conceptos de *lugar hacia donde* (τὰς Δελφιάς, «hacia Delfos»), de *tiempo continuado* (τὴν νύκτα, «durante la noche»), de *lugar por donde* (τὴν ἄτραπὸν, «a lo largo del sendero»).

- **El genitivo**, γενική πτώσις, es el caso que sirve para diferenciar las cosas. Indica propiamente la especificación, la determinación, gracias a ese *de* puesto delante de un nombre que lo define, que establece fronteras y vallas delimitando su significado. Por este motivo es el caso de la posesión, de la *limitación*, de la *partición*. En nuestra lengua se traduce la mayor parte de las veces por el complemento *determinativo*, τὸ θέατρον τῆς κόμης, «el teatro del pueblo».

En griego el genitivo tiene también un valor partitivo utilizado a menudo para expresar la idea de una parte de otra, más amplia y más grande, o el ámbito restringido a cuyo interior se nos refiere, separando y escogiendo: πολλοὶ τῶν ἡγεμόνων, «muchos de los caudillos».

Este caso puede expresar también un valor de *pertenencia* (ἡ ἀγορὰ τῶν Ἀθηναίων, «el ágora de los atenienses»), de *pertinencia* (ἐστὶ τοῦ πολίτου, «es propio o tarea del ciudadano»), o de *cualidad* o *materia* (ἡ κόμη χρυσοῦ, «los cabellos de oro»).

Además de todo ello, el genitivo indica una apreciación de *estima*, de *valor*

y de *precio* (ἡ ἀξία τῆς μιᾶς δραχμῆς, «el valor de una dracma»), de *medida* (ἡ ὁδὸς τετάρων σταδίων, «el camino de cuatro estadios de longitud») y de *origen* (ὁ ἄνθρωπος τῆς γηγενῆς, «el hombre de la estirpe»).

A todas estas funciones del genitivo *propriamente dicho* se añaden las heredadas del ablativo indoeuropeo: en general, el concepto de *derivación* y de *procedencia*. De ahí que en griego se expresen también en genitivo el lugar de donde se viene, el complemento agente y el complemento de materia, precedidos de determinadas preposiciones.

• **El dativo**, δοτικὴ πτῶσις, es el caso que sirve para indicar *dónde* van las cosas.

Indica al destinatario de la acción expresada por el verbo, aquello hacia lo que se va o con lo que nos tropezamos. Su valor original, del que toma su nombre, va unido al concepto de *dar* y, por extensión, expresa para quién o para qué se ejecuta una acción. En nuestro idioma se traduce por el complemento indirecto: τῇ στρατιᾷ, «al ejército».

A estos valores sintácticos propios del dativo se suman los del locativo y los del instrumental indoeuropeos, dos casos *concretos* en extremo.

Se expresan pues en dativo, por medio de preposición, el lugar *en donde* (τῇ νήσῳ, «en la isla»), *el tiempo determinado* (τῇ ἡμέρᾳ, «de día») y también el *medio*, el *modo*, la *compañía* y la *causa eficiente*.

Por último, el griego prevé una construcción muy singular con el empleo de este caso llamada *dativo posesivo*: aparece en ella el verbo *ser*, mientras que la persona que «posee» se expresa en dativo (que al ser traducido en nuestra lengua se convertirá en el sujeto de la frase). Esta forma está presente también en latín y se la llama *sum pro habeo*, literalmente «yo soy en vez de yo tengo».

Por ello, en griego nos encontraremos εἰσιν μοι δύο παῖδες, «dos hijos son para mí», en dativo, o sea, traducido en nuestro idioma, «yo tengo dos hijos».

El orden en el que una lengua prevé la disposición sintáctica concreta de las palabras en el interior de la frase se llama, utilizando la correspondiente expresión latina, *ordo verborum*: el orden de palabras.

El sistema de los casos del griego antiguo, capaz de indicar sin matices la función concreta de cada palabra, produce un espectáculo formidable:⁽⁷⁾ el orden de palabras en la frase no tiene un valor lógico concreto, como sucede en nuestra lengua, sino solo expresivo, y por tanto del todo personal. En griego el orden de palabras es libre, absoluto, exento de toda obligación sintáctica. No obstante, las palabras accesorias se ponen *casi* siempre detrás de la

palabra principal y las palabras relacionadas entre sí por su significado se encuentran *casi* siempre juntas. Por el contrario, algunas palabras vinculadas entre sí por el sentido a veces están dissociadas, *alejadas* unas de otras en el texto, por voluntad del escritor, que desea producir determinados efectos expresivos.

En general, pues, existen en griego antiguo maneras más o menos recurrentes, *previsibles*, de agrupar las palabras en sus distintos casos dentro de la frase. Pero el griego no impuso nunca a sus hablantes una única posibilidad obligatoria de poner en fila las palabras prohibiendo cualquier otra.

Sobre todo, nunca un orden en particular sirve para expresar una función sintáctica: cada palabra griega que leemos hoy en los textos se encuentra justo *ahí* —y no *en otro sitio*— por una voluntad expresiva concreta del escritor. Una voluntad, pues, individual y una elección en todo punto irrepetible. Y eso sucede precisamente por la singular manera en que la lengua griega usa su sistema de casos. Una ordenada anarquía de las palabras. Una libertad de significado expresivo —desligada de toda función puramente sintáctica o lógica— sin igual. En ninguna otra lengua flexiva —ni en latín ni en sánscrito— el orden de las palabras es más libre y por lo tanto más *privado* que en griego antiguo. Gracias a esa excepcional libertad, la lengua griega ha conseguido esa agilidad y ese *dramatismo* —en el sentido de vida, de sinceridad— que tanto nos seducen (y tanto nos atormentan) leyendo las obras de los grandes autores. Piénsese en un denso diálogo de Platón, en la tensión del coro en una tragedia de Sófocles, o en el dolor de amor encerrado en un verso de Safo.

En resumen, el griego antiguo, lengua de la multiplicidad de los casos y de las mil anomalías, ha conservado la esencia más íntima del indoeuropeo: una flexión de las palabras tan rica y portadora de significado que permite que cada palabra tenga su autonomía dentro de la frase, *se encuentre donde se encuentre*. En griego la libertad es absoluta y por eso cada palabra puesta al lado de otra tiene un valor expresivo, estilístico: *parlante*. Porque también el orden en el que las palabras, debidamente declinadas en sus casos, son dispuestas dentro de la frase es un medio a través del cual la lengua nos habla, nos quiere decir *algo*; a nosotros que en nuestra lengua, en italiano o español, estamos obligados a escribir, hablar y por consiguiente a pensar respetando un *ordo verborum* concreto, rígido, pero fundamental *para entender y para hacernos entender*.

Nuestra lengua ha perdido las desinencias de los casos, pero no los «casos», los papeles sintácticos desempeñados por las palabras dentro de una frase. En el enunciado *il libraio loda il ragazzo* («el librero elogia al muchacho»), *il libraio* («el librero») es el sujeto, *loda* («elogia») es el predicado verbal, e *il ragazzo* («el muchacho») es el complemento directo. En cambio, si la frase fuera *il ragazzo loda il libraio* («el joven elogia al librero»), *il ragazzo* («el muchacho») sería el sujeto, *loda* («elogia») seguiría siendo el predicado verbal, pero *il libraio* («el librero») pasaría a ser el complemento directo.^[5]

Si quisiéramos expresar la misma frase en griego, *il libraio loda il ragazzo*, sería el sistema de casos el que determinaría que las relaciones sintácticas entre sujeto y complemento directo siguieran siendo las mismas: las palabras podrían adoptar el orden \acute{o} βιβλιοπώλης ἐπαινεῖ τὸν νεανίαν **o** bien ἐπαινεῖ τὸν νεανίαν \acute{o} βιβλιοπώλης, **o** bien incluso τὸν νεανίαν \acute{o} βιβλιοπώλης ἐπαινεῖ, sin que el significado del enunciado cambiara ni una coma. Esto es así porque en griego las funciones sintácticas de sujeto y complemento directo son expresadas por las desinencias de los casos *nominativo* y *acusativo*, sin importar su posición dentro de la frase.

Para entender el mecanismo de la lengua griega (y esperando no complicar las cosas demasiado, ya que las matemáticas no son el punto fuerte del liceo clásico) podríamos tomar en préstamo una regla de las matemáticas, la de la *propiedad conmutativa*. Como en la suma y en la multiplicación, el resultado no cambia alterando el orden de los factores ($2 + 3 = 5$ o $3 + 2 = 5$); del mismo modo, en la frase griega alterando el orden de las palabras el resultado, esto es el sentido, no cambia.

En cambio, en nuestro idioma, italiano o español, esta regla no vale; la función de las palabras es expresada por la sintaxis, su posición respecto al verbo: el orden de palabras no puede alterarse sin modificar todo el significado de la frase. Intentemos ahora dar un paso más, añadiendo a nuestra frase otro elemento. Digamos pues, *il libraio loda la saggezza del ragazzo* («el librero elogia la prudencia del muchacho»). En este caso *la saggezza* («la prudencia») es el complemento directo, mientras que *del ragazzo* («del muchacho») es el complemento determinativo, aparte del verbo *loda* («elogia») y del sujeto *il libraio* («el librero»). De nuevo en una frase italiana o española el significado viene dado solo por el orden de palabras: *la saggezza* («la prudencia») es propia *del ragazzo* («del muchacho»). Pensemos

en una frase un poco más *ambigua*, como por ejemplo *ho smarrito la giacca a casa di Lorenzo* («me he dejado la chaqueta en casa de Lorenzo»): alterando el orden de las palabras, el complemento determinativo *di Lorenzo* («de Lorenzo») podría referirse a *la giacca* («la chaqueta») o la *casa*, según lo que estuviera pensando el hablante.

En definitiva, el significado del enunciado italiano o español depende por completo de la sintaxis y del orden de las palabras, puestas al lado de una o bien al lado de otra.

En griego antiguo, la frase *il libraio loda la saggezza del ragazzo* («el librero elogia la prudencia del muchacho») podría decirse, entre otras maneras, todas ellas absolutamente libres, de la siguiente: ὁ βιβλιοπώλης τὴν τοῦ νεανίου σωφροσύνην ἐπαινεῖ. El verbo se encuentra, pues, al final del enunciado, el sujeto al principio, el complemento directo en medio y la especificación determinativa τοῦ νεανίου, *del ragazzo* («del muchacho»), justo *dentro* del término al que se refiere (τὴν σωφροσύνην, *la saggezza*, «la prudencia»). Y esa es la llamada *construcción en puente* de las palabras griegas, que resulta utilísima recordar para orientarnos en la traducción: lo que está en medio se refiere a lo que está a uno y otro lado, creando a través de los artículos y las desinencias una conexión interna similar a un *punte de sentido*.

Una noche, a medio camino entre el invierno y la primavera, me encontraba en un bar de Milán con un querido amigo y maestro mío (no de griego, sino de la vida).

El tabú lingüístico

Por supuesto, existen palabras que simplemente no se pueden decir; y no se trata de ejercicios de clase que uno se salta con mil pretextos: se trata de los llamados tabúes lingüísticos.

«Tabú» (en su origen *tabu*, sin acento) es una palabra polinesia que designa lo que es sagrado y por consiguiente está prohibido. En el uso común, el término alude a todas las esferas de la existencia humana objeto de interdicción (de *hacer*, pero también de *decir*).

Por tabú lingüístico se entiende, pues, el veto de pronunciar las palabras relativas a cosas o personas prohibidas, es decir, convertidas en tabú. Pueden ser nombres de animales, plantas, comportamientos y acciones que, en una determinada civilización, están cargados de un valor sacro, de un temor reverencial, de un fuerte pudor —y, de manera más general, de un miedo irracional— y que no pueden mencionarse en el discurso. Por consiguiente, estos términos son sustituidos por otros, llamados *eufemismos* (del griego εὐφημέω, «pronunciar palabras de buen augurio» y por ende «evitar palabras de mal augurio»), o por *perífrasis* (del griego περιφράζω, «decir por medio de un

rodeo verbal»).

Debido a su naturaleza puramente social, los tabúes lingüísticos cambian de una civilización a otra y según las épocas históricas: pensemos, por ejemplo, en todas las palabras relacionadas con la sexualidad humana impronunciables hasta hace medio siglo.

¿Algunos ejemplos? En árabe la lepra se llama «bendita enfermedad» y el ciego es el «hombre de vista aguda». En latín el lecho de muerte se llama *lectus vitalis* o «lecho de vida».

La historia de algunas palabras sujetas al tabú lingüístico es realmente curiosa.

La ciudad de Benevento, en Irpinia, se llamaba en su origen *Maleventum*, «viento malo», debido a las corrientes de aire; cuando los romanos la conquistaron en el 268 a.C., cambiaron su nombre por *Beneventum* para que no fuera de mal augurio.

El viento de bonanza se llamaba en latín *malacia*, del griego ἡ μαλακία, «viento sereno, suave». No obstante, una vez perdida la sensibilidad lingüística, se pensó que *malacia* procedía de *malus*, «malo», y por superstición típicamente marinera este viento se convirtió luego en *bonus*, «bueno»; de ahí la *bonanza*, que sopla propicia sobre el mar de todas las lenguas romances.

Por último, en algunos pueblos hay palabras que no se pueden decir de ninguna manera: entre los inuit de Groenlandia no se puede pronunciar el nombre de los glaciares; entre los aborígenes de Australia el nombre propio de las personas difuntas; por no hablar de la prohibición que existía en China de escribir el nombre del emperador, donde en su lugar se utilizaban signos gráficos sustitutivos.

Una de las palabras más curiosas es la que designa al oso en las lenguas germánicas y eslavas: el animal era tan terrible para estos pueblos que ni siquiera podía ser pronunciado por miedo a que saliera del bosque al sentirse *nombrar*, esto es, *llamar por su nombre*. Por eso en alemán «oso» se dice *Bär* y en inglés *bear*: ambas palabras significan «el gris», por alusión al pelaje de este animal indecible. En las lenguas eslavas, como por ejemplo en ruso, «oso» se dice *medved*, que literalmente significa «comedor de manzanas», con la esperanza de que sea vegano y no se dedique a dar dentelladas a los seres humanos.

¿Y qué decir del uso en nuestra lengua de expresiones *políticamente correctas* como «tallas cómodas», «planes de reducción de personal» (en vez de *despidos*), hasta los conocidos «efectos colaterales» para fingir que no se ven y por lo tanto no dar ni siquiera expresión a las matanzas de civiles durante las operaciones de guerra?

La circunstancia era sin duda feliz: estábamos brindando con champán por los éxitos de nuestras respectivas vidas. Cuando aludí a este libro, se puso blanco. Solo con oír la palabra «griego» mi amigo perdió de golpe el buen humor, y lo invadieron los remordimientos y la necesidad irrefrenable de confesarme que se había saltado un examen sobre la tercera declinación en el instituto; hacía solo *treinta años*, pero en el cerebro de un exalumno de liceo clásico ese tiempo correspondía por un extraño efecto de *jet lag* a *anteayer*. Me contó entonces, compungido y con la cabeza gacha, peor que un desertor de guerra, que había logrado escapar de aquel temido control sobre los casos poniéndose enfermo durante un curso entero. Al final, mediante un extraño regateo —por lo demás, conocido a la perfección por todos los que han asistido al liceo clásico— de ruegos, súplicas, juramentos y promesas con el profesor, logró

pasar con impunidad de curso.

En efecto, animé a mi amigo y lo saqué del abismo de cadáveres en el armario —o, mejor dicho, en el cajón del pupitre del instituto— al que se había precipitado, invitándolo a otra copa de champán, y el recuerdo desgarrador del examen que se había saltado acabó ahí. Pero a la mañana siguiente, poco después del amanecer, recibí un sms: «Andrea, he tenido pesadillas toda la noche. La cuestión es que esa historia de los casos de las palabras griegas yo no la había entendido nunca muy bien».

Es natural, del todo natural y humano, dada la imposibilidad de establecer una correspondencia automática entre un único caso y un único significado, que ante el sistema de los casos griegos todo el mundo sienta incertidumbre y confusión; es el desconcierto provocado por el hecho de no estar seguros de haber entendido *realmente bien*. Es natural porque el griego no es nuestra lengua y nunca lo será. Nosotros, hablantes de italiano o de español, *sentimos y decimos el mundo* de manera distinta a los griegos, y por eso siempre nos veremos obligados a reflexionar, a pensar, al pasar de su lengua a la nuestra.

En primer lugar, dando clases de griego me he dado cuenta de cuánto se nos escapa y cuánto hemos olvidado, antes incluso de empezar, el propio italiano. Un conocimiento inexpugnable de la gramática, del análisis sintáctico y del periodo del italiano es fundamental para aprender no solo griego, sino cualquier otra lengua. De hecho, ¿cómo podríamos comprender en griego, pongamos por caso, un complemento de causa eficiente, un verbo en subjuntivo, una oración final, si ni siquiera sabemos qué son esas funciones sintácticas en nuestro idioma? Sin embargo, con demasiada frecuencia sucede que ni siquiera conocemos nuestra lengua, así que figurémonos lo que conoceremos de otra, sea *viva* o *muerta*. ¿Cuántas veces habré oído decir en estos años que he estado dedicada al griego: «¡Pero si ni siquiera sé qué quiere decir en italiano!»?

Además, el estudio de una lengua tan sintética como el griego —de una lengua que con *tan poco* es capaz de decir *tanto*— exige un conocimiento de la morfología, de la gramática y de las sintaxis del italiano o del español que desde luego no se puede dar por descontado en un chico o una chica de catorce años (ni tampoco en una persona de veinte, de treinta o de cuarenta). Así que para hacer frente al sistema de los casos griegos, mejor dicho para desafiárselo, es indispensable tener a mano un buen manual de nuestra lengua mucho más que el diccionario de griego en el que, si no se sabe ya de antemano qué buscar, se acaba por no encontrar nada. Y de ese modo, teniendo siempre

presente que nada —pero nada de nada— nos libraré del esfuerzo de tener que razonar cuando se trata del griego antiguo, unas cuantas indicaciones para manejar el sistema de los casos podrán resultarnos útiles.

En primer lugar, es importante tener en cuenta la naturaleza semántica de las palabras, lo que realmente quieren decirnos, yendo a buscar, por intuición, el significado adecuado. Por ejemplo, es probable que en un contexto de guerra se hable de soldados, estrategias, campamentos y tácticas militares; por el contrario, en un texto que habla del mar, encontraremos términos como proa, popa, remeros o velas desplegadas al viento.

Para entender el griego y su sistema de casos no hay que distraerse nunca. No hay que perder de vista una sola de sus palabras.

El artículo y su posición respecto al nombre al que se refiere es un aliado estupendo para manejarnos en el sistema de los casos griegos y en la libertad del orden de palabras; a diferencia del latín, que no posee artículos que ayuden al traductor a orientarse (para los que dicen que el latín es una lengua más *fácil* que el griego).

Los colores de los griegos

«¿De qué forma tan distinta veían los griegos la naturaleza si, como debemos admitir, sus ojos eran ciegos para el azul y el verde (en lugar del primero veían un marrón oscuro, y en lugar del segundo, un amarillo, pues designaban con una misma palabra, por ejemplo, el color del cabello oscuro, el del aciano, y el de los mares meridionales; y con una sola palabra también el color de las plantas verdes y el de la piel humana, el de la miel y el de la resina amarilla; de forma que sus mejores pintores, según los testimonios que poseemos, no supieron reproducir el mundo que les rodeaba más que con el negro, el blanco, el rojo y el amarillo)! ¡Qué diferencia y cuánto más cercana al hombre debía de parecerles la naturaleza, puesto que, a sus ojos, los colores del hombre predominaban en la naturaleza, y esta flotaba, en cierto modo, en el éter de los colores humanos!» Así se expresa Friedrich Nietzsche en el aforismo 426 de *Aurora*, meditando sobre la *rareza* cromática de los griegos antiguos.

Ya Goethe, en su *Teoría de los colores*, había observado que el léxico griego es *extraordinario*, fuera de toda norma. Tan distinto es del nuestro como su lengua. Sus asociaciones cromáticas eran tan insólitas que llevaron a algunos estudiosos de los siglos xviii y xix a asegurar que los griegos no *veían* los colores. Pero sí que los veían. ¡Y tanto que los veían! Solo que los expresaban de otra manera; por supuesto los ojos de los hombres son y seguirán siendo siempre los mismos.

Para los griegos los colores eran, ante todo, *vida* y *luz*; una experiencia completamente *humana* y no física, *óptica*, que no se relaciona con el espectro cromático del prisma teorizado por Isaac Newton.

En la *Iliada* y la *Odisea*, Homero nombra solo cuatro colores: el blanco de la leche, el rojo purpúreo de la sangre, el negro del mar, y el amarillo-verdoso de la miel y de los campos.

Negro, μέλας, y blanco, λευκός, designaban la oscuridad y la luz (la palabra latina *lux*, «luz», tiene la misma etimología que este color en griego). Y era precisamente de la mezcla de luces y sombras como, según los griegos, se formaban los colores.

El griego ξανθός designa un color que va del amarillo al rojo y al verde: verde ceniza, tal vez podríamos decir. Su tonalidad es la calidez del grano maduro, pero también la de los cabellos rubísimos de los héroes homéricos, e incluso la de la luz rojiza del fuego ardiente que ilumina la noche o la del sol anaranjado y redondo del atardecer.

El adjetivo πορφύρεος significa «agitado», «en continuo movimiento», «hirviente», llegando a designar el color *púrpura* que va desde el rojo como la sangre hasta los confines del azul; πορφυρέυς es el «pescador de púrpura», ya que los tintes eran producidos con el jugo extraído de ciertas conchas y luego elaborado a mano por tintoreros expertos.

El color κυάνεος, cian, indica un color azul tan genérico que fluctuaría entre el celeste y el rojo oscuro, y llegaría incluso hasta el negro de la muerte.

Y mi color griego preferido, γλαυκός, *glauco*, significa ante todo «brillante», «reluciente», «rebosante de luz», precisamente para definir el mar que crepita de luz. Glaucos son los ojos de Atenea, «claros como los de una lechuza», de color cerúleo, azul, gris-azulado.

Fue William Gladstone, ilustre homerista y político inglés, uno de los primeros que insistió en la impresión *luminosa* de los colores griegos. En siglos anteriores, notando precisamente las mismas *rarezas* lingüísticas de la definición cromática en otros pueblos e incluso en la Biblia, se había desencadenado un acalorado debate sobre la posibilidad de que los antiguos vieran fisiológicamente —en lo que respecta incluso a la retina— los colores menos de lo que son capaces de verlos nuestros ojos, hasta tal punto que se llegó a hablar de la *ceguera de los griegos*.

Las teorías de Darwin primero y los estudios de fisiología y medicina después demostraron sin ningún género de duda lo contrario: los griegos veían el mar, los campos, el cielo, o los paisajes del mismo color que nosotros; o quizá de un color más hermoso, pues sentían la necesidad de expresarlo de otra manera, de una forma privada.

En definitiva, los antiguos griegos daban a cada color otro significado, un *sentido de luminosidad*, de *gradación de claridad*. Veían la luz y *coloreaban* su intensidad; así el cielo es bronceo, ancho, estrellado, nunca es solo azul, y los ojos son glaucos, *chispeantes*, nunca solo azules o grises.

También los pronombres, *esas palabras que hacen las veces de nombre*, son fieles compañeros de viaje hacia el significado general de la frase, porque siempre tendrán que referirse a alguien o a algo.

Además, es probable que un verbo de movimiento vaya siempre acompañado del lugar hacia el que alguien está dirigiéndose: estará en genitivo si se trata de un lugar de donde («de Atenas»), en dativo si es un lugar en donde («en Atenas»), o en acusativo si se trata de un lugar hacia donde («a/hacia Atenas»).

Por último, en caso de duda o de incerteza, no hace falta ser un filólogo experto. El griego ya está hablándonos, aunque sea a su manera. Cuando no se sabe a qué complemento recurrir en la traducción, basta recordar la idea de fondo en la que se basa cada caso, y a partir de ahí evaluar, cada vez que nos aparezca, su naturaleza aplicada a la palabra que debemos traducir y hacer

nuestra. El *nominativo* es siempre el caso del que habla, del sujeto; el *genitivo* indica la idea del movimiento inicial, un genérico y multiforme «de» o «desde»; el *dativo* expresa la idea de dar, una preposición «a», o de estar, «en»; el *acusativo* es el dedo apuntando hacia el objeto del que se está hablando. Como me ha dicho riendo una amiga, helenista también, «querría un mundo más en dativo y menos en acusativo».

Todas las lenguas indoeuropeas, perdida ya la brújula de la civilización de la que han sido palabra y voz, han reducido el sistema de los casos hasta eliminarlo por completo.

Desde la época de la κοινή, también el sistema de la flexión griega ha experimentado un proceso de simplificación o de reducción de los casos por parte de los hablantes (hablantes no ya solo griegos, sino pertenecientes a un vastísimo imperio como el *helenístico*). En el siglo III a.C., muchas palabras empezaron a sonar raras, difíciles, y las anomalías de sus casos se hicieron demasiado graves, hasta parecer *errores*. Por eso fueron *corregidas* y reconducidas al modelo más sencillo, el estándar del masculino λόγος. Encontraremos así un nominativo singular más sencillo, γέροντας, «el anciano», derivado del acusativo γέρονταν en lugar del clásico, pero ya incomprensible, γέρον.

Además, en virtud de un proceso que encontramos en casi todas las lenguas hasta el latín medieval y por ende también en italiano o español, la función de los casos fue suplantada por el recurso cada vez más frecuente de las preposiciones. Por ejemplo, si en griego clásico el verbo πείθω, «creer en», «tener fe en», iba seguido del dativo, aparece después para facilitar la comprensión seguido de la preposición ἐπί, «en». Por lo demás, el caso dativo desaparece por completo a partir de la Edad Media.

La existencia de una lengua literaria culta y de la tradición más sólida del mundo entonces conocido escondió —o retrasó— durante mucho tiempo la evolución del griego en los textos escritos y por consiguiente en los hablantes. Los griegos no debieron de darse mucha cuenta de los cambios en la lengua que usaban a diario; esos cambios que a nosotros nos cuesta trabajo reconstruir hoy día o solo percibir por el espejo retrovisor de la historia del griego.

Con el paso de los siglos, casi todas las lenguas indoeuropeas muestran un debilitamiento de la sílaba final de las palabras, hasta su desaparición

definitiva en las distintas lenguas nuevas que fueron formándose. Por ejemplo, el número latino *unum* se convierte en el francés *un*, en el italiano y español *uno*, en el portugués *um*. Sin embargo, como hemos visto, el griego antiguo poseía un acento característico que no permitió a los hablantes cortar —*romper*— las palabras. Por consiguiente, la gramática del griego antiguo se simplificó sin dejar ninguna señal tangible, porque casi todas las sílabas finales se conservaron.

Esa *resistencia* de la lengua dependió, por tanto, sobre todo de la pronunciación, que siempre continuó *diciendo* las palabras de la misma manera, sin debilitamiento alguno de las vocales finales. Así, en griego moderno encontramos todavía la palabra φίλος, «amigo», y ήμερα, «día», exactamente igual que las habríamos encontrado en griego antiguo, con todas las letras en su sitio, ni una más ni una menos. Los franceses, los italianos y los españoles se dieron cuenta ya en el siglo X d.C. de que, al perder las sílabas finales del latín, las palabras habían evolucionado hasta tal punto que sus lenguas eran *diferentes y distintas*.

El griego, en cambio, siempre tuvo un desarrollo gramatical continuo y silencioso, *interno*, sin ninguna fractura o revolución. Ni siquiera en el sistema de los casos. La lengua griega moderna, la Νέα Ελληνικά, sigue teniendo cuatro casos en la declinación de las palabras: aunque ha desaparecido el dativo, seguimos encontrando el nominativo, el vocativo, el acusativo y el genitivo (poco utilizado en plural). Precisamente por esa continuidad lingüística, incluso en el complejo sistema de las declinaciones, única en el panorama de las lenguas modernas, los griegos nunca han tenido conciencia de que se haya producido el paso de un griego antiguo a un griego moderno, si es que alguna vez lo ha habido.

En conclusión, gracias a su sistema de casos y a la libertad del orden de sus palabras, el griego, tanto *antiguo* como *moderno*, es una lengua que cuando habla *piensa*, y *piensa* también cuando escribe. Siempre.

UN MODO LLAMADO «DESEO». EL OPTATIVO

*Si me dices por qué el pantano
parece infranqueable, entonces te
diré por qué pienso que
puedo atravesarlo si lo intento.*

MARIANNE MOORE, «Puedo, podría, debo»

Deseo. *Desiderio* en italiano. En francés *désir*, en portugués *desejo*. Del latín *desiderium*, palabra formada a partir de *de-sidera*, la preposición que indica proveniencia, lejanía, y «estrellas». Clavar la mirada en una cosa o una persona que atrae, como de noche clavamos los ojos en los jeroglíficos de las estrellas.

Alejamiento, es decir, apartar la mirada, dirigirla a otra parte. Las estrellas ya no se ven. Faltar. Clavar el pensamiento entonces en una cosa o una persona que no se posee y que se anhela. O sea, desear.

En griego antiguo todo esto se dice en modo optativo. Como en este fragmento de Arquíloco:

Εἰ γὰρ ὡς ἐμοὶ γένοιτο χεῖρα Νεοβούλης θηγεῖν
καὶ πεσεῖν δρήστην ἐπ' ἄσκον κατὰ γαστρί γαστέρα
προσβαλεῖν μηρούς τε μηροῖς.
«¡Ay, si me fuera posible tomar así a Neobule de la mano...!
¡ [...] y caer sobre su odre dispuesto a la faena y acoplar
vientre sobre vientre y muslos con muslos!»[\(8\)](#)

El griego antiguo concebía y representaba a través de la lengua la realidad de una manera del todo distinta a la nuestra también gracias al gran esmero usado a la hora de elegir los modos verbales. En nuestro idioma el *grado de realizabilidad* (y por lo tanto de *deseo*) de una acción es por completo independiente de los modos verbales utilizados y se expresa a través de adverbios y locuciones; un montón de palabras, quizá demasiadas, para decir o no decir qué pensamos. En griego antiguo, en cambio, cada acción humana

era evaluada a partir de su *grado de realidad*: a cada *grado* le correspondía un modo verbal específico escogido por el hablante. Así pues, un verbo, más allá de su valor sintáctico dentro de la frase, indicaba siempre *objetividad* si era conjugado en modo indicativo, o *voluntad/eventualidad* si era conjugado en modo subjuntivo o en modo optativo. Αναβίωην νυν πάλιν, «¡Antes volvería a la vida!», dice un personaje de Aristófanes en *Las ranas*, 177.

En griego antiguo solo el que habla evalúa la vida y es quien da una medida de ella, escogiendo con libertad el *modo verbal* con el que va a representársela a sí mismo y a los demás: vida verdadera, concreta, objetiva, o bien eventual, subjetiva, en entredicho. Posible o imposible. Deseo realizable o irrealizable.

He aquí un esquema de los *grados de realidad* a través de los cuales el griego antiguo evaluaba los acontecimientos de la vida, que nos permite comprender cómo se situaba ante ellos a través de la elección de los modos verbales. Para entenderlo es preciso rascar la superficie y comprender su sentido en nuestra lengua; el ejemplo escogido va de mar. Y nosotros, obligados a rompernos los cuernos con el griego antiguo, no tenemos más remedio que convertirnos en *buzos de significado*.

Opuesta, pero al mismo tiempo idéntica a la realidad es la irrealidad: lo que nunca ha sido o nunca será tiene el mismo grado de objetividad y de imparcialidad que lo que ha sido o lo que será. Ambas percepciones *objetivas* del hablante eran expresadas en griego por el inequívoco modo indicativo, sin titubeos. La primera y la última frase incluidas en el recuadro que encontramos a continuación, «querría navegar por mar», expresan realidad e irrealidad; en nuestro idioma no hay diferencia lingüística alguna entre el grado de las acciones, confiadas al juicio del hablante. Las palabras escritas o pronunciadas son las mismas, idénticas; es en la intimidad del que habla, cuando cada uno echa cuentas en su fuero interno, cuentas imparciales también *lingüísticamente*, cuando madura la decisión de zarpar o de no zarpar; y de ese modo la acción resulta posible o imposible.

Nuestra lengua no tiene modo alguno de distinguir la realidad o la irrealidad de los hechos expresando un puro y simple *deseo*; todo depende de nosotros, solos por la mañana delante del espejo, y de la integridad de nuestras palabras (para quien sepa lo que quiero decir; los demás que tengan paciencia).

Entre realidad e irrealidad se insinúan en griego dos grados subjetivos de

realidad, estrictamente dependientes de la manera de ver el mundo y de expresarlo por medio de palabras que tiene el que habla: la *eventualidad* y la *posibilidad*.

La *eventualidad* es la posibilidad concreta de que una acción se cumpla; en griego antiguo se expresa en subjuntivo. En nuestra lengua la eventualidad real se expresa con el condicional, de ahí la expresión latina *conditio sine qua non*, que es el punto fijo, el punto de partida, para que algo se realice de verdad. Por este motivo, en el esquema reproducido en la página siguiente, la segunda frase «querría navegar por mar» indica que todo está listo y existe en una eventualidad concreta de cumplimiento de la acción: no hay más que esperar que sople viento favorable, desplegar las velas y zarpar.

Los grados de realidad

REALIDAD

objetividad de la acción

«Querría navegar por mar» / «Quiero navegar por mar»

... mi barca está atracada en el muelle, estoy listo para zarpar

modo indicativo en griego

EVENTUALIDAD

subjektividad de la acción

«Querría navegar por mar» / «Podría navegar por mar»

.. mi barca está atracada en el muelle, estoy listo para zarpar, si el viento fuera favorable.

Esperemos que mañanamejore el tiempo.

modo subjuntivo en griego

POSIBILIDAD

subjektividad de la acción

«Querría navegar por mar» / «Podría navegar por mar»

.. mi barca está atracada en el muelle, pero no sé navegar. Tengo que aprender, armarme de valor, arriesgarme, esperar que sople el viento y partir. Sé que el barco luce precioso estando seguro, pero no está hecho para eso.

modo optativo en griego

IRREALIDAD

objetividad de la acción

«Querría navegar por mar» / «Habría querido navegar por mar»

... no tengo barca, me mareo, vivo en la montaña y no tengo la menor intención

La *posibilidad*, en cambio, es una proyección del hablante, de sus deseos, de sus intenciones, incluso de su amor, a través del uso de la lengua. En griego era expresada por el optativo desiderativo, el más personal y el más íntimo de los modos verbales. En nuestra lengua su traducción es complicada, difícil y a menudo nos resulta incómoda, al obligarnos a tener en cuenta *deseos no nuestros*. En la tabla anterior, la tercera frase, «querría navegar por mar», indica un deseo del hablante, cuya capacidad de realización no depende ni del viento adecuado en las velas ni de la mercancía ni de la bodega. Expresa, por el contrario, las cuentas que se ve obligado a echar el hombre al mirar su deseo reflejado en el mar y cuánto valor tendrán su coraje y su fuerza en la libre elección de levar anclas, dejarlo todo y marchar, o bien de tener miedo y quedarse.

La línea que separa un deseo realizable de un deseo imposible es finísima, delicada, fiada toda ella a la responsabilidad humana de quien se expresa por medio de palabras y que traduce esas palabras en hechos. La medida del hecho de que, tanto en la vida como en la lengua griega, el *deseo* pase de posibilidad a eventualidad y luego a realidad, o por el contrario se difumine para siempre en la irrealdad, se halla contenida en su totalidad en el modo optativo.

La palabra «optativo» deriva del verbo latino *optare*; significa «desear», «confiar», «esperar». Por su etimología, este modo verbal único que posee el griego se llama también *desiderativo*.

Como todos los demás rastros de elegancia irrepetible, también el optativo llega a la lengua griega procedente del indoeuropeo. Pero a diferencia de todas las lenguas que derivan de él, solo el griego (junto con las lenguas indias y persas) ha elegido conservar la distinción entre los modos indicativo, subjuntivo y optativo, infinitivo e imperativo.

El uso del optativo para expresar tanto el deseo como el pesar está atestiguado ya en el griego antiguo de Homero (aunque no siempre se distinga entre lo realizable o lo irrealizable del deseo):

Εἴθε οἱ αὐτῷ

Ζεὺς ἀγαθὸν τελέσειεν, ὃ τι φρεσὶν ἦσι μενοινᾶ.

«¡Quiera Zeus cumplirle aquel bien que en su pecho desea!»⁽⁹⁾

Todos los autores clásicos, desde Platón a Tucídides, desde Sófocles a Aristófanes, utilizan sin miedo el optativo para expresar un deseo posible,

mientras que los tiempos históricos del indicativo indican un deseo imposible.

En resumen, el optativo es el modo verbal que permite a los escritores griegos realizar puntos de vista delicadísimos; un modo único en todas las lenguas del mundo. Dos polos y dos colores de la lengua griega: blanco y negro, real e irreal. En medio, todo el espectro cromático de las elecciones del ser humano.

La difuminación de un deseo desde la realidad a la irrealidad se expresa en griego también mediante las modalidades de formulación de las hipótesis. Se trata del llamado *periodo hipotético*, formado por la *prótasis* (del griego προτείνω, «anteponer»), la premisa, o lo que es lo mismo, la condición para que se realice lo que se expresa en la oración principal; y por la *apódosis* (del griego ἀποδίδωμι, «devolver»).

Realidad y eventualidad se expresan con el presente de indicativo y de subjuntivo, respectivamente. La posibilidad y la irrealidad, en cambio, se expresan con el pasado, en optativo y en indicativo.

No, la evaluación lingüística del *grado de realidad* de las vicisitudes humanas no es cuestión de suerte, de fortuna, de destino, de horóscopo o, peor aún, de la casualidad. Tanto más si tenemos en cuenta el refinamiento del griego antiguo. Para ser claros: si las probabilidades de que una acción ocurra son buenas, el griego usa el subjuntivo; si no lo son, usa el optativo.

Lo que separa las probabilidades y las elecciones lingüísticas son la voluntad del hablante y el escenario de las condiciones externas.

La frase «podría soplar lebeche», en caso de ser pronunciada en la Terrazza Mascagni de Livorno una noche en la que hace el típico viento que «despeina el alma», expresa grandísimas posibilidades de que ese suceso ocurra; el griego antiguo emplearía el subjuntivo. La misma frase pronunciada en un desolado páramo nórdico se refiere a un acontecimiento muy remoto y, por tanto, como siempre, muy echado de menos y muy deseado; el griego antiguo emplearía el optativo. En cambio, si el lebeche ya estuviera soplando, el viento sería una realidad, de modo que la frase sería expresada en el presente del modo indicativo. Si nos encontráramos en un desierto, el viento que «toma prestado el ruido del mar» sería imposible, una irrealidad, y por lo tanto sería contado en griego con el pasado del modo indicativo.

Εἶθ' ὡς ἠβώοιμι βίη τέ μοι ἔμπεδος εἶη,
ὡς ὄθ' ὑπὸ Τροίην λόχον ἤγομεν ἀρτύναντες.

«¡Ojalá tuviera la edad y la gran fortaleza
que en los campos de Ilión, cuando fuimos a hacer la emboscada!»

Así suspira Ulises en los versos 468-469 del canto XIV de la *Odisea*, y para ello escoge el optativo: la naturaleza de su deseo, la fuerza dada por la nostalgia, la tenacidad que nace de la fatiga es expresada por el valor del modo verbal.

Este es el canto de Eumeo, el fiel porquero que ha amado siempre a Ulises como a un hijo. Cuando llega por fin a Ítaca, curtido después de tanto combatir y tanto viajar, Ulises se entera por su servidor de que en toda la isla se da por muerto a su rey, como si hubiera caído durante la guerra de Troya (Ilión), y de que unos viles usurpadores, los pretendientes, aspiran a ocupar su trono y el lecho de su esposa, Penélope. Ulises querría sentir que se enciende en él la misma fuerza y el mismo deseo de guerra que había experimentado veinte años antes, ante los muros de Troya, pero el largo viaje y las muchas fatigas han dejado cicatrices en su ánimo y en su cuerpo. Cuando Eumeo le pregunta por su verdadera identidad, Ulises prefiere mentir, haciéndose pasar por un mendigo cretense. Por último, los dos comparten la cena y el pobre Eumeo entregará a su rey, al que no reconoce, una manta para protegerse del frío de la noche.

Si la oración estuviera desligada de su contexto y de todo lo que sabemos, nunca llegaríamos a interpretarla en profundidad, como una pintada en una pared de cualquier estación dedicada a un amor que ya no existe, o tal vez sí. En cambio, conocemos el *deseo* de Ulises y cuál es la fuerza solicitada a los dioses para afrontar el largo viaje desde Troya hasta la patria (sabemos todo esto solo porque hemos leído la *Odisea*).

Si no conociéramos nada de las aventuras de Ulises por el Mediterráneo, solo la frase «¡Ojalá tuviera la edad [juvenil]...» en nuestra lengua no nos diría nada de su deseo de recuperar lo que le corresponde por derecho, echando a los usurpadores del trono de Ítaca. En realidad, podría referirse a un viejo lleno de pesar, a un hombre desilusionado de la vida, a un cualquiera que regresara de la guerra de Troya.

Nada daría a entender que ese *deseo* es una **posibilidad** a punto de convertirse en **realidad**: tras diez años de viaje y diez de guerra, Ulises está por fin en Ítaca, oculto bajo los ropajes de un prófugo, dispuesto a recuperar su reino y a su esposa; en definitiva, su vida.

La interpretación de lo que dice el griego valiéndose solo del modo verbal queda toda en manos del traductor, de su sensibilidad, de la ardua tarea de

descifrar los deseos ajenos a la que lo invita la lengua griega. Harán falta, pues, más palabras para reproducir el optativo en nuestra lengua, o quizá menos; la diferencia es solo de forma, no de contenido.

Podemos hacer que el optativo de la frase salga de nuevo a flote en nuestra lengua con expresiones como «¡Cuánto me gustaría tener la edad [juvenil]!», «¡Ojalá fuera joven como antaño, cuando declaramos la guerra a Troya!», todo para expresar el deseo de Ulises, que ansía concluir el viaje de regreso, su νόστος, y recuperar su lugar en el trono de Ítaca, junto a su esposa Penélope y su hijo Telémaco.

Οὐ γὰρ ἔχει ἔρωτα Ἄρης, ἀλλ' Ἔρως Ἄρη [...] τῶν ἄλλων κρατῶν πάντων ἂν ἀνδρειότατος εἴη.

«Pues no es Ares quien domina al Amor, sino el Amor a Ares [...] y si [el Amor] domina al más valiente de los demás, ¿no sería necesariamente el más valiente de todos?»[\(10\)](#)

¡Y si tan solo el sentido del optativo fuese más claro!, añado yo.

Singular contrapaso, singular permuta que nos depara el estudio de las lenguas antiguas; el modo verbal más íntimo del griego antiguo, nacido para expresar el *deseo*, suscita por lo general *espanto* en cuantos se topan con él al traducir los textos. Siempre me he dado cuenta de que es enseñado, sí, pero casi nunca es explicado. No basta decir que el griego poseía cuatro modos verbales —indicativo, imperativo, subjuntivo y optativo— y añadir un recuadro con la pretensión de captar el sentido de una lengua. *Sobre todo* si esa lengua dispone de un modo de pensar del que nosotros no estamos provistos. *Sobre todo* si posee algo más que en nuestra lengua falta. *Sobre todo* si esa lengua es bellísima; y el griego antiguo es una lengua maravillosa.

Será que en la vida —y no solo en la académica— creo con firmeza en el valor de la *curiositas* a la latina (bien lejos de la curiosidad del cotilleo o del entrometimiento de la *curiosidad* a la italiana). Las ganas de aprender para conocerse a uno mismo y para conocer el mundo, como hacen los niños que piden siempre cuentas del *porqué* de todo. La necesidad de hacer preguntas ante todo lo que no cuadra, ante lo que parece raro o extraño. La hermosa fatiga de preguntar siempre, a los estudios, a la lengua, a los seres humanos, a la vida. Así es como se aprende, en mi opinión.

Nostos

La palabra que expresa uno de los deseos humanos más lacerantes, la *nostalgia*, parece de origen

griego, pero en realidad no lo es. *Nostalgia* se ha formado a partir de los términos griegos νόστος, «el regreso», y ἄλγος, «el dolor», «la tristeza», y expresa el deseo melancólico de volver a casa, a los lugares en los que se ha pasado la niñez y en los que se encuentran las personas y los objetos que más se quieren, pero es una palabra completamente ajena al mundo griego. La palabra fue acuñada en 1688 por un estudiante de medicina alsaciano, Johannes Hofer, que se licenció en la Universidad de Basilea con una tesis titulada *Disertación médica sobre la nostalgia*. Durante años el joven se había dedicado al estudio médico del desconcierto emotivo experimentado por los mercenarios suizos al servicio del rey de Francia Luis XIV, obligados a permanecer durante años lejos de los valles y de las montañas de su patria y a menudo aquejados de un mal indefinido que los empujaba a la muerte si no volvían a casa.

Desde entonces, el neologismo griego *nostalgia* se difundió en las demás lenguas europeas para expresar el sentimiento de tristeza y lejanía de la tierra que se ama, melancolía que en francés se llama *mal du pays*, y en alemán *Heimweh*. Además, el alemán tiene una palabra hermosísima que no posee nuestro idioma; hermosísima para quien sabe comprender esa extraña añoranza. La palabra en cuestión es *Fernweh*, compuesta de «dolor» y «lejos», e indica la nostalgia por los lugares en los que uno no ha estado nunca, pero a los que le gustaría mucho ir.

Nostoi (Νόστοι), «los regresos», es también el título de un conjunto de poemas épicos griegos dedicados al regreso a la patria de los héroes aqueos al término de la guerra de Troya. El autor de esos poemas está envuelto en las sombras de la leyenda; según unos, se trataría de un tal Eumelo de Corinto, según otros de Agias de Trezén. Precedidos de las *Ciprias* o *Cantos chipriotas*, de la *Etiópide*, de la *Pequeña Iliada* y de la *Iliupersis* o *Saco de Troya*, y seguidos de la *Telegonía*, los *Nostoi* formaban parte del denominado ciclo troyano: una colección de poemas épicos que contaban todas las peripecias de la guerra de Troya además de la *Iliada* y la *Odisea*, nunca mencionadas en esta saga, y que representan, por tanto, una especie de versión de la historia *alternativa* a la que nos proporciona Homero.

Será porque he viajado tanto y he vivido tanto en sitios distintos y lejanos que he aprendido que solo pidiendo cuentas a las cosas estamos de verdad en el mundo y no nos limitamos a ser perennemente *turistas que pasan por él*.

Pues bien, la falta de curiosidad ante el griego antiguo que noto en los estudiantes, debida a determinados métodos de enseñanza, me deja consternada. Tal vez incluso me cabrea. Porque no se puede estudiar una lengua durante años y años y seguir siendo siempre *vagabundos*, saltando de aquí para allá, de una regla gramatical a otra, de una entrada del diccionario a un par de páginas de libro de texto. El griego antiguo o se vive de verdad y se mete uno dentro de la lengua, o no y se calla uno y ya está.

¿Es *posible* que nadie, repito, nadie, se pregunte nunca por qué el griego antiguo tiene un modo totalmente único más que todas las otras lenguas, el optativo? ¿Es *posible* que todo el mundo, repito, todo el mundo, lo considere una especie de cara B del subjuntivo griego o una versión alternativa de nuestro condicional? La mayor parte de mis alumnos no tiene más que una vaga idea del concepto de posibilidad que comporta el optativo. Por lo demás, vaga era también la idea que tenía yo antes de profundizar en él y de hacerlo

mío.

A menudo he oído decir que «el optativo es el modo que hace -οι», debido a las vocales temáticas que emplea, y desde luego «¡oy!» no es un típico suspiro de alegría ni mucho menos contiene una pizca de sentido lingüístico. Casi siempre, una vez repartido el texto de la traducción, si el ojo de gaviota planeando del alumno asustado descubre la partícula ᾶν, de inmediato percibe amenaza, reto, sudor; en definitiva, un gigantesco cartel luminoso que anuncia peligro. Sin embargo, precisamente esa partícula servía en griego para subrayar y evidenciar el sentido de los modos verbales: ᾶν no es más que una chispa gentil de la delicadeza del significado. Unida a los tiempos históricos del indicativo, ᾶν expresa la irrealidad, la imposibilidad: la acción no se ha desarrollado ni podrá desarrollarse nunca. Unida al subjuntivo y al optativo, ᾶν indica la eventualidad o la posibilidad: la acción va a desarrollarse o es posible que se desarrolle. ¿Y cómo se traduce? En realidad, casi nunca se traduce. O, mejor dicho, en nuestra lengua se reproduce el matiz del contenido que ᾶν se encarga de poner de manifiesto: esta vez la *posibilidad* nos la conceden a nosotros.

Veamos, pues, el sentido que tenía el optativo en griego antiguo sin intranquilidad y con toda la delicadeza requerida, como el cartelito de *frágil* colocado sobre una caja de cristales valiosísimos:

- **Optativo desiderativo**, su valor originario.

Ποιοίην: «¡Querría escribir poesías!»/«¡Por Dios, ojalá escribiera poesías!».

En las oraciones principales expresa un deseo, un anhelo (o una maldición), una intención, un consejo cortés, una concesión, como, por ejemplo, εἴεν, «pues sea», «de acuerdo». El *deseo* puede referirse al presente, al futuro e incluso al pasado: se puede desear que en otro tiempo haya sucedido o no haya sucedido algo (ese deseo se llama *pesar*).

El verbo puede ir precedido de partículas como εἰ, γάρ, εἴθε, u ὥς con el sentido de «ay, si...», «quiera Dios que...», «ojalá». En italiano y en nuestra lengua se puede reproducir mediante el empleo de esas mismas partículas o, mejor, mediante el más genuino condicional.

La poesía

La palabra «poesía» deriva del verbo ποιέω, «hacer». Este mismo verbo significa también

«fabricar», «construir» algo materialmente, de forma artesanal. Hacer poesía no tenía en realidad nada de *poético* para los griegos, al menos tal como lo concebimos en nuestra lengua. Era un trabajo como otro cualquiera, como el de carpintero, el de marmolista, el de alfarero. Solo que lo que se fabricaba eran *poesías*.

La poesía nació unos cuantos siglos después de Homero y Hesíodo, cuando las Musas se callaron, dejaron de dictar desde el Helicón, y en consecuencia los griegos tuvieron que inventarse un nuevo género en el que expresar su mundo en versos.

Homero y Hesíodo hacían *épica*, no poesía, es decir, contaban historias (Ἔπος) utilizando metros musicales. En el siglo vii a.C. el mundo cambió: se pasó de una cultura universal —apta para la gran épica, capaz de unir bajo su manto toda la enciclopedia del hecho de ser griegos, de ser «nosotros»— a una cultura individual, que reclamaba poder contar los sentimientos, las pasiones, los dolores, los estados de ánimo solo del «yo».

Las principales clases de poesía griega eran dos, la *monódica* (recitada por un solo poeta) y la *coral* (recitada en coro). Y los argumentos principales eran también dos: dioses y hombres.

Cada género tenía su dialecto: para la lírica coral el dórico; para la monódica, el eolio. Podemos ver aquí la tendencia griega a ponerlo todo en fila, por categorías: el poeta abría la boca en dórico y todo el mundo sabía ya qué podía esperar de sus versos, sin importar que hubiera nacido en Esparta o en Lesbos. La elección de los dialectos era justamente una elección *poética*, es decir *práctica*, de comprensión.

Y luego estaban ellos, los poetas.

Los alejandrinos —los que decidieron qué teníamos que leer sin que nadie se lo pidiera, elaborando un *canon*— nos han transmitido casi en su integridad a nueve: Safo, Alceo, Anacreonte, Alcán, Íbico, Estesícoro, Baquilides, Simónides y Píndaro. De todos los demás quedan *fragmenta, hojas secas al viento*, como habría dicho el desgarrador Mimnermo.

¿Y cómo vivían *económicamente* los poetas griegos? Como los artesanos.

Si hoy en día eres rico de nacimiento, puedes entretenerte haciendo mesas y sillas como te dé la real gana, haciendo un poco el artista *freak*, como Arquíloco, que dice que no tiene ningún inconveniente en abandonar el escudo en la guerra si las cosas se empiezan a poner feas, porque prefiere salvar el pellejo. O, como Safo, puedes sufrir por amor. O, como Alceo, puedes cantar tu marcado alcoholismo.

En cambio, si eres pobre, haces tus sillas exactamente como las quieren los que te pagan. Por ejemplo, Píndaro.

En la actualidad hay quien canta en las bodas por dinero. En aquellos tiempos había quien escribía poesías por encargo. Del Corno, autor del manual de literatura griega del que hemos estudiado todos en Italia, define a Píndaro como «poeta de ocasión». Eso era lo que hacía, y era el más famoso y el más genial en su profesión. Con un par de datos —nombre y ciudad—, sabía cantar a cualquiera como si fuera un héroe o un semidiós, exhumando sus orígenes mitológicos hasta la décima generación. En resumen, era un verdadero experto de la *ocasión*. Y ocasiones de trabajar no faltaban, por cierto: Píndaro escribía sobre todo en honor de los vencedores de los juegos panhelénicos, es decir las competiciones deportivas más antiguas del mundo (y no eran solo las célebres Olimpiadas. Se celebraban además los Juegos Píticos, los Nemeos o los Ístmicos).

¿Y por qué Píndaro fue tan aclamado y se nos ha transmitido como vate de la pureza poética sin tener en cuenta también la *ocasión* y su *profesión* concreta?

Yo tengo una teoría completamente personal al respecto: porque no se entendía nada de lo que escribía, a pesar de la belleza indiscutible de todas y cada una de las palabras que utiliza. ¿Qué son los famosos vuelos pindáricos sino aquellas partes en las que se entiende menos de lo habitual? No he conocido nunca a nadie que haya entendido a fondo a Píndaro. Juicio que comparto con Voltaire, que escribió: «Píndaro, al que todos exaltan y al que nadie comprende».

Reproduzco, a título de ejemplo y para disipar cualquier género de duda en el lector, dejándole plena libertad de juicio (no pretendo ensañarme con Píndaro, al que amo aunque no lo entienda), la *Nemea II*, dedicada a un tal Timodemo de Acarnas, vencedor en la prueba del pancracio.

*Por donde los Homéridas cantores,
comienzan las más veces
sus cosidos relatos —por un preludeo a Zeus—,
así este hombre el adelanto
de una victoria en los Juegos Sagrados ha recibido por vez primera
en el muy celebrado recinto de Zeus Nemeo.*

*Pero aún es preciso —si el tiempo que lo guía
recto por la ruta de sus padres
lo ha dado como ornato a la gran Atenas—,
que con frecuencia recoja la más bella flor
de las victorias Ístmicas y más, que salga vencedor en los Juegos Píticos
el hijo de Timónoo. Es natural, por cierto,
que no lejos de las Pléyades montañosas
aparezca Orión [¿?¿?¿? ¡Vuelo pindárico!].
Capaz es Salamina, sí, de nutrir a un varón combativo.
En Troya ya lo oyó Héctor por Áyax. ¡Oh Timodemo!, a ti la fuerza
resistente del pancracio te engrandece.*

*Acarnas es de antiguo famosa
por sus hombres valientes; y en cuanto a las lides atléticas toca,
los hijos de Timodemo son escogidos por cima de todos.
Junto al Parnaso, que las cumbres domina,
cuatro victorias se llevaron de los Juegos;
y por los hombres de Corinto,
en las cañadas del noble Pélope,
ceñidos ya fueron con ocho coronas;
y con siete en Nemea —las obtenidas en casa son más en número—
en el agón de Zeus. ¡Este último, oh ciudadanos, con cantos y danzas
celebrad en honor de Timodemo a su glorioso retorno!
¡Empezad a cantar con dulcísima voz!*

La negación de la subjetividad —pues los deseos también se niegan— es μή.

• **Optativo potencial**, o sea, la posibilidad.

Ἄν ποιούην: «Escribiría poesías»/«Podría escribir poesías».

Expresa la probabilidad de que un acontecimiento se verifique o no, pero también una invitación, una oración, un ruego, una orden impartida con cortesía, un comentario

irónico; por ejemplo: ἄν λέγοις, «a ver, dime», o bien οὐκ ἄν φθάνοις λέγων, «no me hagas esperar, venga, dime» (dicho siempre con una sonrisa).

En nuestra lengua se reproduce con el condicional o bien, mejor incluso,

con una perífrasis del verbo «poder» que permita desentrañar su sentido. También en nuestro idioma se conserva en el condicional un uso *irónico / de modestia* en expresiones como, por ejemplo: «Tendríamos un compromiso para la hora de cenar» (cuando queremos librarnos de determinadas *aperitivo-cenas*, aunque solo sea para vengar la ridiculez de semejantes ocasiones), o «Serían tres mil euros» (cuando se quiere restar importancia a una factura demasiado elevada).

La negación —puesto que muchas posibilidades no se realizan— es οὐ.

• **Optativo oblicuo**, o sea, la lente de las gafas a través de las cuales el hablante observa el mundo.

Ἔλεγεν ὅτι ποιοίη: «Contaba que escribía poesías» / «Escribía poesías, según decía».

Frecuente en las narraciones, el optativo oblicuo aparece en las oraciones subordinadas de todo tipo (finales, causales, temporales, completivas, etcétera) que vayan regidas por principales cuyo verbo esté en pasado. En este caso, el optativo pierde su valor original y de la posibilidad conserva solo una idea desenfocada: indica de hecho que se está refiriendo de manera indirecta (o sea *oblicua*) el pensamiento del sujeto. En cierto modo viene a subrayar un grado de distancia *subjetiva* entre el hablante y lo que se refiere; una vez más es una cuestión de cortesía, de corrección, de integridad.

El uso del optativo oblicuo no es obligatorio, sino que depende de la libertad (y de la sinceridad) de quien relata pensamientos y acciones que no le pertenecen. ¡Ojalá se pudiera recuperar este modo verbal griego en el periodismo italiano (o en las migajas que quedan de él)!

La supervivencia del optativo en griego, única lengua indoeuropea que lo ha defendido con tenacidad, se explica por la solidez inconfundible y única de su sistema verbal. Son los verbos los que tienen un *carácter dominante* en la lengua griega antigua, no los sustantivos. Los verbos griegos, mediante las categorías del aspecto y del modo, indican nociones desde el punto de vista de sus respectivos procesos, de su manera de desarrollarse y de la percepción que de ellos posee el hablante. No se expresan simplemente las *cosas*, sino los *actos* de los que nacen y llegan a ser todas las cosas

Todos los dialectos griegos ponen de manifiesto en época histórica una clara distinción de sentido entre subjuntivo y optativo, entre eventualidad y posibilidad.

Pero en el siglo I d.C. el optativo se encontraba ya desapareciendo poco a poco. Este modo verbal está en crisis, sustituido por palabras más sencillas como «quizá», «ojalá». Y cualquier crisis (*lingüística* o de otro tipo) va siempre a peor: el matiz de significado que encerraba el optativo era demasiado tenue para resistir el peso de la implosión de los dialectos en una sola lengua imperial, la κοινή. Por ejemplo, este modo verbal aparece rara vez en la versión griega del Nuevo Testamento; se encuentra todavía algún ejemplo de él en papiros más tardíos, pero solo para expresar votos o promesas. Se trata pues de casos de supervivencia, y podemos imaginar su lánguido descender hacia la desaparición del habla normal y libre de los griegos. Todos los testimonios concuerdan a la hora de demostrar que el optativo desapareció primero en las frases en las que expresaba la posibilidad, luego en las subordinadas con valor *oblicuo*; sobrevive más tiempo en los textos que expresan un voto a cualquier divinidad: deseo, sí, pero *religioso*, de fe.

Si ya el empleo del optativo es raro en autores de época romana como Estrabón, Polibio o Diodoro Sículo (comparado con la solidez con la que lo usan Platón y Jenofonte), más rara debía de ser su utilización en contextos coloquiales o familiares.

En resumen, se trataba de sutilezas expresivas demasiado frágiles para resistir mucho tiempo sin confundirse, sin atenuarse, sin perder su intensidad de significado. En griego moderno ya solo existe el subjuntivo. El optativo ha desaparecido para siempre.

Del optativo no queda actualmente ya ni rastro en ninguna lengua: ya en latín, del que derivan el italiano y el español, no quedan más que vestigios confusos, restos huérfanos de sentido de un modo verbal como los subjuntivos derivados de un antiguo desiderativo (*sit*, «sea», *velit*, «quiera»).

La historia de todas las lenguas modernas demuestra que el optativo y el subjuntivo no podían convivir mucho tiempo; la línea de significado que marcaba los confines entre uno y otro era demasiado sutil y al mismo tiempo demasiado gruesa. Por consiguiente, la distinción entre subjuntivo y optativo fue eliminada, de manera distinta e independiente, de las lenguas indoeuropeas. Y desde el primer momento quedó claro que, tarde o temprano, habría de tocarle al optativo la obligación de sucumbir. El subjuntivo se ha conservado porque, como en latín y, por tanto, en italiano, en español o en francés, es necesario en muchas frases subordinadas, mientras que su uso es limitado en oraciones principales. El optativo, en cambio, expresaba matices de sentido, pero no era una forma esencial *para entender y para hacerse*

entender. Representaba una forma de cortesía para expresar los propios deseos y para justificar la propia vida (y las propias palabras) sin imponer la propia voluntad ni invadir la vida (ni las palabras) de los demás.

Magari!

La historia de la palabra italiana *magari* es preciosa: será por eso por lo que, cada vez que oigo que me responden con ella a una pregunta, sonrío de felicidad, guardando para mí su sentido íntimo.

Magari deriva del griego μακάριος, «feliz», «bienaventurado», y más concretamente de la forma de vocativo μακάριε, «¡oh, feliz!». En el fondo, pues, la palabra no corresponde a ninguna duda o incertidumbre, como la entendemos hoy en día, sino a un deseo genuino: «Que puedas ser feliz» (o, en todo caso, un sano «¡Qué suerte tienes!»).

La historia de la palabra y de su entrada directa del griego a muchas lenguas europeas (en español la encontramos en «maguer», en serbio en *makar*, en griego moderno en μακάρι) es igualmente curiosa: parece de hecho que con anterioridad haya habido un error de pronunciación y de escritura. En la Edad Media, cuando en Europa se dejó de entender el griego, muchas letras eran confundidas o mal escritas por los monjes encargados de copiar los textos antiguos (aunque vaya para ellos toda nuestra gratitud por lo que atesoraron con sus manos y sus plumas de ave para luego entregárnoslo a nosotros). A menudo letras de sonido gutural similar como κ, χ y γ eran invertidas y los errores eran transmitidos de texto en texto, de pergamino en pergamino, y por consiguiente de boca en boca.

Por su significado de felicidad y bienaventuranza, la palabra griega μακάριε (pronunciada «makari») era consignada repetidas veces en los textos religiosos: escribe que te escribe, reza que te reza, la letra *kappa* (κ) debió de ser cambiada por la *gamma* (γ). De este error de transcripción de la letra que a oídos de los hombres de la Edad Media sonaba /g/, escribimos hoy en día en italiano nuestro *magari*, llegado directamente del griego antiguo, *de segunda mano, sí, pero en buenas condiciones*, como suele decirse.

«La pérdida del optativo refleja una disminución de la delicadeza del griego; es la pérdida de una elegancia de aristócratas»: así comenta la desaparición de este modo verbal el insuperable lingüista Antoine Meillet.

Por lo demás, toda lengua es *democrática*, es un *hecho social* ligado al tiempo y a la manera de ver el mundo que tienen sus hablantes. Se diga lo que se diga hoy, en los tiempos del Twitter y del Whatsapp, son ellos los que cambian antes que la lengua, y no al revés. Cualquier palabra de cualquier lengua está expuesta a la democracia del uso de quienes la hablan; como una escultura está expuesta a la democracia del viento que sigue delineando su mármol.

Con el pesar de la nodriza por lo que habría podido ser y no fue —deseo en definitiva irrealizable— comienza *Medea*, una de las tragedias más densas y

perturbadoras de Eurípides. Pero las cosas fueron de otra forma. La nave *Argo* zarpó y ocurrió todo lo que ocurrió.

Εἴθ' ὄφελ' Ἀργοῦς μὴ διαπτᾶσθαι σκάφος
Κόλχων ἐς αἶαν κυανέας Συμπληγάδας,
μηδ' ἐν νάπαισι Πηλίου πεσεῖν ποτε
τμηθεῖσα πεύκη, μηδ' ἐρετμῶσαι χέρας
ἀνδρῶν ἀριστέων οἱ τὸ πάγχρυσον δέρος
Πελίᾳ μετῆλθον. Οὐ γὰρ ἂν δέσποιν' ἐμὴ
Μήδεια πύργους γῆς ἔπλευσ' Ἰωλκίας
ἔρωτι θυμὸν ἐκπλαγεῖσ' Ἰάσονος.

«¡Ojalá la nave *Argo* no hubiera volado sobre las sombrías Simplégades hacia la tierra de Cólquide, ni en los valles del Pelión hubiera caído el pino cortado por el hacha, ni hubiera provisto de remos las manos de los valerosos hombres que fueron a buscar para Pelias el vellocino de oro! Mi señora Medea no hubiera zarpado hacia las torres de la tierra de Yolco, herida en su corazón por el amor a Jasón.»[\(11\)](#)

El optativo griego es por eso la medida perfecta de la distancia que separa el esfuerzo necesario para justificar un *deseo* de la fuerza necesaria para expresarlo ante todo a nosotros mismos; con la convicción de que, en cualquier situación, es la elegancia la que proporciona una ventaja sutil, pero segura, también en el lenguaje, y sobre todo en el lenguaje.

Estamos a solas con nosotros mismos; y con nuestros deseos.

PERO ENTONCES, ¿CÓMO SE TRADUCE?

*Prefiero venir del silencio
para hablar. Preparar la palabra
con cuidado, para que llegue a su orilla
deslizándose sumisa como una barca,
mientras la estela del pensamiento dibuja su curva.
La escritura es una muerte serena:
el mundo se vuelve luminoso, se ensancha
y quema para siempre un rincón suyo.*

VALERIO MAGRELLI, *Ora serrata retinae*

Ya. Y entonces, ¿cómo se traduce del griego al italiano o al español? *¿Qué quiere decir? ¿Cómo se hace?* Estas son las preguntas que he oído plantear más a menudo a los chicos a los que he dado clases de griego. Mira por dónde las mismas preguntas que planteaba yo al profesor en mis tiempos de estudiante.

Podríamos decir que estas son preguntas escolares, mejor dicho milenarias, que hunden sus raíces en el momento exacto en el que la gente dejó de *entender el griego y de hacerse entender en griego antiguo*, y por lo tanto la única forma de entenderlo pasó a ser la traducción (labor para la cual, vaya usted a saber por qué, se usa habitualmente el término ya pasado de moda «versión»).[6] Quizá una constatación más, el enésimo certificado —como si hiciera falta— de la muerte de las lenguas clásicas. Todas las lenguas extranjeras se traducen. El latín y el griego *se vierten*.

Versión deriva del verbo latino *vertere*, que significa «volver», «tornar», «mudar», y por lo tanto también «traducir». *Verti etiam multa de Graecis*, «Traduje además muchas obras griegas», nos informa Cicerón en las *Disputaciones tusculanas*. Traducir deriva del verbo latino *traduco*, que significa «trasladar», «manifestar», «hacer pasar de un lugar a otro». Y por tanto, «llevar a otro sitio».

Justamente este último es el objetivo profundo de la traducción (o versión)

de cualquier lengua a otra: hacer pasar el significado más allá de la barrera lingüística del significante. Una traducción no será nunca la obra original, sino un *camino hacia su significado original*. El resultado será un *encuentro*, como cuando nos topamos con otra persona, lejana y, sin embargo, de repente cercana. Y esto vale también para el griego antiguo, aunque ya nadie lo hable.

La traducción es un trayecto, paso a paso, para acercarnos lo máximo posible al significado de una lengua que no es nuestra y nunca lo será. Un *viaje* hacia una lengua que posee ciertas peculiaridades que la hacen única y especial, pero que nosotros no *sentimos* porque estamos lingüísticamente desprovistos de ellas. Y por lo tanto estamos obligados a *traducir*, a ponernos en camino hacia lo que está en otra parte... y está dicho de otra manera.

Para llegar al final del viaje de la traducción, que no se sabe nunca adónde nos llevará con exactitud, se necesita un conocimiento perfecto de la lengua, eso es algo que está fuera de toda discusión, y por lo tanto estudio, sudor, esfuerzo, tenacidad.

Pero es fundamental también cierta *manera de sentir* lo que la lengua está diciéndonos desde un pasado remoto, sí, pero no desbaratado; de lo contrario, ¿para qué estudiarla, si se hubiera perdido todo el sentido que tenía?

Se necesita familiaridad, constancia, confianza en uno mismo y en la lengua. Porque un texto *habla*; lo único que hace falta es escucharlo. (Y no, no sufría alucinaciones ni experimenté veleidades místicas cuando, ante un ejercicio de clase, invariablemente a las ocho de la mañana, me vi obligada a elegir: o vencer al griego o sucumbir a él. Fue entonces cuando comprendí que la única forma de seguir adelante sería *pensar como pensaban los griegos*. Ese es, desde hace más de quince años, mi método y también mi primer consejo, el más importante, para hacer frente a cualquier traducción o versión, o como se quiera decir.)

La primera reacción de cualquier alumno de instituto ante un texto griego oscila entre el terror y el miedo, hasta incluso el pánico. *Cincuenta sombras de angustia*. Cualquiera que haya ido al liceo clásico lo sabe. Quien no lo sepa, tal vez haya sentido temor de otra cosa en la escuela; de las ecuaciones, del dibujo técnico, de la nomenclatura de química, del inglés. Con el debido respeto, *temor* y punto, ni más ni menos. Pero no el espanto de verdad, tangible, que quien ha estudiado griego ha experimentado al menos una vez en su vida delante de un pasaje que había que traducir: el miedo paralizante de no entender. El horror de ver misteriosos signos gráficos impresos (*mal*; quién sabe por qué los textos de los ejercicios de clase están siempre tan

desenfocados y descoloridos que parecen fotocopiados directamente de las inscripciones de Atenas) y de no tener la más mínima idea de lo que significan. (Recuerdo a la perfección cuando, en la traducción del examen de madurez, me quedé mirando fijamente el papel más de una hora con ampollas en la cabeza, quizá debido a la hiperventilación provocada por el aire viciado del aula o por el calor del mes de julio, sin conseguir mover un solo músculo, ni siquiera para abrir el diccionario. Por fortuna luego me recuperé; de lo contrario, no estaría ahora aquí contándoos todo esto.)

En resumen, el griego lleva muerto más de mil años y todavía sigue suscitando un miedo pavoroso en quien se acerca a él. Hasta tal punto que he llegado a pensar que el terror es una *conditio sine qua non* para su estudio.

Un queridísimo amigo mío, de cuarenta y tres años, tuvo la suerte (o la desgracia) de acompañarme en la escritura de este libro; le debo mucho. Una noche me dijo, rendido ante un correo electrónico que le había enviado: «Yo de griego no entendí nunca nada en el instituto. ¡Solo de recibir tus capítulos me pongo malo!». Vamos, un miedo que no pasa nunca, ni siquiera de adultos. Una lástima.

Muchísimos estudiantes me dicen que se sienten acobardados ante la página que tienen que traducir porque el *alfabeto es distinto del nuestro*. Cierto, muy cierto; pero el alfabeto es el medio de comunicar que tiene una lengua, no es la lengua en sí: es solo un sistema gráfico para poner sobre la página el sonido de las palabras. Una vez que se aprende a descifrarlo, algo que sucede a menudo durante el primer mes de liceo clásico, nos adueñamos de él, *es nuestro*. (De todas formas, la cosa habría podido ser peor; ¡al fin y al cabo el alfabeto griego está hecho de letras, no está compuesto de los ideogramas japoneses o de las sílabas del lineal B micénico!)

Muchos me dicen también que tienen miedo porque *las palabras son distintas del italiano, no se parecen*. Es innegable, desde luego. Se trata de otra lengua, de una lengua extranjera. ¿Es que en inglés las palabras son las mismas? Solo hay una manera de vencer ese miedo: el tiempo. La familiarización. El ejercicio. Cuantas más veces encontremos la misma palabra griega, más probabilidades habrá de que se nos quede en la cabeza, de que la hagamos *nuestra*.

En la escuela también se desencadena la carrera contra el tiempo del que se

dispone para traducir, que es directamente proporcional a la carrera hacia el diccionario. Cuanta menos confianza tengamos en nosotros mismos y en la lengua, más nos agarraremos al diccionario, como náufragos aferrados a una balsa perdida en medio del océano. Bien es verdad que, en principio, las palabras griegas que conocemos son limitadas y que el diccionario es fundamental. Bien es verdad que, en caso de duda o de incertidumbre, el diccionario es un aliado fiel. De todas formas, un uso *enloquecido* y *desesperado* del vocabulario de griego a la larga puede resultar contraproducente o incluso peligroso. Contraproducente porque cualquier diccionario contiene solo una gama limitada de significados para cada palabra (es una caja de significados, ¿os habéis dado cuenta?). Además, si no somos capaces de apropiarnos del significado de algunas palabras del griego antiguo, nos quedaremos por siempre aferrados al diccionario, alejándonos cada vez más de la lengua, como el náufrago que se niega a abandonar la balsa y sigue fiándose de que la nave de rescate está llegando.

De hecho, el diccionario puede resultar incluso peligroso. Los estudiantes que son presa del pánico se fían tan poco de sí mismos que llegan a espulgar cada entrada y las traducciones reseñadas en ella a lo largo de varias páginas (y mientras tanto, el tiempo del que disponen para la versión pasa inexorable, casi siempre marcado por el despiadado tictac de algún triste reloj, regalado a la escuela por algún banco popular de la localidad). Casi nunca son capaces de creer que el significado de una palabra pueda ser el primero que recoge el diccionario, el más habitual y el más sencillo, y acaban por escoger el último, que quizá sea una expresión idiomática usada una sola vez por un poeta de alguna isla remota, desaparecido por completo de la memoria de la gente.

Quede claro que no estoy aconsejando tirar el vocabulario a la basura o venderlo, con lo que cuesta (¿cuántos son todavía los chicos que no pueden permitirse *económicamente* matricularse en el liceo clásico? He conocido a muchos, demasiados alumnos con familias con dificultades para comprar los libros de texto, los diccionarios, y por supuesto para pagar clases particulares, abandonadas a sí mismas por la escuela pública). Antes bien, lo que quiero decir es que no sigamos siendo rehenes de él. Que no controlemos cada coma, cada palabra *por seguridad* (aunque, sí, lo reconozco, yo también lo hacía, al menos al principio). Que tengamos confianza en lo que hemos aprendido. Sobre todo, que no consideremos nunca que una traducción es un proceso binario mecánico: A en griego da B en nuestro idioma. Si todo fuera tan trivial y tan previsible, con el diccionario adecuado a mano podríamos traducir

cualquier lengua del mundo; pero sabemos que no es así desde los tiempos de Babel, a menos que estemos dispuestos a considerar *traducción* cualquier combinación de palabras puestas en fila y generadas a modo del traductor de Google.

En síntesis, para traducir el texto, para *acercarnos* todo lo posible a su significado, unas veces necesitaremos más palabras, otras menos al pasar del griego a nuestro idioma. Será preciso siempre *sentir* lo que está diciendo el texto para luego decirlo en nuestra lengua.

«¿Conoce usted todas las palabras del griego?», me preguntan a menudo asombrados mis alumnos; al mismo tiempo, soy yo la que se asombra de que, por el simple hecho de que sepa griego, me llamen de *usted* y por tanto irremediablemente me tomen por *vieja* (sucedió ya cuando tenía veinte años). No, por supuesto que no. No conozco todas las palabras del griego, pese a tener un diploma con matrícula de honor del liceo clásico, una licenciatura *cum laude* en filología clásica y pese a haber traducido un buen número de textos; además, con todas las variedades dialectales que caracterizaban a la antigua Grecia, *puede que ni siquiera un griego conociera todas las palabras del griego*.

De modo que incluso hoy sigo utilizando el diccionario, y además con frecuencia. Con toda franqueza, dejo constancia que ni siquiera recuerdo la totalidad de las infinitas particularidades gramaticales y sintácticas, y por lo tanto consulto a menudo los manuales sin desprecio (ese lo nutren algunos llamados académicos que, vaya usted a saber por qué, han acabado odiando el trabajo que desempeñan y por ende a sí mismos y a los demás).

En la universidad hice un examen que preveía expresamente una parte de traducción del griego *a simple vista*, casi siempre me salto esta anécdota y no se la cuento a mis alumnos para no infligirles el golpe de gracia. El examen consistía, en efecto, en traducir *improvisando*, sin ayuda del diccionario y en alta voz, en pocos segundos, un pasaje de griego elegido al azar por el profesor. Repito: un pasaje cualquiera de griego entresacado de toda la literatura griega. Prescindiendo de la eventualidad de aprender de memoria toda la literatura griega, no quedaba más que una forma de superarlo: abandonar el aprendizaje de memoria y recurrir a la familiarización y a la intuición. No, no puedo decir ahora que fuera fácil, pero tampoco un drama; el miedo que experimenté fue desde luego inferior al que había sentido delante

de cualquier versión en el instituto. Porque había estado casi diez años estudiando griego y había hecho *mía* la lengua; o al menos un poco.

El examen me fue muy bien, a pesar de no conocer todas las palabras del texto que el profesor me plantó delante. Era un pasaje de Luciano que hablaba del viaje del hombre a la Luna; imposible olvidarlo. Simplemente sucedió lo que sucede a menudo cuando se habla una lengua extranjera y se nos escapa el significado de una palabra, mientras que todas las demás encajan: el significado de la que falta se calcula por intuición, acercándonos todo lo posible al original.

Una vez entendido el significado de la frase, el paso para acercarnos al sentido de cada palabra en particular ya está dado.

Los problemas empiezan cuando no se comprende en absoluto el significado del texto. Mejor dicho, cuando ni siquiera se lee el texto, porque nos asusta el alfabeto o nos aterroriza la idea de que se agote el tiempo. Y por lo tanto nos lanzamos a traducir la primera palabra y luego todas las que la siguen en su orden exacto, sea el que sea, para luego volver a combinarlas todas en nuestra lengua como los colores del cubo de Rubik y dar (o «inventar») un significado al pasaje.

Sé que cada profesor aconseja leer la versión antes de empezar a traducirla y que ningún alumno lo hace (yo tampoco lo hacía en el instituto, y no puedo empezar a mentir precisamente ahora). Cuando he preguntado a mis alumnos y a mí misma la razón de este gran rechazo, la respuesta ha sido casi siempre: «Total, no entiendo nada, no me dice nada, así que ¿para qué leerla?».

Pues bien, ponerse a traducir una lengua que se lleva estudiando uno, dos o cinco años con la convicción de no entender nada, de tener delante un texto mudo, no es un buen punto de partida. Haría de ello una solemne cuestión de respeto; por uno mismo, por la lengua y por el tiempo que se ha invertido estudiándola. Y sin embargo sucede; sucede siempre. No he visto nunca miradas tan perdidas como cuando hago preguntas del tipo: «¿A qué te recuerda ἀρχή (pronunciado “arqué”), ο γράφειν (pronunciado “gráfein”) en nuestra lengua? ¿De verdad no te vienen a la cabeza palabras como “arqueología” o “gráfico”?». De verdad, sí. O sea, no me vienen a la cabeza. La barrera del alfabeto —y, en mi opinión, del desasosiego que provoca el griego— parece sumir en las tinieblas cualquier resonancia posible con nuestra lengua. Y así se renuncia de entrada a querer entender, *con la seguridad de no entender*.

La máxima socrática «solo sé que no sé nada» se convierte en la coartada y en el refugio de todos los alumnos. Pero yo me permito el atrevimiento de

contradecirlos: ¡sí que sabéis! Sabéis leer en griego, sabéis muchas cosas, muchísimas reglas. Estudiándola, estáis haciendo *vuestra* la lengua. ¿De verdad que las comas, los puntos, los verbos más habituales no os dicen nada? No me lo creo; me niego a creerlo.

Fiaos de vosotros mismos y de lo que sabéis; de verdad que es una cuestión de respeto.

Otra fuente de pánico cegador son las reglas gramaticales. Antes incluso de haber leído el texto, muchos estudiantes se dan cuenta de que está presente en él esta construcción o la de más allá, y en el fondo saben que no la recuerdan o que no la estudiaron como es debido, y por consiguiente abandonan desesperados cualquier intento de comprender el resto del pasaje.

Ante todo, despejemos el campo: cualquier texto, en griego, en latín, en italiano, en español, en francés, no es una mera suma de reglas gramaticales que resolver. No es un concurso de preguntas y respuestas con premio, no es una ecuación matemática, no es un jeroglífico. Un texto existe porque, quien lo ha escrito, ha sentido la necesidad de expresar, de contar *algo*. Y ese *algo* no es desde luego la regla gramatical de la que no os acordáis.

Traduciendo con los chicos, a menudo he oído definiciones gramaticales tan exactas e impecables —por ejemplo, «este es un verbo impersonal que rige bla bla bla, y en nuestra lengua se traduce por la perífrasis bla bla bla»— que harían palidecer a un monje bizantino, a un lingüista y a un miembro de la Accademia de la Crusca^[7] juntos. De nuevo, no estoy diciendo que conocer la gramática al dedillo sea un error, todo lo contrario, me alegro mucho de que así sea (y me da envidia, yo ya no me la sé con tanta perfección). Lo que es un error, en cambio, es considerar la gramática el *fin* de la traducción y no el *medio*. Conocer las reglas de una lengua es la base imprescindible para dar sentido y significado a los textos que en dicha lengua se han escrito. Pero las reglas no son la lengua. ¿No os acordáis de esta regla, de la otra o de la de más allá? Tranquilos, la próxima vez estudiaréis más, esta vez habrá algo que se os escape y no sacaréis un diez.

Pero entretanto, por favor, entended lo que está diciendo *el resto* del pasaje griego sin sentirnos culpables, incapaces, ignorantes o fracasados.

Una vez más, es una cuestión de respeto. El texto tiene muchas cosas interesantes que decirnos; id a buscarlas, excavad en él para sacarlas a la superficie y decirlas *a vuestra manera*.

Otro problema, y no baladí, es el conocimiento de la historia, de la cultura, de la civilización o de la política griega a los catorce, quince o dieciséis años.

A nosotros nos resulta fácil ahora asomarnos a las vidas de los alumnos del liceo (o todavía más fácil incluso, a nuestro pasado de alumnos de instituto), darles algún consejo, largar sentencias, invitarlos a estudiar más y volver luego tan tranquilos al sofá a leer nuestros libros, nuestros periódicos, a escuchar nuestra música, cuyo sentido y cuya lengua son *de adultos* (o mejor dicho, deberían serlo, pues parece que vivimos en una época en la que la madurez no llega nunca y a los cuarenta años seguimos siendo *chicos*, mientras que a los cuarenta y uno de golpe somos *viejos*).

Pese a los profusos esfuerzos de cara a una mayor comprensión de la globalidad del mundo griego, y no solo de su lengua, que hacen los nuevos libros de texto y algunos profesores iluminados, el programa escolar de historia no va al mismo ritmo que el de las traducciones de griego. Y como en el instituto se debe (se debería) aprender toda la historia de la humanidad, al estudio de la Grecia antigua se reserva un mes, tal vez dos, como es inevitable que suceda. Lo mismo cabe decir de la literatura, la historia del arte, la filosofía y la geografía (si es que existe todavía como asignatura, ya no me acuerdo).

Por consiguiente, lo que un chico de quince o dieciséis años conoce de la Antigüedad griega es muy, muy limitado y del todo insuficiente para entender o para no encontrar *extrañas* o misteriosas esas versiones que hablan de tácticas militares, oráculos, usanzas religiosas, mitología o política. Por otra parte, de todas formas no es seguro, ni mucho menos, que esos conocimientos los tengan muchos adultos; es más, lo descarto categóricamente. ¡Cuántas veces me habrán preguntado «Pero ¿qué está diciendo?» ante unos textos que hablan de cosas para mí ya banales, pero legítimamente oscuras para un adolescente!

Por lo demás, ¿de veras es tan necesario que a los quince años, por la noche en el bar con los amigos, un chaval utilice la expresión «¡Ah, tengo una espada de Damocles pendiente sobre mi cabeza!», y conozca la anécdota que constituye el origen de esta expresión? Yo desde luego no lo creo. Y lo cierto es que el alumno, ante un texto que habla de Damocles o del oráculo de Delfos o de cómo Pericles afrontó el temor a los eclipses, no tiene la más mínima referencia histórica o social de aquello de lo que se está hablando. Por no hablar de los pasajes de guerra, según un sondeo por completo personal que he

hecho yo misma, los más odiados de todos por los estudiantes, y entre ellos me incluyo: una decena de renglones extraídos de los larguísimos —y hermosísimos— libros de historia de Jenofonte o de Tucídides. Casi siempre el sujeto es un «ellos» elíptico (ellos ¿quiénes? ¿Los atenienses? ¿Los griegos? ¿Los persas? ¿Los bárbaros?), y el complemento otro «ellos» elíptico (pero, ellos ¿quiénes? Ídem). Unas diez líneas que hablan de campamentos, tácticas militares, armas, asedios, estrategias, sacrificios y que, incluso traducidas a la perfección, dejan siempre una pregunta sin respuesta: ¿de qué estamos hablando? ¿Quiénes son *estos* que ganan y *estos* que pierden? Misterio.

Y como este es un capítulo en el que hablo mucho de los miedos de mis alumnos y de mis amigos, poniéndolos al desnudo, me veo obligada —¡ay de mí!— a hacer otro tanto conmigo.

De modo que no tengo más remedio que contar uno de los ridículos más espantosos que hice en mis años de liceo, tan ignominioso que, después de pasarme un par de semanas soñando con él, decidí eliminarlo de la memoria y no hablar nunca con nadie del asunto, como si no hubiera ocurrido. Pero sí que ocurrió, y tanto que ocurrió, y ahora voy a desembuchar todo lo sucedido para demostrar lo importante que es el conocimiento exhaustivo del mundo antiguo, y no solo de su lengua, de su gramática y de cierta sensibilidad lingüística. Sed clementes, os lo ruego. No os ensañéis con uno de los peores traumas de mi adolescencia en el liceo clásico.

Versión final (de latín, en este caso, pero vale también para el griego) del primer curso de liceo clásico. El examen en el que se lo juega una todo, incluido el derecho a disfrutar de un verano despreocupado en la playa de Tirrenia, rodeada de arena y sobre todo de medusas.

El título del examen, escrito en negrita y en italiano, es *Il ratto delle Sabine* («El rapto de las sabinas»). Y a continuación el texto que hay que traducir. Yo, con quince años, iba bien en latín; todo, pues, bajo control, faltaría más.

El problema es que de las tales sabinas yo no había oído hablar en mi vida: ¿quiénes eran? ¿Qué problema habían tenido? Eso sí, viviendo, como vivía, en el campo, sabía muy bien qué era un *ratto*:^[8] una rata asquerosa con la cola larga y los ojos rojos.

De modo que me puse a traducir tan pizpireta, pero al final el sentido del texto no encajaba. No, no encajaba ni poco ni mucho. Parecía un revoltijo de

palabras o un audaz experimento de escritura dadaísta. *Sabinas y ratones* no parecían pegar nada unas con otros. Qué raro, pensé; qué cosa más rara. Concluido el tiempo, entregué compungida e incrédula el folio.

Unos días después me lo devolvieron con un gran tres encima escrito en lápiz rojo y un trauma del que no me habría recuperado nunca si no hubiera acabado reconciliándome con mis culpas gracias a la ironía (ahora que lo pienso, han hecho falta quince años, porque el momento de *reconciliarme con mis culpas gracias a la ironía* es ahora).

¿Qué sucedió, pues, aquel infame día de finales de mayo? Nunca había oído hablar de que Rómulo, tras ser fundada Roma y encontrándose escaso de mujeres para procrear y dar una descendencia a la ciudad, hubiera raptado a las de los pueblos vecinos, uno de los cuales eran los sabinos: la idea del *rapto de las mujeres sabinas* no hizo aquel día ni siquiera acto de presencia en la antecámara de mi cerebro. Y, fiándome del título en italiano (y de mi conmovedora ingenuidad) ni siquiera sospeché que *raptum* no quisiera decir en latín «rata», sino, como participio del verbo *rapio*, «rapto», que en italiano coloquial es *rapimento*. Y, de ese modo, ultrajando de mala manera su memoria, mezclé a aquellas pobres mujeres con las ratas. ¡Qué vergüenza!

En mi descargo puedo aducir tímidamente una justificación: ¿por qué el título en italiano del texto era *Il ratto delle Sabine*? ¿No podían haber escrito directamente *rapimento*, evitando así cualquier tipo de equívoco en las cabecitas de los quinceañeros ya a punto de irse a la playa? ¿Cuántos italianos usan hoy habitualmente la palabra *ratto* sin querer decir «rata»?

No obstante, la culpa era toda mía. Pido todavía disculpas, si no piedad: no sabía casi nada de la fundación de Roma, a los quince años nadie me había explicado nunca esa leyenda. Era ignorante, en su sentido etimológico: *ignoraba*. Pido también perdón a todos los implicados, sobre todo a las sabinas, y lo haré el resto de mi vida.

Por último, una anotación.

En el liceo clásico se traducen solo textos extraídos de las obras de autores de prosa, de Platón a Plutarco, de Esopo a Jenofonte, de Tucídides a Aristóteles. Cada uno de estos autores, como cualquiera de nosotros, escribe de un modo único y distintivo, *personal*. Una vez más hacen falta tiempo, paciencia y práctica para acostumbrarnos a reconocer las particularidades expresivas de cada autor; todo el tiempo que se necesita para aprender a oír, a

sentir a través de la lengua la *voz* del que escribe y reproducirla de la mejor manera posible en la nuestra. No se trata de formas «distintas» de griego; se trata de maneras «distintas» de utilizar el griego.

Platón se expresa con absoluta libertad de una manera del todo distinta a Tucídides, sencillamente porque *es* Platón; del mismo modo que Dave Eggers utiliza hoy día el inglés americano de manera completamente diferente de un contemporáneo y compatriota suyo, Jonathan Franzen, y un libro de Orhan Pamuk puede gustarnos sin que lo encontremos muy aburrido solo si la *lentitud* se considera una característica propia de la manera de vivir y, por lo tanto de escribir, de los turcos.

Si en la escuela se traduce, o mejor, se *maneja*, solo la prosa griega significa que queda excluida por completo de ella la poesía. Y con ello no me refiero solo a la lírica de Alceo, Safo o Píndaro, sino también a toda la épica, la comedia y la tragedia, verdaderos rasgos de identificación de la esencia griega.

«¡Qué suerte!», dirán algunos alumnos. «¡Qué lástima! —digo yo—; no saben lo que se pierden». Y casi con toda seguridad no lo sabrán nunca, teniendo en cuenta que las probabilidades de que en la universidad se matriculen en filología clásica son mínimas. Se les plantea la poesía griega como una literatura etérea, casi nunca se ensucian —o se pintan— las manos con ella. Por supuesto, su traducción es diez veces más difícil que la de la prosa, pero también diez veces más rica de significados. En ocasiones se traduce íntegra una sola tragedia, verso a verso, durante un curso, por lo general el quinto y último; en mi caso nos tocó el *Edipo rey* de Sófocles. Fue una experiencia laboriosa, pero tan estupenda, tan cargada de vida, que *Edipo rey* es una de las tragedias griegas que más se me han quedado en el corazón, no solo en la cabeza y «en la lengua».

Hay una gran diferencia entre leer a un autor y *oír hablar* de un autor. Yo podría ser la mejor livornesa del mundo explicándoos a Caproni, pero sería solo eso, una *explicación*; la belleza de su poesía, lo mismo que su ser, están guardados en sus versos. Por eso me quedo un poco perpleja ante muchos manuales de literatura griega que *hablan* de la poesía, *pero no la muestran*. Los alumnos quedarán privados de uno de los usos más íntimos y profundos de la lengua griega. Y habrá que aguantarse si es «difícil»; una lengua se aprende también —y sobre todo— para eso, para entender las perspectivas más complejas sobre el mundo, no solo las más fáciles.

Hoy en día sigo sonriendo y al mismo tiempo estremeciéndome al recordar

mi manual de literatura griega del instituto que, explicando vida y milagros, obras y muerte de los distintos autores, *ilustraba* además su estilo; ¿cómo se puede aprender el estilo de unos textos que no se han leído nunca y que nunca se leerán? Es como describir con todo lujo de detalles una pintura que nadie verá nunca. No olvidaré mi desconcierto ante la definición del estilo de Esquilo: «Un estilo abrupto y escabroso». Quién sabe qué querrá decir, me preguntaba a los dieciséis años, igual que me pregunto ahora a los treinta, y como quizá me pregunte a los ochenta. Quién sabe qué sentido tienen esos dos adjetivos que me siento capaz de aplicar a un sendero de *trekking*, pero no a los versos de un poeta. Yo lo he entendido y vosotros lo entenderéis solo leyendo de verdad a Esquilo en griego (y a todos los demás autores en su lengua, si tenéis valor y suerte).

Veamos, pues, de cerca, es decir, *sobre la marcha*, cómo se traduce.

No tengo recetas mágicas ni soluciones milagrosas: todo lo que habéis leído hasta aquí son consejos personalísimos, fruto de mi experiencia y del tiempo. Mucho tiempo. Un poco como los remedios de la abuela para hacer frente a cualquier achaque, herencia del saber acumulado con paciencia durante una vida entera.

Debo especificar que existe una gran diferencia entre traducción libre y traducción escolar. En la escuela se exige y se da prioridad a la segunda: la fidelidad total al texto, y la consiguiente abdicación de toda libertad. Por supuesto, se trata de algo razonable, teniendo en cuenta que el alumno maneja la lengua griega desde hace demasiado poco tiempo como para utilizarla *con fines personales*; y si ya resultaba penoso expresar lo que pretendía decir el autor en griego, figurémonos lo que será expresarse a uno mismo a través del griego.

Lo que cuenta, en cualquier caso, es la distancia entre traducción correcta o equivocada. Una traducción escolar es algo bueno y justo, pues, con tal de que no se convierta en una cárcel, una jaula de hierro que reproduzca el griego en un italiano cubierto de herrumbre.

La lengua griega es una lengua sintética, expresa las relaciones gramaticales —desde los casos de los nombres hasta las construcciones verbales— con una sola palabra. El griego, en definitiva, no siente la necesidad de explicarse demasiado; muchas de sus construcciones son implícitas, impersonales, los significados están encerrados en un prefijo o en una desinencia. Es una lengua

casi epigramática; será por ello que inventó el epigrama como género.

Por eso uno de los riesgos principales de una traducción demasiado escolar es el de dar vida a un texto en nuestro idioma todavía más oscuro e incomprensible que el griego original. Dejando implícitos los participios, los infinitivos en infinitivo, o los pronombres en forma literal, algunas traducciones son tan escolares que, a su vez, necesitan una traducción. Resulta difícil, casi imposible, convencer a los alumnos de que se suelten, de que sean un poco libres y menos acartonados; el terror a equivocarse, el miedo a tomar una decisión libre que pudiera «no gustar» al profesor (¡pero si el griego no es una cuestión de gustos!), el pánico a explicitar lo que no se ha entendido: razones todas que los empujan a sacrificar en aras de la corrección gramatical toda pretensión de sentido en nuestra lengua.

Y es así cómo la idea de traducir como *llevar a otro sitio* se pierde: el significado de la traducción es tan misterioso como el del original griego. En vez de *ponernos en camino*, nos hemos quedado quietos, sin movernos del sitio.

Me doy perfecta cuenta de que para traducir de manera libre se necesita una familiaridad con la lengua, una experiencia y una confianza en nosotros mismos no frecuentes durante los primeros años de liceo. Pero durante los últimos quizá sí. Porque no se trata de «inventar» —como me dicen estremeciéndose mis chicos—, sino de llegar tan cerca de la lengua que *la rocemos*.

Las partículas

Los textos griegos están repletos de partículas de difícil traducción, como saben todos los estudiantes: las más corrientes son μέν, δέ, γάρ o, como en este caso, δή. El motivo de su frecuencia se debe al hecho de que, en su origen, el griego no utilizaba los signos de puntuación (o de «interpunción») usados hoy en italiano y en las demás lenguas contemporáneas: dichos signos, junto con los acentos, fueron añadidos más tarde, en la época bizantina, para facilitar la comprensión de los textos escritos en una lengua que estaba volviéndose cada vez más borrosa. Las partículas abundan en los textos griegos porque desempeñaban el papel de la puntuación moderna. De ellas dependía la escansión lógica de la frase y, por consiguiente, tenían una importancia semántica grandísima. El problema es que, con mucha frecuencia, en nuestra lengua son intraducibles.

Mέν y δέ son sin duda las más frecuentes, y también las más difíciles de reproducir. Casi siempre se encuentran a distancia de pocas palabras o frases y están unidas por una correlación de sentido lógico: μέν, en general, indica el primer punto de una argumentación y δέ todos los puntos sucesivos vinculados con el primero. Estas dos partículas servían para mantener el hilo del discurso:

su uso es habitual en las descripciones, en las narraciones y en las explicaciones. En nuestro idioma aconsejo evitar, si no es estrictamente necesario, la pesadísima traducción «por un lado... / por otro...»: μέν y δέ aparecen tan a menudo que acabaríamos por tener un texto cargado de «lados» contrapuestos. Si consideramos μέν un punto fijo, el punto primero, puede no traducirse (yo no lo traduzco casi nunca). Δέ puede reproducirse mediante un «mientras que», un «en cambio», o simplemente por una coma, justo para indicar que el discurso continúa. Si las encontramos solas, es decir no en correlación, la mayor parte de las veces μέν significa «ciertamente» y δέ mantiene su valor de variación, que puede reproducirse mediante un simple «en cambio».

También la partícula γάρ es frecuentísima: a menudo colocada al comienzo de la frase, como en este pasaje de Jenofonte, indica la explicación de un concepto expresado con anterioridad (solo que a menudo ese *concepto* no está contenido en la versión extrapolada del texto original, creando malentendidos sobre aquello de lo que se está hablando). Puede traducirse por «pues», «en efecto» o bien prescindir de ella.

Δή, por último, enfatiza la palabra que la precede y le añade intensidad: puede traducirse por «precisamente» o «ciertamente».

He optado por reproducir a continuación el pasaje de Jenofonte conocido con el título de «Nada se obtiene sin fatiga». La elección no tiene nada de casual; antes bien, resume el sentido de este extraño capítulo.

Para mostraros la diferencia, lo he traducido de dos maneras: la primera de forma estrictamente escolar, y luego con una libertad total, pero fundamentada en cuanto a gramática se refiere.

Τῶν γὰρ ὄντων ἀγαθῶν καὶ καλῶν οὐδὲν ἄνευ πόνου καὶ ἐπιμελείας θεοὶ διδῶσιν ἀνθρώποις, ἀλλ' εἴτε τοὺς θεοὺς ἴλεως εἶναι σοὶ βούλει, θεραπευτέον τοὺς θεοὺς, εἴτε ὑπὸ φίλων ἐθέλεις ἀγαπᾶσθαι, τοὺς φίλους εὐεργετητέον, εἴτε ὑπὸ τινος πόλεως ἐπιθυμῆς τιμᾶσθαι, τὴν πόλιν ὠφελιητέον, εἴτε ὑπὸ τῆς Ἑλλάδος πάσης ἀξιοῖς ἐπ' ἀρετῇ θαυμάζεσθαι, τὴν Ἑλλάδα πειρατέον εὖ ποιεῖν, εἴτε γῆν βούλει σοὶ καρποὺς ἀφθόνοως φέρειν, τὴν γῆν θεραπευτέον, εἴτε ἀπὸ βοσκημάτων οἶε δεῖν πλουτίζεσθαι, τῶν βοσκημάτων ἐπιμελητέον, εἴτε διὰ πολέμου ὀρμᾶς αὐξέσθαι καὶ βούλει δύνασθαι τοὺς τε φίλους ἐλευθεροῦν καὶ τοὺς ἐχθροὺς χειροῦσθαι, τὰς πολεμικὰς τέχνας αὐτάς τε παρὰ τῶν ἐπισταμένων μαθητέον καὶ ὅπως αὐταῖς δεῖ χρῆσθαι ἀσκητέον· εἰ δὲ καὶ τῷ σώματι βούλει δυνατὸς εἶναι, τῇ γνώμῃ ὑπηρετεῖν ἐθιστέον τὸ σῶμα καὶ γυμναστέον σὺν πόνοις καὶ ἰδρῶτι.

(12)

Traducción escolar: «En efecto, de las cosas buenas y nobles que existen los dioses no dan a los hombres nada sin esfuerzo ni solicitud, sino que si quieres que los dioses te sean propicios es preciso honrar a los dioses, si quieres ser amado por los amigos, es preciso beneficiar a los amigos, si deseas ser honrado por alguna ciudad, es preciso servir a la ciudad, si consideras conveniente ser admirado en materia de valor por toda Grecia, es preciso intentar hacer bien a Grecia, si quieres que la tierra produzca para ti frutos abundantes, es preciso cultivar la tierra, si piensas que conviene enriquecerse por medio de los ganados, es preciso preocuparse de los ganados, si quieres llegar a prosperar a través de las empresas de la guerra y quieres tener el poder de liberar a los amigos y de someter a los enemigos, es preciso aprender las artes bélicas de los que las conocen y ejercitarte en cómo hay que usarlas; pero si quieres ser poderoso también de cuerpo, es preciso habituar al cuerpo a someterse a la mente y ejercitarlo con trabajos y sudor.»

Traducción libre: «De cuantas cosas buenas y nobles existen, los dioses no conceden a los hombres ninguna sin esfuerzo ni solicitud, sino que, si quieres que los dioses te sean propicios, hónralos; si quieres que tus amigos te estimen, hazles favores, y si quieres que alguna ciudad te honre, tendrás que ponerte a su servicio; si pretendes que toda Grecia te admire por tu valor, has de

intentar hacer algún bien a toda Grecia; si quieres que la tierra te dé frutos abundantes, tienes que cultivarla; si crees que debes enriquecerte con el ganado, tendrás que preocuparte del ganado; si aspiras a prosperar con las actividades bélicas y quieres tener poder para liberar a tus amigos y someter a tus enemigos, debes aprender las artes marciales de quienes las conocen y ejercitarte en la manera de utilizarlas. Pero si quieres adquirir poderío físico, tendrás que acostumbrar a tu cuerpo a someterse a la inteligencia y entrenarlo a fuerza de trabajos y sudores.»

Ambas traducciones son gramaticalmente correctas, impecables. Ningún profesor tendría nada que objetar.

Pero ¿cuál de las dos os resulta —nos resulta— más cercana?

Basta una alfa para quitar: la *α* privativa

El sentido literal de ἀφθόνους, que aparece en el pasaje de Jenofonte, es «carente de envidia» y, por consiguiente, en sentido figurado, «abundante», «generoso». El adjetivo en cuestión está formado de hecho por ἀ + φθόνος, esto es «maledicencia», «envidia».

Vemos aquí en acción un ejemplo de una de las particularidades más geniales del griego antiguo: basta una letra, la alfa, *α*, para quitar, para negar el sentido y cambiarlo en su contrario. Es la llamada alfa privativa, del griego στειναικός, «que tiene cualidad negativa»: ninguna lengua ha utilizado nunca un instrumento tan simple y a la vez definitivo para transformar el significado de una palabra en su contrario.

La vocal alfa, añadida al comienzo de un nombre o de un verbo, niega y excluye por completo su significado original y lo transforma en un nombre o un verbo completamente distinto, como el adjetivo citado antes. Gracias a esta característica del griego, cualquier palabra podía, pues, transformarse en su contraria con el simple añadido de la letra *α*: de hecho, el vocabulario que tenía a su disposición el hablante se multiplicaba por dos, con una variedad infinita de significados a su alcance para expresar (o negar y transformar) la realidad. La alfa privativa puede indicar, según los casos, carencia, como ἀκέφαλος, «sin cabeza»; privación, como ἄπολις, «sin patria»; negación, como ἄβιος, «invivable».

El uso de *a-/an-* delante de las palabras para indicar privación ha sobrevivido y es habitual en casi todas las lenguas europeas: nuestro idioma utiliza alternativamente la *a-* de origen griego, como en, por ejemplo, «amorab», y el *in-* de origen latino, como en «incivil». No obstante, el empleo de los prefijos de negación está ya adjudicado casi siempre de forma fija y codificado en palabras de valor concreto, y por tanto carentes del significado opuesto, como «analgésico».

Se ha perdido, por tanto, la fuerza original de la *alfa*, una sola letra que podía alterar el significado de casi cualquier palabra, redoblándola.

Una última observación: también las lenguas germánicas, como el alemán y el inglés, usan con frecuencia los prefijos de negación. Baste pensar en el *un-* inglés: por ejemplo, *unfinished* (*Unfinished sympathy* es el título de una estupenda canción de los Massive Attack).

Resulta curioso observar la herencia de cinco años pasados traduciendo griego en el liceo clásico diez, veinte, treinta años después de haber obtenido el diploma. No me refiero a la herencia gramatical, sino a la impronta que el

manejo de esta lengua antigua deja de manera indeleble en la de quien la ha estudiado.

A los que han ido al liceo clásico a menudo se los reconoce con frecuencia (no solo por las gafas que llevan casi siempre). Se los reconoce por la forma de hablar y de escribir, signo concreto de que el griego ha *entrado* dentro de ellos, en su manera de ver y de expresar el mundo en nuestro idioma, sin que haya vuelto a salir. Aparte de la riqueza de vocabulario —inevitable cuando se han pasado cinco años estudiando palabras hermosísimas: *parole, parole, parole...*— y de cierta propensión a la hipotaxis —esto es, a discursos complicados, compuestos de largas oraciones subordinadas—, algunos modismos del griego no solo sobreviven, sino que *viven* en quien ha estudiado esa lengua.

In primis, la correlación. A fuerza de traducir textos en los que los conceptos se contraponen lógicamente (¡a los griegos les encantaba contraponer para reforzar la densidad lógica!), las frases de quien ha trabajado el griego a menudo son binarias y están repletas de «por un lado... / por otro...», o de «no solo..., sino también...». Claro legado de todos los μέν... / δέ... y de los οὐ μόνον... / ἀλλὰ καί... encontrados centenares de veces en los textos griegos.

In secundis, la pretensión de coherencia lógica. Resulta difícil, muy difícil que a quien ha sudado intentado seguir el hilo de las especulaciones lógicas impecables de los diálogos de Platón, le tomen el pelo hoy día un artículo periodístico manipulado, el discurso incongruente de un político, una opinión no pedida colgada en Facebook o las instrucciones contradictorias de un manual de Ikea.

Algunos conservan el vicio de las etimologías del griego; yo, por ejemplo, que no puedo dejar de *ver* que la palabra «geografía» deriva del griego y significa «describir la tierra», o que «teléfono» significa «llamar de lejos», del sustantivo φωνή («VOZ») y del verbo φωνάζω («llamar»).

Otros, en cambio, conservan el recuerdo de guerras antiguas, de falanges, de tácticas militares, de naves trirremes, de campamentos, de bárbaros, de divinidades y héroes; y se sienten a su vez héroes cuando miran las superproducciones norteamericanas, quedando genial con los amigos.

Por último, no tengo datos estadísticos a mano, pero creo que el uso del punto y coma en italiano ha sido librado de su extinción definitiva solo por los que han ido al liceo clásico. Cinco años pasados reproduciendo el signo griego de puntuación «·» por «;» dejan su impronta; y tanto que la dejan.

En efecto, haber estudiado griego antiguo imprime cierto carácter en la forma de hablar, de escribir y de pensar; o cierta *rareza*, podríamos decir. Y, aunque no la hayamos amado cuando estábamos sentados en el pupitre, esta lengua seguirá siendo siempre nuestra, estando dentro de nosotros, y tenderá a salir a la superficie en formas y en situaciones inesperadas y fulgurantes.

«Abre la mente», es lo que se dice del griego antiguo desde siempre. Y es verdad. El liceo clásico abre mucho la mente: la abre de par en par hacia la edad adulta.

Con tenacidad y obstinación, y con una buena dosis de sacrificio, el estudio escolar del griego enseña a reconocer y a descifrar las múltiples facetas de la vida y sus colores; que no son nunca blanco o negro, como creemos cuando somos unos muchachos que o amamos u odiamos, sino de una infinita y densa gama de grises. La satisfacción, el orgullo, la frustración, la desilusión que comporta aprender esta lengua, hacen que sea más fácil luego manejar las alegrías y las penas del mundo adulto.

No es solo una cuestión lingüística, es una cuestión de actitud ante la vida; los chicos que de pronto se han visto en la tesitura de desenredar unos conceptos más grandes que ellos mismos, conocen con mayor precisión el perímetro de la dificultad y de la felicidad, del esfuerzo y de la ironía en el que se verán obligados a moverse en el mundo adulto. No importa que hayamos sido unos niños prodigio o unos verdaderos ineptos en griego. Estudiando esa lengua a una edad tan temprana se madura una habilidad para las cosas humanas que ninguna otra escuela —creo— puede regalar. En cierto modo, ir al liceo clásico es como ser el protagonista (sin saberlo) de las tragedias y de las comedias griegas: en ellas se guarda el sentido primitivo y feroz del hecho de estar en el mundo y de ellas se aprende acerca de uno mismo, *mero alumno*; no sabiendo nunca con certeza si reír o llorar, si se ha ganado o se ha perdido, si se está cerca o lejos, si se ha entendido de verdad una cosa o no.

«He amado esa lengua por su flexibilidad de cuerpo entrenado, por la riqueza del vocabulario en el que en cada palabra se afirma el contacto directo y diverso con la realidad. La he amado porque casi todo lo mejor que los hombres han dicho ha sido dicho en griego.» Esto escribe Marguerite Yourcenar.

A veces pienso que el liceo clásico es una escuela *de adultos*. Precisamente

porque es difícil hace que la vida que está por venir sea más fácil. No importa que se decida olvidar el griego una vez entregado el examen de madurez o que se prefiera conservar su recuerdo.

No sé, en cambio, cuánto puede facilitar el estudio del griego la vida académica posterior; yo no cuento, puesto que he estudiado filología clásica. La mayoría de mis exalumnos dicen que sí, aunque ahora se dediquen a estudiar economía, odontología o lenguas extranjeras; uno incluso ha entrado en la marina, con gran orgullo para mí y también un poco de envidia. De lo que sí estoy segura es de que el estudio del griego contribuye a desarrollar el talento de vivir, de amar y de trabajar, de elegir y de asumir la responsabilidad de éxitos y fracasos. Y contribuye a saber gozar de las cosas, aunque no todo sea perfecto.

NOSOTROS Y EL GRIEGO. UNA HISTORIA

[...] *desde los puentes
del río descubriré dónde descansan
las gaviotas que tanto han viajado.*

*No me reconoceréis vosotros,
los que vais a casa sin mirar
no sabréis nunca quién es la muchacha
desterrada que os corta el paso y ríe.*

GIUSEPPE CONTE, *Poesie*

PREMISA: ¿QUÉ ES UNA LENGUA?

Una lengua, cualquier lengua, es humana; en todas y cada una de sus palabras. La *vida* de una lengua no está en el funcionamiento de la psique —en cada pensamiento por separado— ni en los órganos fonadores —en los labios, en la garganta— del que habla. La *vida* de una lengua está en los seres humanos que se sirven de ella para concebir el mundo y para vivir expresándolo mediante palabras; la vida de una lengua, pues, está en la *sociedad*.

Una lengua, como investigaron durante largo tiempo Saussure y Antoine Meillet, es un *hecho social*, porque expresa cierta idea irrepetible del mundo. El lenguaje sirve a los hombres que comparten esa idea del mundo *para hacerse entender y ser entendidos*. Una lengua no puede existir sin los hombres y las mujeres que hablan y escriben en esa lengua: si una lengua existe sin que haya ya seres humanos que la usen para expresarse, entonces se define como *lengua muerta*.

Al mismo tiempo, una lengua es *inmanente*, independiente de cada individuo en particular: no basta que uno solo altere una palabra para que de repente cambie la lengua de todos. Cualquier cambio lingüístico es ante todo un cambio social; si cambia la sociedad que habla esa lengua, entonces la

lengua cambiará con ella.

La lingüística es la ciencia que estudia las lenguas y sus cambios. No es una ciencia exacta, matemática, natural; es una ciencia social. Si el sentido de la lengua no es un conjunto de reglas, la lingüística contemporánea enlaza con la arqueología, la antropología, la estadística, la geografía social, la etnología, la economía y, ante todo, con la sociología.

Una lengua no es *ingeniería*: no es posible determinar leyes incontrovertibles que gobiernen el cambio de las palabras, del mismo modo que no existen leyes ineludibles que gobiernen el cambio de cualquier ser humano.

Observando el italiano que ha llegado a nosotros —el de Petrarca, Ariosto, Manzoni o Calvino—, a menudo se tiene la impresión de que una lengua se transmite sola de generación en generación (treinta o poco más son las que separan nuestro italiano del de Dante Alighieri). Y de ese modo se acaba por creer que las alteraciones de nuestra lengua —una palabra que desaparece, una que aparece, una sílaba final que se corta, una sílaba inicial que se añade, verbos olvidados y verbos llegados de otra parte, de otras lenguas— son solo el fruto o un incidente de esta transmisión mecánica de padres a hijos, de boca en boca.

Cualquiera que haya visto a un niño aprender a hablar —¡oh maravilla!— sabe que no es así. No hace falta ninguna academia para demostrar que un error o una fantasía individual no bastan para cambiar una lengua en todos sus hablantes; de la singularidad extraña no queda más que una sonrisa. Al mismo tiempo, cualquiera que haya viajado a un país extranjero conoce la sensación de marginación, de confusión o de extravío que se experimenta al no comprender la lengua del lugar; no basta balbucir una palabra en italiano para cambiar la lengua de los otros (también en este caso no queda más que una sonrisa, como nuestros inmigrantes que dan las gracias después de haber recibido un insulto sin haberlo entendido; y quién sabe cuántas veces nos habrá pasado lo mismo a nosotros, viajeros *smart* con la guía Lonely Planet en la mano).

La lengua, pues, es el instrumento de una civilización y la expresión de una conciencia unitaria de pueblo. No de nación; esa viene después, con las fronteras verticales o torcidas trazadas en el mapamundi por vaya usted a saber quién y vaya usted a saber por qué (o tal vez para eso precisamente

sirvan las guerras y las religiones). No basta ni sirve ser un Estado para tener una lengua común. Piénsese en las múltiples lenguas de la India, por ejemplo, o en el árabe hablado desde Marruecos hasta Irak, o en el inglés hablado *en todas partes*. ¿Entonces somos todos ingleses? Rotundamente no.

La geografía política no tiene nada que ver con la lingüística; la geografía humana, en cambio, sí. Si no es suficiente una unidad nacional, lo que sí es necesario para formar una lengua común es una unidad cultural.

Y si el sentido de una lengua está en el modo de concebir el mundo y de expresarlo por medio de palabras que tiene un pueblo, quizá ninguna lengua pueda iluminar esta verdad mejor que el griego. Los griegos no han sido durante milenios un *Estado* o una *nación*, sino que siempre han sido un *pueblo*. Obligados constantemente a regular su lengua con su concepción de la vida, han formado, limado, amado o renegado del *griego* eligiendo todas y cada una de sus palabras y prefiriéndolas antes que las palabras de los pueblos vecinos o tal vez usurpadores, siglo tras siglo, milenio tras milenio.

Lengua viva, lengua muerta: el significado del griego se encierra en la mirada, en la historia y sobre todo en *la manera de pensar de los griegos*, de quienes nos llegan las *postales lejanas* reunidas en este libro.

EL INDOEUROPEO

De los griegos conocemos su pretérito anterior: es una lengua indoeuropea. Es cierto, se dice siempre así, «indoeuropeo», para explicar —casi para justificar o excusar— la particularísima naturaleza del griego.

Pero ¿qué significa exactamente *lengua indoeuropea*? El indoeuropeo es una lengua de la que no ha quedado rastro y que nunca fue escrita; no queda, pues, testimonio alguno de ella, ni memoria del pueblo que la usó. Pero las concordancias entre la mayor parte de las lenguas de Europa (podríamos decir *todas las lenguas europeas*, con excepción del ibérico y del vasco, del etrusco, del finlandés, del húngaro y del turco) y algunas lenguas de Asia (el armenio, el iranio, las lenguas de la India y el sánscrito) son demasiado evidentes para ser solo fruto del mero azar. Las coincidencias entre casi todas las lenguas, antiguas y modernas, que atraviesan Europa y Asia demuestran, por tanto, que estamos ante evoluciones de una lengua original más antigua: el indoeuropeo.

Perdida su memoria, no queda más que la reconstrucción; las nociones que

tenemos hoy en día del indoeuropeo son fruto de estudios muy precisos de lingüística histórica llevados a cabo para recomponer los fragmentos y profundizar en el conocimiento de una de las primerísimas lenguas habladas en el mundo. Si una lengua es la transformación de una lengua más antigua, significa que han existido seres humanos que en un determinado momento utilizaron la misma pronunciación, el mismo vocabulario, la misma gramática para definir el mundo; *para hacerse entender y para ser entendidos*.

Sin embargo, en ningún momento ni en ningún lugar existirán nunca dos individuos que hablen y escriban exactamente de la misma manera. Y tampoco es posible que una lengua se transmita sin cambios ni alteraciones de una generación a otra. ¿Acaso hablamos hoy el mismo italiano (o el mismo español) que nuestra abuela? ¿Acaso escribimos todos la misma tarjeta — mejor dicho, el mismo sms— de felicitación? Intentad pensar en cuánto ha cambiado nuestro mundo —y, por lo tanto, las palabras usadas para expresarlo — en solo cincuenta años, desde la tecnología hasta la ciencia, desde la medicina hasta la política. Intentad tener en cuenta cuántas palabras han servido en solo medio siglo para designar objetos y conceptos nuevos, *inéditos*, etimológicamente *no dichos ni pensados nunca*. Y, en cambio, cuántas palabras han desaparecido para no expresar nunca más objetos y conceptos ahora olvidados, perdidos, *obsoletos*, etimológicamente *gastados y descoloridos*.

Por último, también los medios de comunicación contribuyen a cambiar una lengua, desde la radio hasta la televisión, desde la carta hasta el correo electrónico, hasta la era de la tecnología de las redes sociales en todos sus «multiformes artilugios».

En el caso del indoeuropeo, la *misma* lengua hablada por el *mismo* pueblo se modificó a lo largo de los siglos, como sucede con cualquier otra lengua.

Pero si los seres humanos no mantienen entre sí los mismos lazos sociales y culturales que los unían cuando compartían además un lenguaje común, entonces no tendremos ya un solo pueblo, sino pueblos *distintos*, con innovaciones lingüísticas *distintas* y, en definitiva, lenguas *distintas*. Se tratará, pues, de lenguas que, aun derivando de la misma *lengua madre* (*indoeuropea*), son *diferentes* en la conciencia de los hablantes, precisamente porque se han *diferenciado* los pueblos que utilizan esas lenguas para expresar sociedades igualmente *diferentes* (y *diferenciales*). Cuando los seres humanos no tienen ya conciencia de hablar la misma lengua porque tienen conciencia de pertenecer a un pueblo *distinto*, las diferencias lingüísticas se hacen cada vez

mayores, enormes, y las lenguas se vuelven *lejanas, remotas*.

Así fue como sucedió con las lenguas romances: el latín se transformó con rapidez en francés, italiano, español, rumano, portugués, catalán y provenzal, mientras se constituían nuevos *pueblos* y nuevas *civilizaciones* como consecuencia de la caída del Imperio romano.

Además de las lenguas romances o neolatinas, del indoeuropeo derivan, por tanto, el grupo germánico, con el inglés, el alemán, el holandés, el noruego, el danés y el islandés; el grupo celta, con el galés, el bretón y el irlandés; el grupo indoiranio, con el sánscrito, el védico, el persa, el urdu, los idiomas hablados por diversas minorías lingüísticas desde Omán hasta Afganistán y Pakistán, o el avéstico de las escrituras zoroástricas, y el grupo balto-eslavo, con el esloveno, el serbio, el bosnio, el búlgaro, el ruso, el polaco, el bielorruso o el ucraniano.

«Todas las imágenes desaparecerán»: así comienza el maravilloso libro de Annie Ernaux, *Los años*, dedicado a la memoria individual de un pueblo.

Hoy en día nos cuesta trabajo considerar *hermanos*, al menos en el ámbito lingüístico, a los pueblos que habitan nuestro continente, de este a oeste. Del mismo modo los griegos del siglo V a.C. veían en los persas solo a unos *bárbaros*, y no podían concebir y mucho menos reconocer la estrecha comunidad que tenían con la lengua y la cultura persa o hitita.

Sin embargo, hoy en italiano decimos *padre*, del mismo modo que en griego se dice *πατήρ*, en francés *père*, en sánscrito *pitar*, en gótico *fader*, y por ende *father* en inglés y *Vater* en alemán. Palabras todas derivadas de una forma común: el indoeuropeo **pater*. Las palabras del afecto, de la familia, son las más lentas a la hora de palidecer, como los recuerdos. Análogamente reconocemos con certeza una raíz indoeuropea **mater* en el italiano y el español *madre*, en el sánscrito *matar*, en el griego *μήτηρ*, en el inglés *mother*, en el francés *mère* o en el eslavo *mati*.

Las raíces de las palabras, sin embargo, dicen poco de los seres humanos que las han escogido para expresar su personalísima concepción del mundo; y nosotros ni siquiera conocemos ese *mundo*, estaremos siempre excluidos de él. Todo lo que se sabe es que existió un pueblo que, entre el V y el II milenio a.C., tuvo una lengua *común*, y por lo tanto una sociedad *común*, que luego se diferenció con el tiempo en lenguas *distintas* y sociedades *distintas*. La arqueología ha sacado a la luz en Europa y en Asia restos de la civilización de la Edad del Bronce que debieron de pertenecer a una llamada «civilización indoeuropea». Aun así, armas, herramientas, restos de construcciones, son

solo fuentes de hipótesis de historia y migajas de sentido que no nos proporcionan una imagen de aquella población genial, y menos aún de la lengua que hablaba cotidianamente mientras progresaba hacia el futuro pagando el precio del olvido. La arqueología es una ciencia preciosa, pero muda.

Si la lengua indoeuropea se difundió por un territorio tan amplio fue porque el pueblo indoeuropeo llevaba consigo una civilización y una cultura unitaria, compartida, distintiva y dominante (así, por ejemplo, el inglés siguió siendo la lengua de Estados Unidos incluso tras su independencia, lo mismo que el español y el portugués en América del Sur y el francés en algunos países de África).

A la hora de definir la geografía originaria de ese pueblo, en algunos casos resultan de gran utilidad sus palabras y, por ende, su manera de expresar el mundo. Por ejemplo, los nombres de plantas son fácilmente localizables: es la botánica, simplemente es la *naturaleza*. Se conjetura, por ejemplo, que la lengua indoeuropea poseía la palabra para designar el «abedul», que encontramos con la misma raíz en sánscrito, en iranio, en eslavo, en ruso, en lituano, en sueco y en alemán. El abedul es un árbol típico de las montañas, propio de un clima frío y húmedo. No hay abedules, pues, en Grecia; por eso no se encuentra ya esta palabra en griego, voluntariamente abandonada por un pueblo que se estableció en un territorio en el que dicho vocablo era *inútil* por completo. Consideraciones lingüísticas semejantes, unidas a los estudios arqueológicos y etnográficos, permiten por eso situar a las poblaciones indoeuropeas en las regiones del norte del mar Caspio y del mar Negro. Desde allí, a partir del IV milenio a.C., comenzaron un largo proceso de migración y de asentamiento en el continente euroasiático.

Fue, pues, en el curso de esta marcha milenaria en dirección este-oeste y norte-sur cuando se desarrollaron unas sociedades *nuevas y distintas*, fruto del contacto con poblaciones diferentes y del establecimiento en territorios distintos; y con esas sociedades *nuevas y distintas* se llegaron a crear lenguas *nuevas y distintas*. Entre esas lenguas se originó el griego, hablado por poblaciones indoeuropeas que penetraron en la península Helénica y en las islas alrededor del año 2000 a.C.

EL GRIEGO ANTES DEL GRIEGO: EL GRIEGO COMÚN

Del griego conocemos también su pasado remoto: el griego *común o prehistórico*, o sea, la lengua griega unitaria que constituye la base de todos los dialectos posteriores, y que se desarrolló en torno al II milenio a.C.

No podemos decir nada de lo que sucedió entre la época indoeuropea y la *prehistoria* del griego; no poseemos testimonios que vayan de un extremo a otro de esta historia de la lengua, de más de un milenio de duración, sino solo hipótesis, restos arqueológicos silenciosos e intuiciones luminosas sobre los cuales trabajar.

Bien es verdad que la palabra *θάλαττα*, «mar» —la palabra que los soldados de Jenofonte gritan entre lágrimas de alegría al divisar el mar Negro desde las alturas de Trebisonda, tras un año de marcha desesperada—, no es griega, ni mucho menos indoeuropea.

Ἐπεὶ δὲ οἱ πρῶτοι ἐγένοντο ἐπὶ τοῦ ὄρους καὶ κατείδον τὴν θάλατταν, κραυγὴ πολλὴ ἐγένετο. Ἀκούσας δὲ ὁ Ξενοφῶν καὶ οἱ ὀπισθοφύλακες φήθησαν ἔμπροσθεν ἄλλους ἐπιτίθεσθαι πολεμίους· εἶποντο γὰρ ὀπισθεν ἐκ τῆς καιομένης χώρας, καὶ αὐτῶν οἱ ὀπισθοφύλακες ἀπέκτεινάν τε τινας καὶ ἐζώγρησαν ἐνέδραν ποιησάμενοι, καὶ γέρρα ἔλαβον δασειῶν βοῶν ὠμοβόεια ἀμφὶ τὰ εἴκοσιν. Ἐπειδὴ δὲ βοὴ πλείων τε ἐγένετο καὶ ἐγγύτερον καὶ οἱ αἰεὶ ἐπιόντες ἔθεον δρόμῳ ἐπὶ τοὺς αἰεὶ βοῶντας καὶ πολλῶ μείζων ἐγένετο ἢ βοὴ ὅσῳ δὴ πλείους ἐγένοντο, ἐδόκει δὴ μείζον τι εἶναι τῷ Ξενοφῶντι, καὶ ἀναβάς ἐφ' ἵππον καὶ Λύκιον καὶ τοὺς ἱππέας ἀναλαβὼν παρεβόηθει· καὶ τάχα δὴ ἀκούουσι βοῶντων τῶν στρατιωτῶν Θάλαττα θάλαττα καὶ παρεγγυόντων. Ἐνθα δὴ ἔθεον πάντες καὶ οἱ ὀπισθοφύλακες, καὶ τὰ ὑποζύγια ἠλαύνετο καὶ οἱ ἵπποι. Ἐπεὶ δὲ ἀφίκοντο πάντες ἐπὶ τὸ ἄκρον, ἐνταῦθα δὴ περιέβαλλον ἀλλήλους καὶ στρατηγούς καὶ λοχαγούς δακρῦντες.

«Cuando los primeros alcanzaron la cima y divisaron el mar, se produjo un gran griterío. Al oírlo Jenofonte y los de la retaguardia, imaginaron que otros enemigos los atacaban de frente, pues los seguía por detrás un numeroso tropel procedente del territorio incendiado. Los de la retaguardia mataron a algunos de sus integrantes e hicieron prisioneros tendiendo una emboscada, y también capturaron unos veinte escudos de mimbre recubiertos de piel de buey sin curtir y con pelos. Pero como las voces eran cada vez más fuertes y se oían cada vez más cerca, y los que iban avanzando se dirigían a la carrera al encuentro de los que gritaban sin parar, de modo que el clamor se hacía mayor a medida que aumentaba el número de gente, Jenofonte determinó que se trataba de algo más importante. Salió a caballo y, escoltado por Licio y sus jinetes, acudió en su ayuda. Y pronto oyen a los soldados que gritan: “¡El mar, el mar!”, y que van transmitiéndolo de boca en boca. Entonces todos echaron a correr, incluso los de retaguardia, y hasta las bestias de carga y los caballos eran agujados también. Cuando todos llegaron a la cima, allí se abrazaban unos a otros, estrategas y capitanes, llorando.»(13)

Hubo una época en la que el griego no tenía —o había olvidado— la palabra para llamar al *mar*. Ello demuestra que los pueblos indoeuropeos originales provenían de regiones del interior, montañosas, muy alejadas de la costa. Existe, sí, una raíz común indoeuropea **mor* atestiguada en distintas lenguas antiguas y modernas. En latín, *mare* (de donde deriva el italiano *mare*, el francés *mer* y el español *mar*) indica justamente una extensión de agua sin límites, opuesta al estanque o al lago, el *lacus*. Por el contrario, el ruso *more* o

el eslavo *mor* designan una pequeña cuenca de agua estancada, limitada, como el pantano, a diferencia del mar. Sin embargo, en la mayor parte de las lenguas indoeuropeas falta por completo una raíz común de la palabra *mar*.

Así pues, cuando una parte del pueblo indoeuropeo, convertido ya en *pueblo griego*, encontró el Mediterráneo, se vio obligado a designarlo con nombres *nuevos, distintos*; como *nueva y distinta* había pasado a ser su civilización ante la presencia del mar.

El griego optó entonces por llamar al mar ἡ ἄλς, «la extensión salada», en femenino, para distinguirlo de ὁ ἄλς, «la sal», en masculino. En ninguna otra lengua el nombre de la *sal* designa al *mar* como hace el griego antiguo; solo una lengua que se encontró ante la necesidad práctica y humana de dar un nombre a una cosa nunca vista, quizá con la misma conmovedora emoción de los soldados de Jenofonte camino a casa, Grecia.

El griego posee además otras palabras —realmente fascinantes— para denominar el *mar*, todas ellas distintas: ὁ πόντος, «el paso», «el sendero» hacia otro lugar, como de hecho es el mar navegable (este significado lo encontramos también en el latín *pons*, el italiano *ponte* y el español *punte*); ὁ πέλαγος, «la zona llana», «la superficie», de etimología incierta, y que indica precisamente la extensión llana y profunda del mar, semejante a una llanura o a una pradera de color azul (a su vez en latín nos encontramos *planus*, «el llano», y luego en italiano *pelago* y en español *piélago*); por último, el término griego más corriente para indicar el mar, esa θάλαττα invocada por Jenofonte, es de origen oscuro, proveniente tal vez de algún pueblo desconocido presente ya en el Mediterráneo. Un término sin precursores ni sucesores en ninguna otra lengua del mundo salvo el griego.

Todos los dialectos griegos que conocemos y leemos derivan de una lengua irremediablemente distinta ya del indoeuropeo: el griego *común* o *prehistórico*.

Las lenguas no se transforman nunca con tanta rapidez como cuando se vuelven *imperiales*, es decir, cuando son lenguas de *conquistadores*. Podemos, pues, conjeturar que el griego *común* empezó a alterarse cuando se convirtió en la lengua de un pueblo griego capaz de realizar grandes conquistas, políticas y sobre todo culturales. Pero de todos estos sucesos solo podemos avanzar hipótesis, a falta de testimonios escritos y de datos

históricos. Una vez más recibimos ayuda si echamos una ojeada por debajo de la superficie de las palabras.

Es el caso de dos vocablos idénticos, salvo por la diferencia en su acento: ὁ νομός, «el pasto», y ὁ νόμος, «la ley». Los dos derivan de una raíz común νομ/νεμ que significa «repartir», «distribuir». El primero, ὁ νομός, indica la «porción de terreno confiada al νομάς' (“el pastor”))», y nos remite a una fase de pastoreo todavía nómada; precisamente ese es el origen de nuestra palabra *nomadismo*. El segundo, ὁ νόμος, nos remite, en cambio, a una sociedad ligada de manera estable a un territorio concreto en el que los pastos eran asignados por *derecho*, o sea por *ley*; la civilización griega cambió y con ella cambió el sentido profundo de las palabras.

Aún hoy, en griego moderno, νόμος significa «la ley» y νομός, la provincia o el distrito administrativo, como Νομός Θεσσαλονίκης, «la provincia de Salónica».

Del indoeuropeo, el griego *prehistórico* —y por ende el griego *antiguo*— conserva estructuras distintivas y formidables, portadoras del antiguo sentido y de la antigua visión del mundo. La primera entre ellas es la clara distinción entre el sistema nominal y el sistema verbal. Cada nombre posee tres géneros, masculino, femenino y neutro, y tres números, singular, dual y plural, y se articula en un sistema de casos. Cada verbo posee dos voces, activa y media/pasiva, tres personas y tres números, los modos finitos (indicativo, imperativo, subjuntivo y optativo) y las formas no personales (participio e infinitivo).

Por último, la categoría temporal es marginal y se halla subordinada al valor aspectual de la acción; la acción se expresa justamente como debía de ser concebida en indoeuropeo, no a partir del *cuándo*, sino a partir del *cómo*, de sus consecuencias sobre los hablantes. Los tres temas verbales, presente, aoristo y perfecto, indicaban, pues, el aspecto del verbo, no su tiempo.

Por un raro accidente histórico realmente espectacular, el griego antiguo aparece en el I milenio a.C. ya del todo constituido, ya del todo formado, ya *adulto*, ya *presente*; nada nos queda de su pasado remoto ni de su pasado anterior. De hecho, ninguna otra lengua de origen indoeuropeo entra en el escenario de la historia con tantas innovaciones documentadas como el griego antiguo, pero sin huella alguna de sus evoluciones previas. Se trata del primer paso de la lengua griega por un sendero único y aislado respecto a las otras lenguas indoeuropeas; un sendero único que se convertirá luego en solitaria carretera principal, como demuestra la historia posterior del griego, única lengua de Europa que ha seguido cambiando *dentro de sí misma* sin cambiar a

otra cosa distinta de ella.

La soledad del griego, pues; siempre.

MUCHOS DIALECTOS DISTINTOS Y UN SOLO GRIEGO CLÁSICO. SÍ, PERO ¿CUÁL?

Las formas en las que se presenta el griego ante la historia —y por consiguiente ante nuestros ojos y en nuestros libros— son diversas. Muy diversas. Cada región, cada ciudad posee una variedad de lengua propia: la que leemos en los documentos oficiales o en los textos privados. Cada género literario tiene además su propia lengua canónica que, a su vez, cada escritor utiliza de un modo completamente personal.

En resumen, al menos en la época más antigua del griego antiguo, entre los siglos VI y V a.C., podemos decir que existían tantas formas de griego como textos (¡y, por tanto, como hablantes!). Estas diversas formas del griego antiguo se agrupaban en unidades lingüísticas llamadas *dialectos*.

Para comprender lo que significaba entender y hacerse entender en griego es fundamental no olvidar nunca un dato: los griegos no fueron nunca un *Estado* unitario. Lo que sí fueron siempre fue un *pueblo* unido, cohesionado, orgulloso; y quizá lo sigan siendo siempre.

En resumen, Grecia, en cuanto Estado *político*, no existió nunca (al menos hasta el 1832 d.C., libre ya de dominaciones extranjeras). Pero el pueblo griego, el *hecho de ser griegos*, el *mundo griego* que describe Heródoto, τὸ Ἑλληνικόν, existió siempre, desde Homero hasta nuestros días. He aquí cómo respondieron los atenienses a los lacedemonios —los espartanos—, que temían que se aliaran con el rey de Persia:

Τὸ μὲν δεῖσαι Λακεδαιμονίους μὴ ὁμολογήσωμεν τῷ βαρβάρῳ, κάρτα ἀνθρωπῆιον ἦν· ἀτὰρ αἰσχροῦς γε οἴκατε ἐξεπιστάμενοι τὸ Ἀθηναίων φρόνημα ἀρρωδῆσαι, ὅτι οὔτε χρυσός ἐστι γῆς οὐδαμῶθι τοσοῦτος οὔτε χώρα κάλλει καὶ ἀρετῇ μέγα ὑπερφέρουσα, τὰ ἡμεῖς δεξάμενοι ἐθέλοισιν ἂν μηδίσαντες καταδουλώσαι τὴν Ἑλλάδα. Πολλά τε γὰρ καὶ μεγάλα ἐστὶ τὰ διακωλύοντα ταῦτα μὴ ποιέειν μηδ' ἦν ἐθέλωμεν, πρῶτα μὲν καὶ μέγιστα τῶν θεῶν τὰ ἀγάλματα καὶ τὰ οἰκήματα ἐμπερησμένα τε καὶ συγκεχωσμένα, τοῖσι ἡμέας ἀναγκαίως ἔχει τιμωρέειν ἐς τὰ μέγιστα μᾶλλον ἢ περ ὁμολογέειν τῷ ταῦτα ἐργασαμένῳ, αὐτίς δὲ τὸ Ἑλληνικὸν ἐν ὁμαμίον τε καὶ ὁμόγλωσσον καὶ θεῶν ἰδρύματά τε κοινὰ καὶ θυσίαι ἡθεᾶ τε ὁμότροπα, τῶν προδότας γενέσθαι Ἀθηναίους οὐκ ἂν εὖ ἔχοι.

«El hecho de que los lacedemonios temieran que pudiésemos llegar a un acuerdo con el bárbaro era del todo humano; pero que os hayáis asustado, conociendo como conocéis la manera de pensar de los atenienses, se nos antoja a todas luces una vergüenza, porque no hay en toda la tierra oro suficiente, ni una comarca tan excepcional por su belleza y su fertilidad como para que estuviésemos dispuestos, a ese precio, a abrazar la causa de los medos y a esclavizar a la Hélade. De hecho, hay muchas y poderosas razones que nos impiden hacerlo aunque quisiéramos. La primera y principal la constituye el incendio y la destrucción de las imágenes y los templos de los

dioses, que exigen de nosotros una implacable venganza, en vez de pactar con el autor de tales sacrilegios; por otro lado, está el mundo griego, con su identidad racial y lingüística, con su comunidad de santuarios y de sacrificios a los dioses, y con usos y costumbres similares, cosas que, de traicionarlas, supondrían un baldón para los atenienses.»(14)

El «mundo griego», *el hecho de ser griegos*, es el único dato sorprendente y, sin embargo, fundamental para entender la lengua griega, ya sea *prehistórica, clásica o moderna*. Y esa es la clave para entender el griego, el reto intelectual que constituye la base de este libro: *pensar como los griegos y decirlo en su griego*.

La *polis* griega, ἡ πόλις, era en su origen un fuerte militar: una ciudadela, un burgo fortificado, lo mismo que el latín *castrum* o el alemán *Burg*. Servía para defender a sus habitantes de los posibles ataques de los invasores o de los pueblos del interior; a menudo se levantaba en una posición eminente, para dominar el horizonte, y entonces se llamaba «acrópolis», ἡ ἀκρόπολις. Sin embargo, los griegos no tardaron en reunir también en el interior del burgo fortificado las sedes de sus cultos más importantes, las instituciones, las escuelas, las actividades intelectuales, y de hacer de él el centro y el motor de su poder político y cultural.

La palabra πόλις pasó a designar, pues, a *la ciudad* —Atenas, Esparta, Corinto, Tebas— y, para los griegos, la *ciudad* indicaba también el *Estado* al que una persona pertenecía. Podía darse el caso de que una ciudad estuviera federada con otras o fuera su aliada, pero siempre seguiría siendo guardiana celosísima de sus tradiciones y de sus valores, así como de su lengua particular. Ninguna πόλις habría renunciado nunca a su propia esencia, a su razón de ser: la libertad. Es, como escribe Heródoto, la unión de un pueblo basada no en un estatuto político, sino en «su identidad racial y lingüística, con su comunidad de santuarios y de sacrificios a los dioses, y con usos y costumbres similares». Por lo demás, en los santuarios de Delfos y de Olimpia confluían todos los griegos de todas las regiones, lo mismo que en los Juegos Olímpicos. El arte, la poesía y la filosofía circulaban por todas partes, el debate intelectual era compartido en todo el mundo griego, sin que existiera barrera lingüística alguna.

El «mundo griego», *el hecho de ser griegos*, τὸ Ἑλληνικόν, se oponía *al hecho de ser bárbaro*, βάρβαρος, término que designaba al *extranjero* proveniente de cualquier tierra, cercana o lejana, que tuviera una lengua y una cultura extraña a la griega.

Volvamos al griego clásico y a sus numerosos dialectos: podemos afirmar con seguridad que no existió nunca en época histórica una manera de hablar griego que fuera autónoma e independiente de las demás.

Según Tucídides, los griegos se entendían entre ellos de alguna manera antes ya de la guerra de Troya, aunque el nombre de Hélade «no [...] designaba todavía al país en su totalidad». οὐδὲ τοῦνομα τοῦτο ξύμπασά πω εἶχεν, dice el gran historiador en la sección «Arqueología», el *pasado*, con la que comienza su libro sobre la guerra del Peloponeso. Fue solo con ocasión de aquella mítica contienda cuando los griegos unieron sus esfuerzos, sus flotas, sus armas y su visión del mundo contra un enemigo común, y al fin se unieron bajo un mismo nombre.

Los poemas homéricos, la *Iliada* y la *Odisea*, son quizá el ejemplo más significativo de la unidad lingüística y cultural del mundo griego. Escritos en una lengua literaria *ad hoc* que preveía la mezcla de elementos dialectales diversos a partir de una base jónica, los versos que narran las aventuras de los héroes griegos en Troya se convirtieron en el repertorio más precioso de palabras, estilemas y expresiones que tendría a su disposición toda la literatura posterior, en todas las ciudades y en todos los dialectos. «Pues desde antiguo todos han aprendido de acuerdo con Homero», ἐξ ἀρχῆς καθ' Ὅμηρον, ἐπεὶ μεμαθήκασι πάντες, así escribe Jenófanes de Colofón (fr. 10 D-K). La *Iliada* y la *Odisea* no eran solo el relato poético de la guerra troyana desencadenada por el rapto de Helena y del regreso de Ulises a Ítaca; eran una verdadera enciclopedia de lo que era ser griego. La gente aprendía qué los hacía verdaderos griegos en sus hexámetros, repetidos de memoria por los aedos de ciudad en ciudad, junto con las gestas de los héroes. Los poemas homéricos poseen de hecho una enorme riqueza de nociones técnicas, diseminadas aquí y allá en la trama de la historia principal: desde el catálogo de las naves de guerra hasta el culto a los muertos, desde los ritos adivinatorios hasta las prescripciones alimenticias, desde el modo de consumir el vino hasta los deberes de hospitalidad, desde las recetas de cocina hasta las medicinas e incluso las indicaciones astronómicas.

Como nos dice Jenófanes, todos los griegos aprendieron a ser *griegos* (*D.O.*) en sus usos y costumbres y a diferenciarse de los que no eran griegos de acuerdo con Homero, a partir de la abigarrada mole de preceptos sociales (y de censuras, por supuesto) contenida en la *Iliada* y la *Odisea*, el manual práctico de pleno derecho que tenían el individuo griego y todo el mundo

griego.

Históricamente, diversas poblaciones indoeuropeas llegaron a Grecia alrededor del II milenio a.C., época de la compleja y evolucionada civilización micénica. En 1953 el joven inglés Michael Ventris logró descifrar las tablillas de arcilla descubiertas en el palacio real de Cnosos, en Creta, y en otros centros de poder como Pilos y Micenas. Tras sobrevivir por pura casualidad a los incendios que devastaron la ciudad cuando se produjo el hundimiento de la sociedad micénica, las tablillas contienen en su mayoría listas burocráticas y administrativas que se datan entre 1450 y 1110 a.C. Su lengua es el dialecto micénico, llamado también lineal B, para diferenciarlo del lineal A, una escritura parecida, pero todavía sin descifrar. El extraordinario descubrimiento de Ventris, tanto más importante por el tipo de escritura adoptada por los micénicos, silábica y no alfabética como la de los griegos *clásicos*, y compuesta por 88 signos, permitió reconocer los principales rasgos gramaticales y léxicos del dialecto griego más antiguo que haya llegado a nuestras manos.

Una segunda fase de la historia de Grecia vino marcada por nuevos flujos migratorios y ciertos acontecimientos de difícil reconstrucción; corresponden a la llamada *edad oscura*, sobre la cual se desarrollaron siniestras leyendas de catástrofes naturales, terremotos, tsunamis y hundimientos de pueblos e islas en el abismo. La escritura desapareció de golpe. Cuando volvió a la luz de la historia y de nuestro conocimiento, a partir del siglo VIII a.C., las transformaciones y los movimientos de pueblos habían definido ya un nuevo marco lingüístico y cultural, plenamente *griego*.

La lengua griega clásica se articula en cinco grupos dialectales distintos: el dórico, el eólico, el jonicoático, los dialectos del noroeste y el arcadiochipriota. Cada una de estas variedades de griego refleja la variedad de poblaciones helénicas que formaron Grecia y cuya memoria quedó consolidada en la épica, en la poesía y en las sagas genealógicas.

Los dorios llegaron procedentes del noroeste y ocuparon la península del Peloponeso, los eolios llegaron a Tesalia, Beocia y la isla de Lesbos, y los jonios se extendieron desde el Ática de Atenas hasta las Cícladas y Asia Menor. Más complejos y de difícil reconstrucción son los otros dos dialectos. El arcadiochipriota aúna lingüísticamente dos territorios muy alejados entre sí desde el punto de vista geográfico, Arcadia, en el Peloponeso, y la isla de

Chipre, al sur del Mediterráneo y a poca distancia de Turquía. Los dialectos noroccidentales, extendidos por Delfos, Epiro, Argos y Tebas muestran, en cambio, notables semejanzas con el dórico.

A este cuadro ya de por sí tan abigarrado, *expresionista*, diríamos, habría que añadir las lenguas literarias: las variantes dialectales propias de cada género literario más allá del origen lingüístico y geográfico del autor de la obra, que las utiliza con total libertad expresiva y artística. De ese modo, el jónico es el dialecto de los poemas homéricos, de la poesía y de la lírica, junto con el eólico. En el dialecto jónico de Asia Menor dieron los primeros pasos también la historiografía, con Hecateo de Mileto y Heródoto, la filosofía con Heráclito y la medicina con Hipócrates. Pero fue el ático, el ático de la πόλις por excelencia, Atenas, el que se convirtió en la gran lengua universal de la prosa, desde Tucídides hasta Platón, y del teatro.

Todas estas variedades de griego se hablaron *sincrónicamente* hasta la época de la unificación-sumisión *política* de Grecia por obra de Alejandro de Macedonia y de la decadencia de la lengua amalgamada en la κοινή. A pesar de todo, ni siquiera hubo un solo momento en la historia del griego en el que dos helenos fueran incapaces de comunicarse entre ellos.

¿Cuál era, pues, el griego utilizado para comunicarse entre los que no habitaban en una misma isla o en una misma pequeña *ciudad-estado*? ¿Cuál era la *lengua franca* usada en una tierra como Grecia, fragmentada tanto en lo político como en lo geográfico? Por último, la pregunta más lícita que quepa plantear: ¿*qué* griego antiguo exactamente aprendemos nosotros?

Ante todo, debemos subrayar que las diferencias entre una forma local de hablar y otra podían ser, en efecto, muy marcadas —el dialecto de Lesbos era muy distinto del de Esparta—, pero no hasta el punto de impedir la comunicación y la comprensión entre los hablantes. Y ello se debe a que todos los dialectos griegos derivan de ese *griego común* perdido del que conservan todos los rasgos fundamentales.

Además, las diferencias entre un dialecto y otro eran casi de naturaleza vocálica, con poquísimas diferencias gramaticales y sin excesivas disparidades lexicales. Si nos atrevemos a establecer un parangón con un fenómeno de nuestros tiempos, podríamos decir que entre el dialecto dórico y el dialecto eólico había desde luego menos diferencias de las que encontramos hoy día entre los numerosos dialectos de Italia; por ejemplo, entre el friulano y el toscano. Y quizá, si nos atrevemos todavía un poco más, una comparación apropiada para imaginar la variedad de los dialectos griegos podría ser la

distancia que separa hoy día, dentro de la misma región de Toscana, el florentino del livornés. Si en Florencia la /c/ *prevocálica* se aspira, aquí, en Livorno, esa misma /c/ es muda, se corta sin más; «somos gente sin aspiraciones», como diría el escritor Simone Lenzi. Sin embargo, tanto en la ciudad del Magnífico como en «la menos toscana de las ciudades toscanas», somos capaces de entendernos sin dificultad: poco importa que el perro —*cane*, en italiano— se diga *hane* o *ane*. Análogamente, la misma hogaza de harina de garbanzos se llama *torta* en Livorno y *cecina* en Pisa, a veinte kilómetros de distancia. En este caso, pisanos y livorneses *serían* capaces de entenderse a la perfección, con tal de que decidieran hablarse enterrando el hacha de guerra de un campanilismo tal que haría parecer tímido incluso a un espartano de la Antigüedad.

Lo extraordinario de la Grecia antigua es que no impuso ni fijó nunca una lengua común, ya fuera burocrática, literaria o religiosa. La libertad lingüística y la comprensión recíproca eran tales que no encontramos nada parecido en ninguna otra lengua. El griego antiguo fue, por tanto, siempre una lengua *democrática* en el sentido más etimológico posible del término: el uso del griego fue confiado con plena libertad a su pueblo y a su comprensión del mundo.

Y entonces, ¿cuál era la *lengua franca* de las comunicaciones, la lengua en la que nacieron y fueron fijadas la política, la filosofía, la tragedia y la comedia, la ciencia y la medicina? La lengua que estaba en la raíz del *hecho de ser griego*, del *mundo griego*, era el ático de Atenas, la πόλις por excelencia.

El orador Isócrates no deja lugar a dudas: fue Atenas, ante todo con su cultura, la que hizo que lo *ático* se convirtiera en sinónimo de *griego*: *ático* en las costumbres, en las letras, en las alianzas militares, en el culto a los dioses.

Τοσοῦτον δ' ἀπολέλοιπεν ἡ πόλις ἡμῶν περὶ τὸ φρονεῖν καὶ λέγειν τοὺς ἄλλους ἀνθρώπους, ὥσθ' οἱ ταύτης μαθηταὶ τῶν ἄλλων διδάσκαλοι γέγονασιν, καὶ τὸ τῶν Ἑλλήνων ὄνομα πεποίηκε μηκέτι τοῦ γένους ἀλλὰ τῆς διανοίας δοκεῖν εἶναι, καὶ μᾶλλον Ἑλληνας καλεῖσθαι τοὺς τῆς παιδείας τῆς ἡμετέρας ἢ τοὺς τῆς κοινῆς φύσεως μετέχοντας.

«Nuestra ciudad aventaja tanto a los demás hombres, ya sea en las obras del pensamiento, ya sea en el arte de la palabra, que sus discípulos han llegado a ser maestros de los demás. Ha conseguido además que el nombre de griegos se aplique no a la raza, sino a la cultura, y que se llame griegos más a los que participan de nuestra tradición cultural que a los que comparten nuestro mismo origen étnico.»[\(15\)](#)

Por supuesto, si la lengua de Atenas alcanzó en el siglo v a.C. el status de κοινή, por lo que hablar *ateniense* significaba de rebote *ser griego*, no fue solo

por su poder político (en tal caso, habría existido una rivalidad también *cultural*, y no solo política, con Esparta, que, en cambio, no se preocupó nunca de producir nada interesante en ese sentido). Volviendo a la Toscana, del mismo modo el florentino no se habría convertido nunca en la base de la lengua italiana solo por el poder *político* de Florencia. Ello se debió, en cambio, a que esta ciudad fue en el siglo XIII el centro de cultura más elevado de Italia, como lugar en el que habitaron los escritores y los artistas más importantes del Humanismo y del Renacimiento.

Fue en Atenas donde la cultura griega alcanzó sus cimas más altas, cimas no alcanzadas nunca con anterioridad por el género humano. La arquitectura y las artes plásticas llegaron a su perfección después de siglos de estudio, el teatro encontró su forma definitiva y panhelénica, y allí nacieron la filosofía y la retórica. En síntesis, en Atenas se vivía a diario la esencia del pensamiento griego. Allí se respiraba —y se hablaba— el helenismo. Por este motivo su lengua, el jonicoático, se extendió por todas partes sin ninguna imposición política: era la lengua no solo de una ciudad, sino de toda Grecia.

Por último, para responder a la pregunta más espontánea: sí, es casi solo el griego de Atenas el que hoy en día se estudia en el instituto. Y ello porque, más que cualquier otro dialecto, el jonicoático siguió resistiendo como tal durante siglos en cuanto instrumento de expresión de Esquilo y de Sófocles, de Aristófanes y de Tucídides, de Platón y de Isócrates, hasta el advenimiento de la κοινή de Alejandro Magno, que se basa precisamente en el prestigio sin límites de la lengua de *Atenas*.

LA Κοινή διάλεκτος, O EL GRIEGO DESPUÉS DEL GRIEGO CLÁSICO

Con la expresión κοινή διάλεκτος se denomina la lengua hablada en Grecia desde la época de Alejandro Magno y comprendida por doquier donde se hablara griego.

De este nuevo paso adelante de la evolución del griego se tienen pocas noticias, por lo general papiros de escaso valor encontrados en Egipto y las obras del Nuevo Testamento, escritas todas en el griego de la κοινή. Pero, como sucede siempre en esta historia tan original de la lengua griega, conocemos el paso anterior y el posterior del camino lingüístico. Por un lado, tenemos la lengua de Atenas, y por otro encontramos el griego moderno. Este último no se basa en los antiguos dialectos, sino casi en exclusiva en la κοινή. Y por lo tanto

es justo a partir de este dato desde el que podemos emprender, una vez más, el paciente trabajo de reconstrucción lingüística enfrentándonos a la κοινή. Y con ella al cambio de la sociedad griega, por supuesto.

En el origen de su historia, la vida griega no tenía un carácter *global*: cada πόλις era un pequeño *Estado* independiente, provisto de su propia autonomía y de su libertad. La Grecia continental, región áspera y montañosa, era en su mayoría agrícola, aislada; e igualmente aisladas estaban las colonias, fundadas casi siempre en islas o en la costa, nunca en el interior.

Con el advenimiento del imperio de Alejandro Magno, las πόλεις, todas y cada una de ellas, perdieron su razón de ser: la libertad. La política se convirtió en prerrogativa de soberanos que gobernaban con sus respectivas cortes en ciudades situadas lejos de Grecia. La economía, la religión, la burocracia, la actividad comercial adquirieron magnitudes más amplias que las de la pequeña isla o la región originaria, magnitudes *desproporcionadas* para el hombre *griego*. A partir de la época urbana, todo se volvió de golpe internacional, *globalizado*, dentro de los términos del mundo entonces conocido.

Durante el periodo clásico, cualquier hombre encontraba su razón de *ser griego* en el interior de las murallas de su πόλις, en sus prácticas religiosas, en su cultura, en sus tradiciones. La dimensión de la vida humana era la del *ciudadano*.

Durante el periodo helenístico, las ciudades conservaron cultos y tradiciones, pero reducidos unos y otras al rango de fiestas o de entretenimientos. Se entró en contacto con las religiones ajenas, y los dioses se confundieron unos con otros, asociados en un sincretismo impensable hasta entonces. Además, la dimensión de la vida humana había pasado a ser la del *súbdito* de un imperio vastísimo.

Los griegos se vieron obligados, pues, a desplazarse, por motivos de negocios o por el comercio, fuera no solo de su propia πόλις, sino también de Grecia propiamente dicha. Los soldados ya no estaban al servicio de la patria, sino que eran mercenarios. Los sabios y los filósofos no compartían ya las ideas de todo el mundo *griego*, sino que debatían solo dentro del marco limitado de escuelas o bibliotecas, culturalmente aisladas unas de otras. La revolución fue total para el individuo, para el ser humano *griego* y su percepción del mundo.

Fue Filipo, el padre de Alejandro Magno, el que privó de toda independencia a las ciudades griegas tras la batalla de Queronea en el

338 a.C.; de hecho, a partir de ese momento Grecia dejó de existir *políticamente* y tendría que esperar casi dos mil años para volver a ser autónoma en el mapa del mundo.

Cuando murió Alejandro en el 323 a.C. —tras extender los confines de su imperio hasta la India, al conquistar toda Asia Menor, Persia, Babilonia y Egipto—, Atenas y las demás ciudades griegas no eran ya más que *periferias* del imperio, que vivían del recuerdo y de la nostalgia de su pasado. Se constituyeron otros centros de cultura y de poder dotados de nueva fuerza intelectual, a menudo lejos de la costa, de ese mar Mediterráneo en el que se basaba la esencia del mundo griego. Políticos, artistas, científicos y sabios trabajaban ahora en Pérgamo, en Alejandría de Egipto, en Antioquía. Sin embargo, pese a haber quedado relegada a los confines, la cultura que se difundió por aquel nuevo universo trastornado fue precisamente la helénica.

En el siglo V a.C. el prestigio de Grecia era tal que los monarcas macedonios —calificados por los griegos de βάρβαροι, «bárbaros», con un desprecio del todo intelectual— hicieron todo lo posible por *helenizarse*, mejor dicho por *aticizarse*, siendo como era la cultura de Atenas la cultura por excelencia en todo el mundo. Ya Alejandro I, llamado por su amor hacia Grecia el Filheleno, afirmaba que descendía de Heraclés, fue admitido en los Juegos Olímpicos y obtuvo incluso la dedicación de una estatua en Delfos. El poeta Eurípides y el pintor Zeuxis residieron en la corte del rey Arquelaos. Todos los nobles macedonios llevaban nombres griegos y Filipo hablaba y escribía a la perfección en *ateniense*. Finalmente, Alejandro Magno tuvo como preceptor ni más ni menos que al filósofo Aristóteles.

Ese es el motivo de que no tengamos ni una sola línea escrita en macedonio y de que no se conozca nada de esa lengua; la lengua de la corte de Macedonia era el griego *clásico* desde hacía ya mucho tiempo. En resumen, si Grecia fue conquistada en lo político por Macedonia en el siglo IV, era Macedonia la que se había rendido y se había dejado conquistar por la cultura griega por lo menos un siglo antes.

La κοινή, la lengua *común* del helenismo, se formó, pues, sobre todo a partir de la lengua de Atenas, el dialecto jonicoático que, a su vez, había sido ya la lengua *común* de la cultura de toda Grecia. Pero una lengua como aquella, nacida alrededor de las murallas de Atenas, expresión de la sociedad de la pequeña región del Ática, no pudo resistir el impacto de su difusión por un

territorio que se extendía desde la India hasta Egipto.

La *κοινή* es la lengua de un imperio, fruto de guerras y de sometimientos. Y sin embargo, durante siglos, seres humanos de distintos pueblos, egipcios, persas, griegos, sirios, macedonios, árabes o iraníes, se sirvieron del griego como lengua franca de comunicación, *para entender y hacerse entender* en los negocios, en el comercio, ante las instituciones, sin abandonar nunca sus propios idiomas, expresión de su civilización y de su manera de vivir en privado.

Y si la *κοινή* es la lengua del poder, y por tanto instrumento de unidad frente a las pretensiones locales de autonomía, es también la lengua de la cultura, de la tradición escolar y literaria; en esa lengua leemos hoy en día las obras de Polibio, de Plutarco, las ediciones griegas de la Biblia —los judíos se habían refugiado por aquel entonces en Egipto— y, por ende, de los Evangelios.

Pero ¿qué cultura fue capaz de producir el helenismo? Una lengua tan generalista como la *κοινή* pierde necesariamente buena parte de su valor poético, casi todo. Durante la época helenística, cuando la *κοινή* no poseía ya casi ninguno de los rasgos únicos del griego clásico, la poesía era en su mayoría de imitación; se escribía en la lengua de Homero y de Hesíodo por pura sensación de incompetencia o para salvaguardar su memoria, pero sin captar ya su sentido íntimo. La *κοινή* era, por el contrario, un instrumento ágil, rápido, adecuado a la perfección para la ciencia y para la filosofía. Fue en esa época cuando se acuñaron términos sencillos para expresar conceptos abstractos, y se encontraron palabras fáciles para expresar ideas difíciles.

La lengua común del helenismo ejerció, pues, una influencia notable sobre casi todas las lenguas europeas, que aún hoy siguen utilizando términos *griegos* para expresar conceptos abstractos; o incluso *inéditos*. La formación de palabras en época moderna a partir de términos de origen helenístico como «teléfono», «micrófono», o «televisión» es testimonio de la forma en que la *κοινή* y su espíritu *global* se prolongan hasta nuestros días.

Por último, fue justo esta época la que vio nacer al cristianismo: la nueva religión no tardó en elegir como lengua la *κοινή* para difundirse entre nuevos pueblos. Cuando el cristianismo se extendió más allá de Roma y más allá del Imperio romano, llevó consigo el legado de la lengua griega; casi todas las nuevas palabras de la religión cristiana, en latín, en copto, incluso en armenio, parecen un calco del griego helenístico. Por ejemplo, hasta el propio término *parola* en italiano (o «palabra» en español) proviene del cristiano *parabola* (que sustituyó a la forma genuinamente latina *verbum*). El significado original

debe buscarse en el griego παραβολή, « semejanza », del verbo παραβάλλω, « poner al lado »; después de la enseñanza evangélica pasó a significar cualquier sentencia, concepto o idea de la mente.

Una lengua como la κοινή, que no pertenecía ya a ninguna región en particular, y por lo tanto a ningún pueblo en concreto, sino que la hablaban un número enorme de *extranjeros*, acabó por perder sin remedio la visión del mundo para la cual había nacido. Al tiempo que cambiaba una y otra vez la sociedad que lo hablaba, el jonicoático fue cambiando también, cayendo en un proceso imparable de *banalización* y de pérdida de sentido y de memoria. Los caracteres del griego clásico, heredados del indoeuropeo, eran demasiado extraordinarios para sobrevivir; de hecho, hacía falta una lengua sencilla y *ordinaria*, regular, capaz de ser comprendida en todas partes y por todos.

Los cambios lingüísticos —mejor dicho, los extravíos, los olvidos, las incomprensiones— fueron sucediéndose a toda velocidad bajo el peso del Imperio helenístico. El ritmo del griego original desapareció, pasando de un acento cuantitativo a otro cualitativo, como en griego moderno. Por supuesto, los pueblos no *griegos* que empleaban la κοινή a diario no sabían diferenciar las vocales largas de las breves: lo confirman los infinitos errores de grafía entre η/ε y ο/ω atestiguados en los papiros. Desapareció el número dual, como había desaparecido ya hacía tiempo en otras lenguas indoeuropeas, y desapareció el modo optativo para expresar el *deseo*, considerado superfluo hasta el punto de confluir con el subjuntivo. Cualquier anomalía —llamada también originalidad— verbal o nominal fue suprimida y normalizada por ser considerada excéntrica y, por lo tanto, incomprensible.

En una época tan convulsa, tan complicada como aquella, se perdió de vista el valor del *cómo* se producen las cosas de la vida, a consecuencia del impulso de la frenética exigencia del *cuándo*. En el preciso momento en que se impuso la categoría de tiempo, la categoría aspectual del verbo se apagó, como la llama de una vela que ha estado ardiendo demasiado tiempo.

En la época de la κοινή el griego era sin dudas una lengua *viva*, hablada en todas partes por millares, si no millones de personas. No obstante, había perdido mucho, casi todo, de su sentido original. Reflexionando con atención, con todo el tiempo que haga falta, acerca del significado de una lengua debemos preguntarnos: ¿qué quedaba ya entonces, en el siglo II a.C., del griego *antiguo*, de la lengua de Platón, de Sófocles, de Eurípides hasta Homero, la

lengua que estudiamos hoy en la escuela? En definitiva: ¿qué diferencia una *lengua viva* de una *lengua muerta*?

Si los propios griegos no eran capaces de entender el griego *antiguo* hace dos mil años, ¿cómo pretendemos entenderlo ahora nosotros?

Mientras escribía me he dado cuenta de que la fractura del significado entre nosotros y los griegos se sitúa justo ahí, en la época del helenismo y de la κοινή, no en las aulas de cualquier liceo clásico contemporáneo. Lo que se ha olvidado en esta fase de la historia del griego es lo mismo que he intentado recordar escribiendo este libro. Quizá el griego *antiguo* murió justo en el momento en que los griegos dejaron de pensar como los griegos *antiguos*. O quizá entonces solo empezara a morir; aunque, mira por dónde, el verbo griego θνήσκω, «morir», solo admite el antiguo aspecto presente, porque *o estás vivo o no lo estás*.

Verdad es que cuando una lengua se convierte en la lengua de *todos*, se convierte de hecho en la lengua de *nadie*.

EL GRIEGO MODERNO O, MEJOR DICHO, ANTIGUO

Pese a su larga duración, el Imperio romano tuvo pocas consecuencias sobre el griego hablado en el mar Mediterráneo. Los griegos y los pueblos extranjeros que habían adoptado el griego —y por lo tanto su manera de ser y de pensar— estaban demasiado orgullosos de su superioridad cultural para cambiar su lengua por la latina. Por lo demás, incluso para los romanos el griego era una lengua de prestigio, que se empeñaban en aprender con largos periodos de estancia en Atenas (en el fondo, el latín no dejó nunca de *envidiar* al griego, del mismo modo que los que han ido al liceo científico sentirán siempre la falta de *algo*).

Roma supo imponer su lengua solo entre los pueblos dispuestos a cambiar de civilización: en Galia, en Dacia, en España, en el norte de África. Pero eso no ocurrió nunca en Grecia, donde los romanos se sintieron siempre unos escolares, unos meros *aprendices* (por supuesto, los griegos no estaban dispuestos a cambiar su civilización, y menos sus palabras). El griego, eso sí, desapareció de Sicilia y de Italia, de aquella *Magna Grecia* en la que había penetrado solo en la costa, al carecer de la fuerza social de la gran κοινή.

Si cualquier lengua, en contacto con otras lenguas extranjeras, acoge préstamos (pensemos, por ejemplo, en los millares de palabras inglesas que

han pasado a formar parte de nuestro vocabulario), ninguna lengua se mostró en este sentido más intransigente que el griego, que opuso una firme y celosa resistencia a la aceptación de palabras extranjeras; si las acogió, fue solo para designar cosas típicamente romanas, siendo casi transliteraciones de algo *extraño* al mundo griego, como κεντυρία, «la centuria», o ταβέλλα, «el acto administrativo, oficial romano».

Pero la lengua griega estaba destinada a perder incluso la propia hegemonía lingüística con la posterior difusión del cristianismo. Cuando la nueva religión fue primero liberalizada y luego adoptada de forma oficial por el Imperio romano, el latín se convirtió en la lengua oficial de la Iglesia de Occidente. En Oriente, en cambio, los pueblos que en un principio habían elegido la κοινή griega, fueron traduciendo poco a poco el culto a sus propias lenguas, expresión de su propia civilización: al gótico, al eslavo, al armenio o al copto.

Por consiguiente, en este escenario, mientras el latín se convertía en la lengua de la cultura y de la religión entrando en la vía del Medioevo, el griego siguió confinado a su propio territorio, cada vez más restringido. Y una vez más la lengua griega emprendió un camino original y solitario respecto a todas las demás llegando al griego moderno a través del griego bizantino.

Durante el Imperio romano, los intelectuales griegos reaccionaron ante la decadencia de su propio presente eligiendo la misma solución que acabarían por adoptar al término de su guerra de Independencia (1821-1832), cuando Grecia obtuvo por fin la autonomía política que esperaba desde hacía miles de años. Y fue una solución bien singular: la vuelta obligada al pasado.

Ya con el aticismo del siglo II d.C. se había diseñado, de hecho, una tendencia que marcaría para siempre la evolución —o la falta de evolución— del griego. Para conjurar la pérdida de identidad, se optó por resistir, por prohibir el uso corriente, *vulgar* de la lengua —el uso *vivo*— y por preferir las formas antiguas ya desaparecidas —y por consiguiente *muertas*—, consideradas portadoras del sentido perdido de la esencia griega. Los intelectuales griegos hicieron todo lo posible para recordar su pasado incluso en su irremediable olvido. Encontramos así textos plagados de duales, de ornamentos sintácticos y léxicos utilizados a la buena de Dios, sin sentido ya, de anomalías verbales ya desaparecidas en tiempos de Pericles, de vocales largas y breves usadas como quien dice a ciegas. Frente al cambio de la sociedad, parece evidente que los griegos no supieron cómo reaccionar. Se

aislaron en lo político, pero sobre todo en lo cultural, y la única identidad a la cual intentaron aferrarse fue a su pasado común.

Ese es el sentimiento de desconcierto mezclado con nostalgia que atraviesa toda la historia de Grecia hasta la época contemporánea y que, desde el punto de vista lingüístico, producirá una tendencia *purista*; o lo que es lo mismo, el esfuerzo inútil de impedir a la lengua evolucionar, alejarse de un pasado glorioso, pero quizá demasiado pesado de aguantar.

En la época bizantina se había creado ya una unidad lingüística escrita al precio de un irremediable alejamiento de la lengua hablada que, como cualquier otra lengua, seguía evolucionando en la vida de los seres humanos que la hablaban. Es imposible frenar los cambios, tanto de los hombres como de las lenguas. Es posible, eso sí, ignorarlos, como decidió hacer la sociedad griega durante más de un milenio. El mismo griego, ya bizantino, era enseñado en todas las escuelas, era escrito en todos los libros y en todos los documentos oficiales, y era hablado por todas las personas cultas en los círculos intelectuales.

En cambio, los idiomas locales, fueron desterrados poco a poco y sobrevivieron solo en las zonas rurales, lejos de las ciudades; muchas diferencias dialectales existentes hoy en Grecia datan de esa época.

Cuando sobrevino la dominación turca en el siglo XV, el único centro de cultura que quedó fue Bizancio, donde la Iglesia se convirtió en guardiana de la antigua κοινή, en la que estaba escrita y era leída la lengua del cristianismo. Pero el Imperio de Oriente había ido reduciéndose poco a poco bajo la presión de las invasiones extranjeras.

Grecia en general no tenía nada a qué aferrarse más que al mar que la rodeaba, esa θάλασσα, y a su antigua lengua, único recuerdo de su civilización, reducida ya a escombros; lengua que los griegos estaban decididos con firmeza a conservar antes que a hacerla evolucionar.

La conciencia de la civilización griega y de su identidad quedó gravemente debilitada y frustrada a consecuencia de la decadencia del Imperio bizantino y de la dominación turca. El propio apelativo de «helenos» para definir al pueblo griego empezó a ser abandonado; como Bizancio formaba parte del Imperio romano, los griegos empezaron a definirse a sí mismos por reacción Ῥωμαίοι, «romanos».

Cuando a comienzos del siglo XIX Grecia pudo adquirir de nuevo conciencia de su propia identidad frente a la decadencia de la dominación turca, la situación desde el punto de vista lingüístico era, como poco, paradójica. Por

un lado, de hecho, se encontraba la lengua escrita tradicional, en conjunto fiel a la antigua, la κοινή de base *ateniense*, pero tan alejada de la que se hablaba en el día a día que el pueblo ya ni la entendía. No existía, sin embargo, una identidad política, cultural o social que predominara sobre las demás, y que fuera capaz de imponer su propia lengua como expresión de la nueva sociedad griega. El único centro que había sido durante siglos guardián de la esencia griega mediante la conservación de la antigua κοινή había sido la Iglesia. Y justo hacia ella se volvieron todas las miradas para dar al helenismo naciente una lengua común.

Al finalizar la guerra de Independencia, el único modo de volver a encontrar una percepción común del mundo era dar un paso atrás; un paso atrás de dos mil años, pues la Grecia moderna recién nacida volvió a encontrar su identidad, de hecho, en las raíces comunes de la Atenas de Pericles del siglo V a.C. Fue, pues, la lengua escrita, que derivaba de la κοινή helenística, a su vez derivada del dialecto jónicoático, la que dio a Grecia una lengua unida, correspondiente al nuevo sentimiento recuperado de unidad nacional.

La pronunciación del griego moderno se obtuvo conservando aquello que era común a la mayor parte de los helenos y eliminando cualquier particularidad local. El vocalismo de la κοινή fue recuperado en su totalidad, así como su grafía. La fonética general del griego moderno aún es la de la antigua lengua helenística, aunque algunas consonantes tienen una pronunciación distinta. En cuanto a la gramática, aun no pudiendo de forma natural devolver a la vida formas desaparecidas y olvidadas hace miles de años, como el valor aspectual, el dual, el optativo o el dativo, en muchos aspectos el griego *moderno* ha seguido siendo completamente *antiguo*. Se ha mantenido la distinción entre presente y aoristo, con todo su valor semántico, y la lengua corriente presenta todavía una declinación de los nombres en nominativo, vocativo, acusativo y genitivo (aunque el genitivo plural se usa poco y el nominativo y el vocativo a menudo se confunden).

Sorprendentes resultan dos innovaciones lingüísticas del griego moderno. La eliminación del infinitivo del verbo —uno de los rasgos que el griego tiene en común con las lenguas balcánicas— y la invención del futuro, obtenido por medio de una perífrasis del verbo querer: «yo juzgaré» se dice θα κρίνω, o sea, «quiero juzgar» y por tanto «juzgaré».

La lengua que acabamos de describir se llama καθαρεύουσα, es decir, la «lengua purista», cuyas raíces se hunden hasta casi rozar el dialecto ático de

Atenas. En el momento en que fue constituida no la hablaba nadie, pero la escuela, la literatura, los periódicos, el Estado, la Administración y la política han logrado introducirla en el uso coloquial hasta unos niveles imprevistos; en el cuartel hoy en día es habitual decir ὄπλον para designar al soldado armado con fusil, justamente como el *hoplita*, el típico soldado de infantería griego del siglo V a.C.

El griego moderno, pues, ha experimentado un proceso de arcaización increíble y sin parangón en la historia de la lingüística. De hecho, el griego es la única lengua europea que no ha evolucionado nunca en *otra cosa distinta de ella* —piénsese en el italiano, el francés, el español, el portugués o el rumano respecto del latín—, sino que siempre ha reaccionado ante la historia convulsamente *dentro de ella misma*.

No obstante, las lenguas artificiales, *partisanas*, de *resistencia*, tienen siempre el defecto de no ser entendidas por el pueblo, y de no corresponder a su identidad. Ha surgido por tanto en Grecia —y sigue viva— una reacción por parte de los intelectuales que sienten la necesidad de expresarse tomando del pueblo palabras concretas, palabras vivas, que no hayan sufrido el abuso de miles de años de literatura.

Durante estos años, en nombre de su identidad y de su dignidad social, Grecia se ha enfrentado a desafíos económicos y políticos únicos en Europa utilizando, de hecho, una lengua única y extraordinaria, aunque añeja de siglos, mejor dicho, de milenios. Pero hoy el verdadero reto, no solo lingüísticamente hablando, está en la voluntad de reconstruir una lengua por fin moderna que sirva a todos los griegos para entender y hacerse entender dentro de sus propios confines y sobre todo *fuera de Grecia*.

«Cualquier pueblo que descendiera de los antiguos griegos sería automáticamente desgraciado. A menos que no lograra olvidarlos o superarlos.» Eso escribe con amargura Nikos Dimou en su colección de aforismos sobre la desgracia de ser griegos (*modernos*).

De hecho, Grecia habla hoy un griego *moderno* que toma prestados gran parte de sus elementos del griego *antiguo* para recalcar al mundo la identidad de un pueblo que tiene el pasado cultural más imponente del mundo occidental. Un pueblo que parece no ser capaz ya de librarse de ese pasado en una lucha constante por un presente que no llega nunca, mientras que el futuro ha sido inventado hace apenas un par de siglos utilizando el verbo «querer», quizá, al

menos eso espero, en el sentido de «pretender».

BIBLIOGRAFÍA

*Me asaltaban pensamientos melancólicos...
una extrañeza en mi mente,
la sensación de no ser de ese momento,
ni de ese lugar.*

WILLIAM WORDSWORTH, *El prelude*

Poner negro sobre blanco mis intuiciones, mis manías, mi sensibilidad y mis obstinaciones en torno a la lengua griega (cultivadas a lo largo de más de quince años de acalorados debates y de fogosos congresos dentro de mí misma) me ha llevado a consultar decenas de manuales y de textos académicos.

Incluso hoy en día, con el libro ya acabado, no he encontrado respuesta: la mayor parte de los ensayos contra los cuales me he enfurecido repiten con esmero y sabihonda precisión más o menos las mismas cosas que se repiten en las bibliotecas y en las aulas universitarias desde hace siglos. He encontrado confirmaciones de lo que ya sabía, por supuesto, pero poco que no supiera.

Quizá se trate realmente de la «rareza de mi cabeza» o de mi particular sexto sentido para el griego; de hecho, hoy pienso y razono en griego antiguo.

Como me ha enseñado la profesora emérita Maria Grazia Ciani, asumo toda la responsabilidad de lo que he contado en este libro. Si me hubiera equivocado en algo, si hubiera omitido algo, lo hubiera entendido mal, o hubiera fantaseado sobre ello, pido disculpas desde este mismo momento.

La mayor parte de los textos que han contribuido a la redacción de este libro no tratan en realidad de griego, sino de la vida. En ocasiones ni siquiera han sido libros, sino música, lugares, cuadros, seres humanos.

En cuanto a los conocimientos de carácter especializado que he consultado, a continuación ofrezco toda la lista:

- ALONI, A., ed., *La lingua dei Greci*, Roma, Carocci, 2011.
- CAMPANILE, E., B. Comrie, C. Watkins, *Introduzione alla lingua e alla cultura degli Indoeuropei*, Bologna, Il Mulino, 2010.
- CHANTRAINE, P., *Morphologie historique du grec*, París, Klincksieck, 1947. [Hay trad. cast.: *Morfología histórica del griego*, Barcelona, Avesta, 1983.]
- DIMOU, N., *L'infelicità de essere greci*, Roma, Castelvechi, 2012. [Hay trad. cast.: *La desgracia de ser griego*, Barcelona, Anagrama, 2012.]
- FANCIULLO, F., *Introduzione alla linguística storica*, Bologna, Il Mulino, 2011.
- HEILMANN, L., *Grammatica storica della lingua greca*, Turín, Sei, 1963.
- HOFFMANN, O., A. Debrunner, A. Scherer, *Storia della lingua greca*, Nápoles, Macchiaroli, 1969. [Hay trad. cast.: *Historia de la lengua griega*, Madrid, Gredos, 1973.]
- LEHMANN, W. P., *La linguística indoeuropea. Storia, problemi e metodi*, Bologna, Il Mulino, 1999.
- MICHELAZZO, F., *Nuovi itinerari alla scoperta del greco antico. Le strutture fondamentali della lingua greca: fonetica, morfologia, sintassi, semántica, pragmática*, Florencia, Firenze University Press, 2007.
- PALMER, L. R., *The Greek Language*, Londres, Faber & Faber, 1980.
- PIERACCIONI, D., *Morfología histórica della lingua greca*, Florencia, D'Anna, 1975.
- PIERINI, R., y R. Tosi, *Capire il greco*, Bologna, Patron, 2014.
- Pisani, V., *Storia della lingua greca*, Turín, Sei, 1960. [Hay trad. cast.: *Breve historia de la lengua griega*, Montevideo, Facultad de Humanidades y Ciencias, 1954.]
- SEVILLA, Isidoro de, *Etimologie o Origini. Testo latino a fronte*, A. Valastro Canale, ed., Turín, Utet, 2014. [Ed. cast.: *Etimologías*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2004.]
- SZEMERÉNYI, O., *Introduzione alla linguística indoeuropea*, G. Boccali, V. Brugnatelli, M. Negri, eds., Milán, Unicopli, 1985.
- VILLAR, F., *Gli indoeuropei e le origini dell'Europa: lingua e storia*, Bologna, il Mulino, 1997. [Hay trad. cast.: *Los indoeuropeos y los orígenes de Europa. Lenguaje e historia*, Madrid, Gredos, 1995.]
- WOOLF, V., «Del non sapere il greco», *Voltando pagina*, Milán, Il Saggiatore, 2011. [Hay trad. cast.: «Acerca de no conocer el griego», en *El lector común*, Barcelona, Lumen, 2010.]

Por último, algunas mujeres van por el mundo con el pintalabios en el bolso. Yo no uso pintalabios, pero desde hace más de diez años llevo conmigo de ciudad en ciudad una copia del insuperable *Aperçu d'une histoire de la langue grecque* de Antoine Meillet, Hachette, París, 1913 / Einaudi, Turín, 2003, fuente de la inspiración y de la libertad que han dado principio y sentido a todo.

AGRADECIMIENTOS

*Well you've done it again, Virginia.
Made another masterpiece while I was was dreaming.
How does it feel to feel like you?
Brilliant sugar, brilliant sugar, brilliant sugar, turn over.*

THE NATIONAL, *You've done it again, Virginia*

Este libro es el resultado de mi rareza, pero no habría sido posible sin el amor de algunas personas.

Las primeras gracias, las más grandes, van a la profesora, pero sobre todo amiga, Maria Grazia Ciani, que con su correspondencia ha acompañado la redacción de cada página. Mi gratitud por su afecto, por su precisión, por su libertad y su amistad es inmensa; prometo no traicionarme nunca y continuar estudiando griego ante todo para conocerme a mí misma.

Este libro no habría nacido nunca si no se hubiera producido un encuentro de esos que dan sentido a todo, antes incluso de que ocurra. Gracias, pues, a Maria Cristina Olati por haberme localizado, por haberme enfrentado ante mi talento y mi miedo, por haber estado a mi lado en los días en los que no creía que hubiera sucedido de verdad (la mayor parte) y en aquellos, en cambio, en los que creí.

Gracias sobre todo a un amigo que me ha escuchado y sostenido cada día, enseñándome mucho y no dejándome nunca sola. Le debo mucho. *Estamos juntos*, Alberto Cattaneo, siempre.

Gracias a mi mejor amiga, Lena Pletinck, que, siendo belga, no entenderá ni una sola palabra de este libro, pero continuaremos entendiéndonos en una lengua solo nuestra, viajando juntas por el mundo; *sometimes life is too short and the world is too small, we know*.

Gracias a mi padre, Giuseppe, llamado «teta», que me crio enseñándome la dignidad, la generosidad, la ligereza y el raro arte de reír cuando no hay nada de lo que reírse.

Gracias también a mi perro Carlo, ya legendario, que me sigue de ciudad en ciudad desde hace nueve años soportándolo todo (sobre todo a mí), pero que no ha dejado nunca de mirarme, ni un solo día, sin esos grandes ojos suyos, que solo saben decir *me fío de ti*.

Gracias a las chicas Francesca y Anna, a Davide, que se ha convertido en el perfecto griego, y a todos sus jabatos, y a mi amigo Michael, que me ha leído desde California.

Gracias a Alessandro D'Avenia por la elegancia con la que me ha acompañado en todas las aventuras de este mi primer libro.

J.B.T., *Hvala*.

Gracias en fin a todo el barrio de la Venezia (la de Livorno) por haberlo entendido siempre todo, sobre todo cuando no había nada que entender.

Gracias a Sarajevo, he sido feliz. Vuelvo siempre y un día será para siempre.

Por último, todas las poesías contenidas en este libro han sido escogidas por Fabio Chiusi. Δυστοπία es nuestro amor.

NOTAS

(1) Desde el indoeuropeo la música ha tenido siempre un valor momentáneo y visual, hasta tal punto que la música «se miraba» (como sucede hoy día en algunos conciertos, pocos, inolvidables), no solo «se escuchaba»; cada ocasión musical era irrepitable e irreproducibile, sin poderse fijar en ningún aparato ni llevársela consigo.

La música requería oído y vista, significado que sobrevive en palabras indias estupendas, como el término urdu *junun*, «el seductor hechizo que se transmite con la música y la mirada», que en 2015 dio nombre a la obra maestra de Shye Ben Tzur, Jonny Greenwood y la orquesta india Rajasthan Express.

(2) La etimología de *bárbaro*, βάρβαρος, tiene una clara connotación social y lingüística: muy nacionalista y muy contemporánea, según me doy cuenta al escribir esto y pensar en los muros, las alambradas y las fronteras dentro de las cuales pretendemos encerrarnos. Para un griego, *bárbaro* era el que decía *ba-ba* o *barbar*. En definitiva, bárbaro era el que no dominaba la venerable lengua griega y aquel al que, cuando hablaba, no se le entendía ni jota. Poco importaba que el bárbaro en cuestión viviera en la isla de al lado en el mismo mar Egeo. Los griegos, aunque no conocieron nunca una unidad territorial y política antes de Alejandro Magno, fueron siempre un *pueblo* de una misma *nación*, enlazados como estaban en una identidad cultural, religiosa y social tan fuerte que les permitía distinguirse lingüísticamente de cualquier otro pueblo *bárbaro*.

(3) La única forma de tema de perfecto que ha sobrevivido hasta hoy día es el participio pasivo γραμμένος, «escrito» e, ironía del destino y también lingüística, πεθήμενος, «muerto».

(4) En las escuelas italianas y españolas (y europeas en general) se utiliza la llamada pronunciación erasmiana, defendida por Erasmo de Rotterdam en el *Dialogus de recta Latini Graecique sermonis pronuntiatione* (Basilea, 1528). Esta pronunciación se llama también *etacismo*, porque el nombre de la letra η se pronuncia *eta*.

El humanista Johannes Reuchlin defendía una pronunciación distinta, llamada reuchliniana o iotacismo, en la que la letra η se pronuncia *ita* y predomina el sonido iota. Se basa en el griego bizantino y en la pronunciación del griego moderno y ha sido adoptada no solo en Grecia, sino también en otros países.

(5) Extractos de Platón, *El banquete*, 189d-191d.

(6) Esopo, *Fábulas*, «Los navegantes».

(7) *Formidable*, del latín *formido*, «temor», «espanto», es una de mis palabras preferidas. Del mismo modo que algunos otros términos muy particulares, es una *vox media*, una palabra que pierde su valor original al polarizarse en dos significados, ambos correctos, pero de sentido opuesto: *bueno/malo*, *positivo/negativo*. Corresponde luego al hablante de la lengua, o al traductor, escoger el significado adecuado de esa *vox media*: una gran responsabilidad a la que nos obliga el lenguaje. Y de ese modo *formidable* puede indicar algo tan terrible que da miedo, o algo tan hermoso que igualmente da miedo. En definitiva, que esta palabrita es todo un *escalofrío*.

De esta manera, *fortuna*, «la casualidad», puede indicar en latín tanto la buena como la mala suerte; *tempestas*, «la tempestad», se refiere de forma genérica al tiempo atmosférico o bien a una tormentosa borrasca; y se llama *monstrum*, «monstruo», a cualquier cosa, bonita o fea, que provoque estupor y sea capaz de dejarnos con la boca abierta.

En griego antiguo son *voces mediae*, por ejemplo, ὁ αἴτιος, «el responsable» de algo positivo o negativo, llegando incluso a designar al «culpable»; ὁ κίνδυνος, que es tanto «el suceso casual», «la aventura», como, sobre todo (para los más timoratos ante el futuro), «el peligro»; el verbo πάσχειν, que designa el hecho de «recibir algo en suerte», puede significar tanto «gozar» como «sufrir»; por último, el vocablo ἡ ἐλπίς, «la espera», que oscila entre «esperanza» y «ansia», como todos nosotros hemos aprendido por propia experiencia, esperando.

(8) Arquíloco, fr. 118 + 119 West.

(9) *Odisea*, I, 33-34.

(10) Platón, *El banquete*, 196d.

(11) Eurípides, *Medea*, vv. 1-8.

(12) Jenofonte, *Memorabilia*, 2, 1, 28.

(13) Jenofonte, *Anábasis* IV, 7, 21-25.

(14) Heródoto, *Historia* VIII, 144, 1-2.

(15) Isócrates, *Panegírico*, 50.

NOTAS DE LOS TRADUCTORES

[1] El liceo clásico es la escuela secundaria más antigua de Italia y tiene una marcada impronta humanística. Materias de estudio características son el latín y el griego. La segunda prueba del examen de Estado necesario para obtener el diploma (que suele llamarse «examen de madurez») consiste tradicionalmente en una traducción (versión) de un texto griego o latino. Hasta 1969 el liceo clásico fue el único itinerario de la escuela secundaria superior que daba acceso a la universidad. Hasta 2010 el liceo clásico constaba de cinco años (el bienio de «gimnasio» y el «trienio» de liceo). En todos ellos se estudiaba griego a razón de cuatro horas semanales durante el bienio y tres durante el trienio. Lo más parecido a este sistema sería el antiguo bachillerato español de la Ley de 1953 del ministro Ruiz-Giménez, que en los dos cursos del bachillerato superior de letras y en el preuniversitario preveía tres años de estudio del griego (a razón de cinco horas semanales).

[2] A diferencia del español, «Andrea» en italiano es nombre de varón (Andrés), aunque de forma minoritaria puede serlo también de mujer.

[3] En una obra de estas características, donde la comparación con la propia competencia lingüística es una herramienta básica para la comprensión y el disfrute del texto, hemos optado por mantener los ejemplos en italiano, al tiempo que los complementábamos con los del español.

[4] Algo parecido podríamos decir de la preposición española «por» (que aprendemos también de pequeños con una típica cantilena embutida en la serie «a-ante-bajo-cabe-con-contra-de-desde-en-entre-hacia-hasta-para-por-según-sin-so-sobre-tras»):

- Denotando un sentido general de tiempo y de lugar:

Lo perdí por ahí.

- A cambio de, en lugar de:

Cambié mis euros por dólares.

- En compensación por, en pago de:

Pagan 1 euro por hora.

- Por medio de, a través de, mediante, con:

Es más rápido por la autopista.

- Causa:

Me multaron por exceso de velocidad.

Mi jefe está enfermo y por él tengo que trabajar.

- A fin de, en beneficio de:

Todo lo que hago, lo hago por ti.

- En favor de:

Yo voto por el partido de derechas.

- Con las formas pasivas introduce el complemento agente:

La nueva ley fue mal redactada por el partido gobernante.

[5] Téngase en cuenta que el ejemplo queda hasta cierto punto desvirtuado en español por cuanto en nuestro idioma, a diferencia del italiano, el complemento directo de persona lleva la preposición «a». El juego al que se hace referencia en el original quedaría perfectamente reproducido en español si

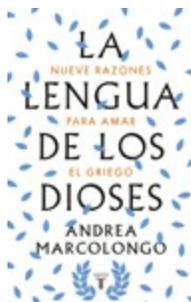
pusiéramos un complemento directo no de persona, sino de cosa; por ejemplo «la mano derecha lava la mano izquierda» / «la mano izquierda lava la mano derecha»; en esta frase vemos que, al igual que en italiano, el orden de las palabras determina la función sujeto / complemento directo, sin que haya necesidad de emplear desinencias gramaticales ni preposiciones, siendo el orden de las palabras el que determina la función sintáctica.

[6] Los que en España estudiaron griego en el bachillerato de hace ya algunas décadas recordarán que en el libro de ejercicios (*Hélide* I y II) de la mejor gramática griega escolar que se ha publicado en nuestro país (la de J. Berenguer Amenós) y que era utilizada en casi todos los institutos, los ejercicios de traducción del griego al español se llamaban «versión», mientras que los de traducción inversa español-griego se llamaban «tema».

[7] La Accademia de la Crusca es una institución italiana que reúne a estudiosos y especialistas de la lingüística y la filología italianas. La Crusca es la academia de la lengua más antigua del mundo, ya que fue fundada en 1583. Representa una de las instituciones lingüísticas más prestigiosas de Italia y del mundo.

[8] El juego de palabras es intraducible. *Ratto* en italiano es «rpto» y «rata», de modo que el título de la versión en la que consistía el examen, *Il ratto delle Sabine*, podría interpretarse obviamente como «El rapto de las sabinas» o «La rata de las sabinas».

Este maravilloso libro, la sorpresa editorial del año en Italia, posee el poder de despertar en cualquier persona un interés insospechado por el griego antiguo.



La lengua de los dioses nos descubre las hermosas curiosidades del griego antiguo -«desde su particularísima manera de concebir el tiempo hasta la expresión del deseo, desde saber expresar el amor hasta la superación de la barrera de los géneros de las cosas y de la vida»- y el modo en que esta lengua es capaz de hablarnos de nosotros mismos y transformar nuestra manera de ver el mundo.

«*La lengua de los dioses* habla de una lengua que no ha dejado nunca de seducir a hombres y mujeres de todas las épocas y de todos los lugares, por su hermosura, su elegancia y sobre todo por su rareza.

»El griego es irremediabilmente distinto, por eso sentimos una especie de añoranza de él, como si fuera una historia de amor que nunca hemos vivido, sino siempre anhelado.

»No importa que conozcáis o no el griego; este libro está dedicado a cualquier ser humano que busque las palabras para hablar de sí mismo en el presente. *La lengua de los dioses* no es un manual tradicional, un ensayo académico, una clase impartida desde lo alto de una tarima: es una síntesis del alma a través de una lengua antiquísima como la griega que, sin embargo, no ha sido nunca tan moderna.»

Andrea Marcolongo

La crítica ha dicho...

«Apasionante. Marcolongo nos fascina con la rareza del griego clásico, y transforma nueve excentricidades lingüísticas en nueve cuestiones existenciales. Habla de los misterios de la gramática y la sintaxis como si se tratara de un rostro humano o de arquitectura.»

Alessandro D' Avenia, *Tuttolibri, La Stampa*

«El griego antiguo nos acerca a una realidad extraordinaria, a un oasis de verdad: esta es la fuerza de *La lengua de los dioses*.»

Matteo Nucci, *Il Venerdì di Repubblica*

«Un libro que parece un manual o una gramática sentimental pero que es, en realidad, acto de amor.»

Simonetta Sciandivasci, *Il Foglio*

«Un puñetazo en la cara a la presunta aridez de las lenguas muertas.»

Roberto Andreotti, *Il Mattino*

«Un libro inteligente e inesperado que atrapa a los lectores entre la molesta sensación de haber perdido una oportunidad y la euforia de recibir una nueva.»

Gianrico Carofiglio, *Tuttolibri, La Stampa*

«Para quienes afirman que el griego no sirve de nada, he aquí un libro que nos presenta las maravillas de la lengua de Heródoto. Porque el griego antiguo es ante todo una manera de ver el mundo.»

Simonetta Fiori, *La Repubblica*

«El griego es la última moda. Un fenómeno literario único con más de cien mil ejemplares vendidos. Marcolongo utiliza una lengua antigua para hablar de nuestra manera de comunicarnos, vivir y compartir sentimientos, pasiones, expectativas, decepciones. Para (re)conocernos a nosotros mismos a través del lenguaje.»

Matteo Pucciarelli, *La Repubblica*

SOBRE LA AUTORA

Andrea Marcolongo (Milán, 1987), estudiosa del griego, se graduó en la Universidad de Milán. Viajera empedernida, ha vivido en diez ciudades distintas, incluidas París, Dakar, Livorno y Sarajevo, donde vive en la actualidad. Tras especializarse en escritura, trabajó como consultora de comunicación para políticos y empresas. La comprensión del griego clásico siempre ha sido su gran tema de reflexión, y a él ha dedicado gran parte de sus noches de insomnio. *La lengua de los dioses* es su primer libro.

Título original: *La lingua geniale*

© 2016, Gius, Laterza & Figli, todos los derechos reservados

© 2017, Teófilo de Lozoya y Juan Rabasseda, por la traducción

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-306-1887-3

Diseño de cubierta: Marc Cubillas

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

www.mtcolor.es

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com



Índice

[La lengua de los dioses](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo a la edición española](#)

[Introducción](#)

[Pues, ¿cuándo? El aspecto](#)

[El silencio del griego. Sonidos, acentos y espíritus](#)

[Tres géneros, tres números](#)

[Con o sin alma. El neutro](#)

[Yo, nosotros dos, nosotros. El dual](#)

[Los casos, o una anarquía ordenada de las palabras](#)

[Un modo llamado «deseo». El optativo](#)

[Pero entonces, ¿cómo se traduce?](#)

[Nosotros y el griego. Una historia](#)

[Premisa: ¿qué es una lengua?](#)

[El indoeuropeo](#)

[El griego antes del griego: el griego común](#)

[Muchos dialectos distintos y un solo griego clásico. Sí, pero ¿cuál?](#)

[La κοινή διάλεκτος, o el griego después del griego clásico](#)

[El griego moderno o, mejor dicho, antiguo](#)

[Bibliografía](#)

[Agradecimientos](#)

[Notas](#)

[Notas de los traductores](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre la autora](#)

[Créditos](#)

Table of Contents

[La lengua de los dioses](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo a la edición española](#)

[Introducción](#)

[Pues, ¿cuándo? El aspecto](#)

[El silencio del griego. Sonidos, acentos y espíritus](#)

[Tres géneros, tres números](#)

[Con o sin alma. El neutro](#)

[Yo, nosotros dos, nosotros. El dual](#)

[Los casos, o una anarquía ordenada de las palabras](#)

[Un modo llamado «deseo». El optativo](#)

[Pero entonces, ¿cómo se traduce?](#)

[Nosotros y el griego. una historia](#)

[Premisa: ¿qué es una lengua?](#)

[El indoeuropeo](#)

[El griego antes del griego: el griego común](#)

[Muchos dialectos distintos y un solo griego clásico. Sí, pero ¿cuál?](#)

[La κοινή διάλεκτος, o el griego después del griego clásico](#)

[El griego moderno o, mejor dicho, antiguo](#)

[Bibliografía](#)

[Agradecimientos](#)

[Notas](#)

[Notas de los traductores](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre la autora](#)

[Créditos](#)